

PÍCAROS DISTINGUIDOS

Razones para casarse

RAZONES PARA CASARSE

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO 7

HEATHER BOYD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

TODA MUJER PUEDE apreciar el desafío de hacer que un hombre haga lo que ella quiere. Desafortunadamente para Lady Heathcote, Esme para sus amigos más cercanos, sus posibilidades de éxito esta noche parecían haber huido junto con su amante. —¿Adónde se ha ido ahora?

Escudriñó la sala en busca del señor Albert Meriwether. Sin embargo, cada vez era más evidente que invitarlo a la fiesta de Lord Windermere en Gloucestershire había sido un error colosal de su parte. Aquí tenía menos su atención que en Londres, y eso que nadie había sido robado ni asesinado aún. Debería haber roto con él cuando percibió su reiterada renuencia a tomarse un tiempo libre de su importante trabajo en la ciudad.

—Está al otro lado de la sala, cumpliendo con su intención de ganarse a todos los lores presentes para su causa —advirtió Lady Ames.

Otra vez.

—Debo decir que si no hubieras mencionado tu conexión antes hoy, no habría tenido idea de que fuerais tan buenos amigos —susurró Lady Small de manera dramática—. Te ha prestado menos atención que nuestro anfitrión, y todos sabemos que has estado en desacuerdo con Windermere desde hace tiempo.

Harriet la miró, con una expresión teñida de preocupación. —He conocido a trepadores sociales antes, por supuesto, pero nunca uno tan evidentemente descarado como Meriwether.

—No fue por eso que vinimos, Harriet —se quejó suavemente a su amiga y confidente.

Harriet le apretó el brazo, llena de simpatía. Esme había arrastrado a Meriwether desde Londres para reavivar la chispa de su aventura antes de que su obsesión con el trabajo la extinguiera por completo. Pero él estaba decidido a ganarse el favor de los lores más influyentes presentes. Y si no podía captar su atención por suficiente tiempo, había comenzado a ser amistoso con sus esposas también.

Había tenido más de sus tonterías de las que podía tolerar y se dio la vuelta.

Esme dejó a Harriet a sus anchas y deambuló sola por las salas públicas de Windermere Park. La propiedad más hermosa que jamás había visitado era el hogar del hombre más arrogante que había conocido. Se había sorprendido por la invitación a venir este año, pero nunca consideró rechazarla después de leer la más sincera disculpa de Windermere por perder los estribos con ella. Con su última amante, Lady Bartlett, siendo tan hábil en las representaciones teatrales aficionadas, no había sido sorprendente que la mujer le hubiera engañado, alegando un embarazo que era solo un mito. Y había sido el desafortunado sentido de juego limpio de Esme lo que la había impulsado a advertirle que Lady Bartlett no estaba embarazada en lo más mínimo. Su vitriolo había caído sobre ella primero, por supuesto, pero al menos él había escuchado y no se

había casado con la mujer engañosa.

En el pasillo, se encontró con el antiguo mayordomo de Windermere, un alma amable que había servido a la familia desde siempre. Oswin era un dulce anciano que nunca dejaba de tratarla bien, así que se detuvo a hablar con él cuando muchos otros no se molestarían. —Buenas noches, Oswin.

Él asintió. —¿Puedo serle de ayuda, Lady Heathcote?

Ella notó la inclinación de su postura y su expresión cansada y sonrió. —Sí, puedes ir a sentarte y dejar que el joven Pip corra en tu lugar por el resto de la noche.

Pip era el lacayo más nuevo empleado aquí, pero Esme estaba segura de que al joven no le importaría el trabajo extra o la experiencia.

—Es un placer servir a la familia —respondió Oswin con su habitual lealtad digna.

—Como desees. —Dejaría pasar el asunto, pero pensaba en privado que un hombre de su edad ya debería estar entrenando a su reemplazo. Si ella fuera la señora de esta casa, habría comenzado hace mucho tiempo. Una larga fiesta en la casa como esta podría enviarlo a la cama por puro agotamiento, ¿y entonces dónde estaría la familia?

Echó un vistazo más al salón.

Merodeando junto a la chimenea, Meriwether reía con los invitados de Windermere. La mayoría parte de su círculo extendido de amigos también. Consideró a cada hombre por turnos... su inteligencia, sus reputaciones. Sus posibilidades de ser ganados para la causa de Meriwether de formalizar la protección para los propietarios más adinerados con una guardia privada y entrenada. Su anfitrión, Lord Windermere, y su hermano menor Lord Avery Hill estaban entre ellos, y ambos eran caballeros extremadamente astutos. Tendrían la mayor influencia sobre los demás si Meriwether ganaba su apoyo esta semana.

En cuanto a las causas, Meriwether tenía derecho a su opinión de que tal servicio era necesario. Pero los verdaderamente necesitados de Londres eran los que corrían mayor riesgo de ser robados y no podían permitirse pagar su propia guardia privada. A decir verdad, le estaba resultando difícil apoyar las ambiciones de Meriwether tan completamente como lo hacía antes. También había llegado a sospechar que su aventura se había convertido en una forma de ganar entrada en los diez mil de arriba por asociación, un medio para un fin para él.

Por muy decepcionada que pudiera sentirse sobre eso y sus motivos, Esme nunca se permitiría depender de un hombre para toda su felicidad. Si no estaba involucrada con Meriwether, siempre había alguien apuesto con quien fantasear y animar a su cama en el futuro. A lo largo de los años de su viudez, nunca le había faltado compañía masculina.

Asintió a Lord Avery Hill y Miles Hammond mientras pasaban paseando. El brillo de apreciación en los ojos de ambos hombres prácticamente gritaba su interés y calmó su vacilación por romper con Meriwether. Fácilmente encontraría a alguien que quisiera estar con ella.

Lord Avery Hill se movió hacia Harriet, y ella sonrió con comprensión. La pareja había sido amantes intermitentemente durante años, y parecía que este año no sería diferente.

Sin embargo, el señor Miles Hammond era otro asunto completamente distinto. Amigo suyo desde los últimos días de su matrimonio en gran parte infeliz, su inclusión en la lista de invitados de la fiesta la desconcertaba. No era un favorito particular de su anfitrión, ni siquiera de su hermano, sin embargo, todos parecían estar de muy buen humor entre ellos desde que comenzó la fiesta. Tendría que averiguar por qué habían incluido a Hammond.

Echó un vistazo a los reunidos para el baile de esta noche. El champán se servía libremente, y todos parecían felices e infinitamente dispuestos a disfrutar al máximo del ambiente festivo. Fiestas como estas eran oportunidades para socializar y llevar a cabo discretos encuentros sin

expectativas de conexiones más profundas o a largo plazo en muchos casos. Todo era muy civilizado. Mientras el cuarteto contratado para tocar esa noche afinaba sus instrumentos, sonrió. Podría encontrar a su anfitrión un poco agotador, pero podía ignorar las pequeñas irritaciones en compañía de Windermere, dada su expectativa de todos los demás placeres.

Se alejó del vestíbulo mientras Oswin daba la bienvenida a los nuevos invitados y dirigió su mirada hacia Windermere. ¿Acaso no veía que sus vecinos más cercanos habían llegado y necesitaban ser presentados a los invitados que venían por primera vez?

Pero no, él seguía observando hablar a Meriwether, con un ligero ceño fruncido en su rostro.

Después de un largo momento, Lord Windermere le lanzó una mirada inquisitiva, sorprendiéndola observándolo. Sin querer dejarse perturbar por su escrutinio, Esme le devolvió la mirada. Por Dios, esos ojos azul aciano suyos dejarían inmóvil a una mujer menos preparada. Sin embargo, Esme conocía bien a Windermere, lo suficiente como para no verse afectada por su atractivo rostro. Él también sabía que era atractivo; tenía una opinión demasiado elevada de su encanto para su gusto, y a veces ella lo miraba fijamente solo para incomodarlo un poco.

Su sonrisa se desvaneció lentamente mientras ella mantenía su mirada, y luego él miró a los reunidos a su alrededor y de vuelta a ella, con una pregunta ahora en sus ojos. Esme ocultó una sonrisa, inclinó la cabeza en dirección al vestíbulo, esperando que Windermere captara por qué lo miraba tan fijamente. Ciertamente no era solo por su apariencia.

Él sacudió la cabeza, como si estuviera aclarando su mente de un pensamiento, y se apresuró a cumplir con su deber como anfitrión, dejándola riendo por su confusión.

El hombre necesitaba una esposa más pronto que tarde para manejar mejor sus asuntos personales y domésticos. Alguien que lo guiara en la dirección correcta de vez en cuando, o incluso diariamente.

Volvió su atención a su presa, solo para decepcionarse una vez más. Meriwether se dirigía en la dirección opuesta. Cogió dos copas de champán, mirando por encima del hombro una o dos veces mientras navegaba entre la multitud y se deslizaba hacia el vestíbulo.

Qué dulce. Tal vez había malinterpretado su preocupación, y estaba organizando un encuentro privado para ambos más allá del salón de baile. Esme no requería el alboroto de una seducción perfecta, pero sus manos sobre su cuerpo serían muy agradables esta noche.

Se movió hacia él, pero nuevamente lo perdió de vista. Esme respiró hondo con frustración. No era la primera vez que el hombre desaparecía tan completamente desde que habían llegado hace dos días.

El pasillo más allá del salón estaba lleno a rebosar de invitados parloteando y ella se movió suavemente entre ellos, asintiendo y hablando ocasionalmente con algunos. Mientras admiraba la elegancia y las comodidades que se encontraban en la casa de Lord Windermere, mantuvo un ojo atento a Meriwether. Entró en la biblioteca, pero la habitación estaba sorprendentemente vacía.

—¿Me buscabas? —preguntó Windermere mientras se acercaba. Su mirada la recorrió de pies a cabeza de la manera más grosera.

Arrogante y presuntuoso. —Difícilmente. Deberías prestar más atención a tus invitados y a la salud de tus sirvientes.

En lugar de captar la indirecta de que no estaba de humor para hablar, él tomó su mano y la llevó a sus labios. Sus ojos azules brillaban con diversión. —Me encanta cuando eres amistosa. ¿Cómo has estado, Esme?

Ella lo miró con el ceño fruncido y retiró su mano a un lado. —No te he dado permiso para usar mi nombre de pila, y no estoy de humor para batirme contigo. Vuelve con tus otros invitados para divertirte y envía a tu mayordomo a la cama. Cualquiera puede ver que está al

borde del colapso esta noche.

—Ya he enviado a Oswin a descansar. —De repente se rio—. El joven Pip ha asumido sus deberes hasta que Collins suba.

—Mejor así —respondió ella, agradecida por fin por decisiones tan sensatas.

—Solo tú te atreverías a decirme qué hacer en mi propia casa. Quería agradecerte por venir —murmuró Windermere—. Pero para convencer a todos de que no estamos en desacuerdo, tendrás que hablarme ocasionalmente con un tono un poco menos ácido.

—Hemos hablado lo suficiente para acallar cualquier chisme. —Ella le sonrió—. ¿O era tu deseo que también te sacara de tus melancolías?

—Te lo diré de nuevo, tenías razón. —Windermere suspiró y se pasó una mano por su cabello oscuro y ondulado—. Estás disfrutando restregarme en la cara ese asunto con Lady Bartlett, ¿no es así?

—Quizás. —Ella reprimió una risa—. Estabas tan indignado ese día, y después de descargar tu enojo conmigo, te lanzaste calle abajo, a pie, nada menos, con mi sirviente y tu caballo siguiéndote. Me reí durante al menos un día entero después. Pero lamento que te hayan decepcionado.

Él inhaló bruscamente, apretando la mandíbula, antes de relajarse y sacudir la cabeza. —No, no lo lamentas. Estás positivamente regodeándote de que se haya probado que tenías razón sobre ella.

Ella se permitió la más breve de las sonrisas de suficiencia. —Deberías aprender a escuchar los buenos consejos cuando los oyes, incluso si vienen de una dirección que no te agrada. Intenté todos los métodos sutiles que se me ocurrieron para obligarte a mirar realmente su figura y comportamiento primero. Quería atraparte y casi lo logra. Una aventurera de su pobre calibre no es adecuada para ser tu condesa.

—Te creo completamente —se inclinó más cerca, apoyando una mano en el marco de la puerta junto a la cabeza de ella, dejándola parcialmente atrapada por su cuerpo—. De hecho, estoy considerando dejar el asunto de quién debería ocupar esa posición en tus capaces manos.

Ella lo miró atónita.

—¿Me dejarías elegir a tu esposa?

—Bueno, quizás no una esposa —sonrió y su atención se desvió hacia el busto de ella—. Pero estoy abierto a escuchar tu sugerencia para mi próxima amante. Parece que tengo la peor suerte en ese área, y tú pareces haber desarrollado un interés en las que llevo a mi cama.

Esme se rio de su absurda sugerencia e ignoró el abrumador impulso de desabotonarse el vestido para él. Ella no coqueteaba con un hombre mientras estaba involucrada con otro, incluso si ese otro la estaba llevando por un alegre camino esta noche.

—Apenas necesitas consejo en eso. Cualquier par de pechos servirá. Pero la próxima vez, si la dama afirma que está esperando un hijo tuyo, al menos asegúrate de que esté diciendo la verdad antes de solicitar una licencia especial.

—Los pechos vienen adheridos a la dama —suspiró de nuevo y se echó hacia atrás—. Dado mi casi error, ya no estoy seguro de tener la paciencia para el matrimonio.

El año pasado, Esme había formado una sospecha sobre Lord Windermere, lo que lo hacía suspirar tan a menudo cuando alguien se casaba o se escuchaba que había engendrado un hijo o una hija. Él insinuaba que carecía de paciencia, pero probablemente eso no era cierto. Había innumerables otros caballeros de su conocimiento, con hijos legítimos e ilegítimos asociados a sus nombres. Lord Windermere no había vivido la vida de un santo, pero no tenía hijos propios que Esme hubiera conocido jamás.

Ella podía simpatizar con su situación, aunque nunca lo dejaría entrever ni lo avergonzaría hablando de ello. A su edad, acercándose a los cuarenta y tres años, debía haber comenzado a preocuparse por la sucesión, ya que su hermano parecía aún menos dispuesto a sentar cabeza que él. Después de eso, la finca y el título caerían en manos de un primo que no tenía el porte de un conde, en su opinión, aunque sí poseía una dulce esposa y ya dos hijos.

De todos modos, no sabía qué decir para hacerlo sentir mejor, porque realmente nada podía. Ella había aceptado desde hacía mucho tiempo su propia esterilidad como una certeza.

—Las cosas podrían ser diferentes con la mujer adecuada —sugirió suavemente. Al menos, eso es lo que los familiares bien intencionados siempre le habían aconsejado a ella.

Él negó con la cabeza, luego asumió la expresión cálida tan común en él que iluminaba sus ojos tan brillantemente que ella quería acercarse más.

—Entonces, ¿vas a decirme qué estabas buscando?

Ella desvió la mirada, contenta de que él hubiera cambiado de tema y de que la incómoda conversación personal entre ellos hubiera terminado. No le confiaría su exasperación con su amante, pero Windermere había invitado a Meriwether sabiendo que estaban íntimamente involucrados. Debería haberle quedado claro a quién estaría buscando ella.

—Te dejaré volver a atender a tus invitados y a encantar a tu próxima pareja de baile.

Él suspiró dramáticamente.

—Eres una mujer cruel, pero tienes razón. Tengo obligaciones. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Esme giró sobre sus talones y dejó atrás la biblioteca y a Lord Windermere. De no ser por la persistente sensación de tristeza compartida, no planeaba volver a pensar en él esta noche.

CAPÍTULO DOS

RICHARD HILL, tercer conde de Windermere, merodeaba por su casa, asegurándose de que todos los invitados a su baile de la fiesta en casa estuvieran felices y se sintieran bienvenidos. La finca de Gloucestershire era su orgullo y alegría, y su evento anual de verano, que había comenzado como unos pocos días breves con amigos, ahora se extendía a una semana o más, dependiendo del clima y la disposición de los huéspedes a ser entretenidos.

No le importaba que otras personas disfrutaran de las comodidades de su hogar y sus camas. Esperaba despedir a cada invitado de mejor humor que cuando llegaron por primera vez. La temporada de bailes y reuniones en Londres agotaba a un hombre, y a su edad, había llegado a pensar primero en la comodidad. Richard organizaba su reunión anual como un medio para fomentar amistades más profundas en la sociedad y también para proporcionar un respiro de las presiones de la vida, por lo que nunca apresuraba a nadie a marcharse y pasaba por alto muchas indiscreciones.

El cambio de camas era una práctica común entre aquellos que no se habían casado por amor o que aún no habían encontrado a quien centrara su mundo. La anticipación de sexo aventurero sin ataduras ni expectativas de matrimonio era un beneficio adicional del que la mayoría de sus invitados se aprovechaban plenamente. Richard siempre había disfrutado en el pasado, pero este año había ajustado sus expectativas un poco más alto.

Necesitaba un hijo más que una aventura casual, pero la paternidad estaba resultando difícil de alcanzar, al igual que decidirse por una novia adecuada para casarse primero. Casi habría cometido un error, de no ser por Esme. Había pensado que Eleanor lo amaba, pero ella le había mentido sobre un bebé y todo lo demás, como pronto descubrió.

Nunca se había sentido más enojado o humillado que entonces.

Esme era su objetivo secundario para la fiesta de este año. Necesitaba hacer las paces por el espectáculo público que había montado en lo que a ella respectaba. Esme a menudo podía ser una arpía espinosa y controladora, cuya opinión frecuentemente difería de la suya, pero ahí terminaba cualquier discordia entre ellos. Su arrebato en la ciudad sobre el plan de Eleanor había hecho que Lady Heathcote perdiera apoyo entre la alta sociedad, y le molestaban los rumores de un romance roto entre ellos. No esperaba que se creyera y se difundiera una suposición tan ridícula. Al invitar a Esme a la finca para la fiesta, tenía la intención de demostrar a todos cuán ridículo había sido cualquier desacuerdo.

Mientras pasaba cerca de la puerta del vestíbulo principal, una voz familiar lo llamó.

—Windermere, ahí estás, y ciertamente eres un alivio para la vista en medio de esta locura.

Richard se apresuró y abrazó a su primo, el Sr. Adrian Hill.

—Te esperaba a ti y a tu esposa hace días —le dijo al hombre—. ¿Qué os retuvo?

Cuando se separaron, la esposa de Hill, Carolyn, se acercó para besarle la mejilla.

—Pasamos unos días en Berkeley, viendo los lugares de interés, lo que nos retrasó un poco más de lo esperado.

—Es encantador allí, así que puedo entender la atracción de quedarse más tiempo —sonrió. Solo se había preguntado fugazmente por su retraso, y como podía ver que todo estaba bien con ellos, no se preocuparía más por ellos—. Confío en que los sirvientes se estén ocupando de que su equipaje sea llevado arriba a sus habitaciones habituales.

—Collins nos aseguró que se haría de inmediato —Carolyn estiró el cuello para mirar boquiabierta a los invitados. Después de un momento, su mano voló a su cabello—. Debo tener un aspecto horrible llegando en medio de un baile con un vestido de viaje.

—Te ves encantadora —Richard le apretó el brazo, luego los condujo a la base de las escaleras para que pudieran retirarse a sus habitaciones y cambiarse para el baile. A menos que... Se volvió hacia ellos—. Digo, si no os sentís con ánimos de uniros a nosotros para bailar esta noche después del largo día de viaje, lo entiendo completamente. Habrá otra fiesta más pequeña más adelante esta semana también.

Carolyn sonrió, sus hombros hundiéndose.

—¿No te importaría?

Richard apreciaba mucho a la esposa de su primo, así que asintió. A ella le desagradaba decepcionar a alguien, pero siempre parecía temer decepcionarlo a él en particular. No tenía idea de por qué.

—Me pondré al día con vosotros dos mañana, estoy seguro. Pide a un lacayo que os lleve la cena si tenéis hambre. Debería haber bebidas suficientes en vuestra habitación.

—Gracias, pero ambos nos uniremos a los invitados tan pronto como nos hayamos cambiado —advirtió Hill, enderezando los hombros mientras miraba alrededor del vestíbulo para ver quién estaba presente.

—Sí, por supuesto, querido —murmuró rápidamente Carolyn, bajando la barbilla.

Hill le estrechó la mano y rápidamente condujo a su esposa escaleras arriba, con un brazo protectoramente alrededor de su espalda. Richard siguió su progreso con el corazón apesadumbrado. De hecho, se habían conocido aquí bajo su techo y habían sido inseparables desde su matrimonio. Sin embargo, a su primo le gustaba hacer las cosas a su manera, a pesar de los sentimientos opuestos de Carolyn y su evidente agotamiento.

Avery se unió a él y le pasó un brazo por los hombros.

—Aún sin suerte en alejarla del lado de Adrian, ¿eh? —susurró.

—Avery, deja de decir tonterías. Parece estar cansada, y yo solo estaba preocupado —se sacudió el abrazo de Avery—. Nunca me interesaría la esposa de nuestro primo, y te sugiero encarecidamente, una vez más, que no dejes que nadie más lo piense tampoco. Está demasiado dedicada a Adrian como para permitir algo impropio.

—Le agradas, por alguna extraña razón —su hermano se encogió de hombros—. Pero cuantos más, mejor, siempre ha sido mi lema.

—¿Y no se arrepiente más tarde cada mujer que acepta una invitación a tu cama? —Richard frunció los labios y miró alrededor para ver quién estaba cerca—. Aléjate de ella y búscate una esposa. Una esposa legal, en lugar de tonterías familiares. Podrías necesitar un heredero antes de lo que crees.

Las cejas de Avery se dispararon hacia arriba.

—Eres tú quien necesita el heredero, no yo.

—Que no haya uno ya debería ser una advertencia para ambos —¿Por qué mentirle a su

hermano? No era como si no hubieran discutido sobre el matrimonio y los bebés, la urgente necesidad de ellos, antes. Se estaba haciendo un poco mayor para no haber engendrado nunca un hijo.

Avery frunció el ceño.

—¿Por qué te resistes a las tradiciones familiares y no sales a capturar una novia?

—Las tradiciones familiares son perversas —insistió él, frunciendo el ceño ante la idea. Se acercó a su hermano—. No voy a secuestrar a una mujer, llevarla al bosque, atarla a un viejo tocón y follarla mientras cuelga allí indefensa. Esa no es mi idea de cómo comenzar un matrimonio amoroso.

—No critiques lo que no has probado —Avery sonrió con picardía—. Yo, sin embargo, aprovecharé al máximo la emoción que nuestras tradiciones familiares inspiran en las mujeres de mi conocimiento sin el estorbo de un matrimonio real. No tienes que completar todo lo que implica el ritual. ¿Qué hay de malo en un poco de colgar entre amigos, eh?

—No lo haré —Richard se alejó, preso de la insatisfacción. Por tradición, el titular y los herederos de la finca Windermere debían secuestrar, seducir y consumar su relación en el bosque al este de la propiedad antes de casarse legalmente. En plena noche, nada menos. Richard había sido concebido de esa manera, nacido cuatro meses después de la boda, al igual que su padre y todos los condes anteriores durante seis generaciones. Incluso su primo Adrian había llevado a su Carolyn al árbol de los deseos en busca de su heredero. Nueve meses después, Carolyn dio a luz un hijo y Adrian había estado presumiendo desde entonces.

Era una tontería, por supuesto, que tal ritual asegurara la sucesión. Perpetuar el mito era algo a lo que nunca, jamás sometería a una mujer. Quería que la práctica muriera con él.

Apartó su disgusto y se concentró en ser un buen anfitrión. De vez en cuando, veía a Esme revoloteando entre la multitud delante de él, pero en general seguía manteniendo las distancias. No se lo había puesto fácil cuando él se disculpó. Había sido un tonto, y uno grosero, y ella no hizo ningún esfuerzo por ocultar su diversión.

Maldita moza exasperante. Siempre un paso por delante de él, por mucho que intentara no quedarse atrás. Era una mujer de opiniones apasionadas y él nunca cedía sin motivo. Sus frecuentes debates se habían ganado la notoriedad de la alta sociedad, lo que probablemente explicaba por qué la sociedad había asumido que estaban envueltos en un tórrido romance que se había agriado cuando él salió furioso de su residencia en Londres sin su caballo.

Ella había tenido tanta razón sobre su mayordomo. Oswin ya no era un hombre joven, y las noches tardías de la fiesta y los invitados exigentes ya estaban pasando factura a su salud. El hombre insinuó que permanecería en su puesto hasta que Richard tuviera su heredero, lo cual era otra preocupación. ¿Cuánto tiempo más podría tardar en enamorarse y tener un heredero de la manera correcta?

Encontró a Esme entre la multitud de nuevo. A pesar de la sonrisa que otorgaba a quienes la rodeaban, parecía infeliz, y le sorprendió darse cuenta. Normalmente rebosaba energía cuando estaba con los amigos que compartían.

Se acercó a ella, atraído de una manera a la que no estaba acostumbrado. Meriwether, afortunadamente, estaba en otro lugar, aburriendo a otros con su tediosa búsqueda de una guardia privada en Londres. Por más que lo intentaba, Richard no podía entender por qué Esme estaba con ese hombre. Debían tener poco o nada en común aparte del sexo. —Señoras, espero que estén teniendo una velada agradable.

Lady Heathcote aseguró que así era, pero se distrajo con otro invitado y se dio la vuelta. Él se quedó mirando su graciosa espalda un momento, admirando las hermosas curvas ante él y su

cabello rubio pálido peinado en un elaborado estilo en la parte superior de su cabeza. Era el estándar al que muchas jóvenes damas deberían aspirar. Nunca le faltaba una ocurrencia ingeniosa. Nunca perdía la compostura, sin importar las circunstancias.

Eso lo dejó en compañía de Lady Ames. —¿Me honrarás con un baile esta noche, Harriet?

—Al menos tú preguntas —murmuró ella entre dientes antes de entregarle las pequeñas tarjetas que su hermana había repartido a todas las damas para el evento de esta noche. La tarjeta de Harriet estaba vacía, ni siquiera el nombre de Avery estaba marcado en ella, así que él reclamó el siguiente set y uno posterior, y se quedó para conversar con ella hasta que por fin se anunció su baile.

Harriet había estado viniendo a su finca durante muchos años y, aunque no eran particularmente cercanos, nunca íntimos, ella había sido la pareja romántica más duradera de su hermano y él genuinamente disfrutaba tenerla aquí. Sin embargo, mientras se acomodaban en el baile, no pudo ignorar la distracción de su pareja. Suspiraba mucho más de lo que requería la tarea de bailar con él. Estaba lo suficientemente preocupado como para preguntar sobre su estado de ánimo actual. —¿Qué ocurre?

—Absolutamente nada, milord —respondió ella rápidamente, con un toque más mordaz en sus palabras del que era necesario. Harriet no era muy parecida a Esme, quien normalmente le expresaba abiertamente cada decepción que encontraba. Ella solía ocultar sus sentimientos mucho mejor—. Estoy teniendo una velada encantadora. Jillian se ha superado a sí misma en tu nombre.

—Lo ha hecho y estoy muy agradecido —murmuró él—. Como te puedes imaginar, Avery no es de ninguna ayuda.

Harriet inclinó la cabeza, mirando fijamente su corbatín mientras bailaban, dejando a Richard una clara vista sobre su cabeza. Su hermano estaba en un lado charlando con Lady Small, una mujer recientemente enviudada y sin compromiso. Cuando pasaron junto a la pareja, Harriet suspiró profundamente. —Puedo creerlo.

¿Era la atención de Avery hacia la viuda la causa de su bajo estado de ánimo? Si era así, no culparía a la mujer por estar molesta. Avery debería haber invitado a bailar a Harriet, ya que él había sido quien la invitó a la fiesta en la casa en primer lugar. —La cabeza de Avery siempre se gira ante una cara bonita, pero nunca se queda allí —dijo, esperando aliviar la decepción de Harriet.

—Pero se gira con tanta frecuencia que hace preguntarse: ¿alguna vez dejará de mirar primero a otra parte? —replicó Harriet con una voz teñida de resignación.

—No lo sé —respondió él honestamente. Era una lástima que Avery no se hubiera establecido con Harriet. La mujer era buena para él, pero Avery no era exactamente el hombre más comprometido con ninguna mujer. Él y Avery eran polos opuestos en naturaleza y actitud en ese aspecto. Avery era salvaje. Richard tenía responsabilidades que no podía eludir por mucho más tiempo. Necesitaba un heredero.

Cambió de tema. —¿Tienes todo lo que necesitas en tu habitación?

—Sí, la habitación es tan cómoda como siempre. Gracias. Siempre he disfrutado venir a Windermere cada año —Frunció el ceño—. Pero aún no he visto al Sr. y la Sra. Adrian Hill. ¿Están de visita también este año?

—Llegaron hace menos de media hora. Se detuvieron en Berkeley durante el viaje, y Carolyn parece estar agotada. Les sugerí que se saltaran la fiesta, pero Adrian me aseguró que se unirían a nosotros pronto.

—Está embarazada, o lo estaba cuando me escribió por última vez, así que el viaje debe

haberla cansado —murmuró Harriet, con la mirada fija en el otro lado del salón, donde Avery bailaba con entusiasmo con una Lady Small de rostro enrojecido. Se quedó mirando y luego sacudió la cabeza—. ¿Me disculpas, y también de nuestro próximo baile? Necesito hablar urgentemente con Carolyn.

—Sí, por supuesto que no me importa. Ve a buscarlos —Richard acompañó a Harriet fuera de la pista antes de que terminara el baile y siguió su progreso mientras ella se abría paso entre la multitud y desaparecía rápidamente.

Mientras se alegraba por la noticia de que la esposa de su primo tendría un tercer hijo, también se vio envuelto en una ola de tristeza. No era de extrañar que Hill hubiera apoyado a su esposa en las escaleras. Estaba cuidando de su creciente familia.

La que reemplazará a la mía y nos arrebatará el título si no engendramos a nuestro heredero primero.

Richard se tragó su amarga píldora de resignación y fue en busca de una distracción digna para amortiguar el dolor de desear un hijo que lo sucediera.

Tal vez debería probar el árbol de los deseos al menos una vez, solo para asegurarse de que la falta de fe, a falta de un término mejor, no fuera el único problema con él.

CAPÍTULO TRES

ESME BUSCÓ A MERIWETHER en las demás salas públicas, pero no encontró rastro de él. Decepcionada y bastante molesta por la búsqueda infructuosa, volvió sobre sus pasos hacia el salón de baile y se mezcló entre la multitud mientras admiraba a las parejas que giraban bajo las tres arañas de Windermere.

Aunque la invitaron más de una vez a dar una vuelta por la pista, declinó las invitaciones. No estaba de humor para ese tipo de baile. Prefería hacer algo más íntimo y vigorizante en privado con su amante.

Exhaló un suspiro. Si se le pudiera convencer de quedarse a mi lado el tiempo suficiente.

Su lacayo favorito al servicio de Lord Windermere, un joven hermano de su indispensable Penny, apareció y le ofreció una copa de champán bendecidamente fría.

—Gracias, Pip —murmuró mientras bebía agradecida—. ¿Has podido pasar algún tiempo con tu hermana?

—No mucho, mi señora —susurró en respuesta.

Los preparativos para el baile de esta noche generalmente involucraban a todo el personal y dejaban poco tiempo para que cualquier sirviente estuviera ocioso charlando, incluso con un miembro de su propia familia. Pip y Penny Bradshaw eran toda la familia que tenían, y habían estado separados durante un año—. Mañana será más fácil para Penny. Dormiré hasta tarde, así que tendrán tiempo de sobra para ponerse al día por la mañana.

—Es usted muy generosa, mi señora.

Le guiñó un ojo—. Haré cualquier cosa para evitar que tu hermana suspire tan fuerte cuando te eche de menos cuando nos vayamos de nuevo. Cualquiera pensaría que te has ido a la guerra en lugar de conseguir un puesto en una hermosa finca como esta.

Él reprimió una risa, pues conocía demasiado bien el hábito de su hermana de exagerar desmedidamente, y luego se dio la vuelta para seguir sirviendo champán a los invitados.

Esme estaba muy orgullosa de cómo había resultado el joven. Pip había pasado unos meses en su casa bajo la tutela de su personal senior, adquiriendo el refinamiento necesario para conseguir un puesto mejor del que ella podía ofrecerle. Había tenido éxito al ganarse al personal de Windermere y conseguir empleo como lacayo, pero sabía que su ambición era llegar a mayordomo para enorgullecer a su hermana.

Esme se acercó a Lady Small, que estaba sola, aplaudiendo mientras terminaba un baile—. Menuda reunión, ¿verdad, querida? ¿Por casualidad has visto dónde fue Harriet? Hace un rato que no la veo.

La expresión de Lady Small era de amarga desaprobación—. Supongo que ya estará entreteniendo a Lord Avery Hill en su alcoba.

Muy probablemente—. ¿Lo desapruebas?

—Por supuesto que sí —Lady Small se estremeció—. ¿Sabes lo que ese hombre se atrevió a sugerirme? Todavía estoy en completo shock.

Lord Avery Hill tenía una tendencia a hablar sin tapujos de sus aventuras sexuales y su apetito. A algunas mujeres les gustaba ese tipo de cosas, a otras no tanto—. Eso suele ocurrir cuando se habla con él por primera vez —le informó Esme con toda seriedad—. Considéralo una prueba de carácter. Estoy segura de que no volverá a ser tan descarado.

—Es escandaloso —siseó Lady Small—. Y sugerir un amorío con alguien más en la sala, además.

Ah, había sugerido un ménage à trois—. Cada uno a lo suyo —Esme se encogió de hombros —. No decidas que no te va a gustar algo hasta que al menos lo hayas probado una vez.

Lady Small la miró sorprendida—. No lo creo.

—Podrías llevarte una grata sorpresa con la experiencia —murmuró. Esme lo había probado, pero prefería ser el centro de atención de un solo hombre.

De repente, la multitud se quedó en silencio, y ella miró a su alrededor sorprendida. El cuarteto que había estado tocando en competencia con el ruido de la multitud trinó unas notas y también se calló. Todos los invitados miraban hacia el otro lado de la sala, y como una ancha espalda masculina le bloqueaba la vista, Esme se colocó junto al hombre, dándose cuenta tardíamente de que Lord Windermere había estado lo suficientemente cerca como para probablemente escuchar a escondidas su conversación con Lady Small.

Una potente voz masculina pidió atención y Esme se estiró para ver quién se atrevía a interrumpir el baile. Sir Jeffrey Follows, un caballero local que se había unido a ellos en varias cenas en años anteriores, seguía aclarándose la garganta con aire de importancia—. Si me permiten su atención, por favor —dijo al fin—. Me complace enormemente anunciar que el señor Albert Meriwether ha pedido la mano de mi hija Jane en matrimonio, y les he dado mi bendición. Se casará con nuestra querida niña antes de que termine el mes.

Esme se quedó paralizada mientras todos los demás aplaudían, incapaz de creer lo que había oído. Meriwether sonreía a Jane con una expresión satisfecha en el rostro.

El desalmado canalla. ¿Cómo podía quedarse allí mientras se anunciaba su matrimonio sin haberla advertido antes?

—Parece que al final no era tuyo —le susurró Lady Small al oído con crueldad.

Esme estaba furiosa. ¿Cómo podía avergonzarla de esa manera? Nunca había insinuado que estuviera involucrado con otra dama y ciertamente nunca mencionó el deseo de casarse. Si lo hubiera hecho, ella nunca se habría acostado con él. Por la mañana, sería el hazmerreír de toda la fiesta.

Windermere le ofreció su brazo—. Una buena pareja —meditó en voz alta—. Ven, mi querida Esme. ¿Brindamos por la feliz unión en privado?

Aunque sorprendida por el apoyo de Windermere en un momento así, estaba agradecida por el salvavidas que le ofrecía. Necesitaba salir de la habitación antes de decir o hacer algo de lo que se arrepintiera. No podía desearle felicidad a Meriwether. No en su estado de ánimo actual. Necesitaba una buena excusa para escabullirse y desahogar su irritación en privado.

Colocó su brazo en el de Lord Windermere y permitió que la guiara fuera de la habitación, sintiéndose satisfecha más allá de lo razonable cuando pasaron junto a Lady Small. La mujer se quedó con la boca abierta.

Cuando llegaron al vestíbulo de entrada, él le apretó la mano y miró alrededor. —Casi fuera del alcance del oído. Solo un poco más. ¿Te mostré los nuevos cuadros en mi alcoba?

Su pregunta cortó de raíz su enojo. Ella levantó los ojos hacia él. —Nunca he visitado tu alcoba antes, Windermere, y lo sabes.

Él sonrió. —Entonces debes venir. Varias veces, creo.

Ella se alejó de él. —No te imagines...

Su expresión se volvió seria, y la empujó escaleras arriba. —Es la forma más rápida de cortar los chismes malintencionados. Si ambos estamos notablemente ausentes por un tiempo, mis invitados tendrán algo más de qué hablar. Prívales de su diversión a tu costa con una historia diferente de conquista.

—¿Sabías lo de él?

Él le tomó el brazo y la apresuró por el siguiente tramo de escaleras. —No sobre el matrimonio. Eso me tomó por sorpresa, y te lo habría dicho si hubiera tenido alguna idea. Debo decir que no estoy infeliz por ello. El maldito tonto apenas merecía tu compañía íntima.

Ella llegó al siguiente rellano antes de que su cabeza se aclarara lo suficiente para considerar la respuesta correcta. —¿Y tú crees que me mereces?

—Oh, no. —Se rio y la soltó—. Espero plenamente que me deseches tan pronto como mañana. Pondré cara larga mientras tú puedes afirmar que mi arrogancia te resulta desagradable o algo inofensivo. Unas cuantas exageraciones bien contadas y todo estará bien.

Esme miró alrededor para confirmar que estaban solos. —¿Por qué harías esto por mí?

Él suspiró y puso sus manos detrás de la espalda mientras se inclinaba un poco para mirarla a los ojos. —Porque recuerdo que una vez intentaste evitar que yo quedara en ridículo, y lo aprecio.

—No tiene sentido lo que dices, señor.

Se acercó a su oído, su aliento caliente contra su piel. —¿No preferirías vengarte de Meriwether sin riesgo? ¿Un romance conmigo le molestaría?

Lo que Windermere sugería tenía sus méritos, y si no había riesgo involucrado...

Sonrió maliciosamente mientras se apartaba. —Está claro que esperabas que la reunión en la casa procediera de la manera habitual. Pensé que Meriwether entendía tus reglas. Eres famosa por no coquetear con hombres casados o comprometidos, así que su suposición muestra una clara incomprensión de tu carácter. Debería haberte advertido sobre el inminente anuncio de boda y no lo hizo. Eso lo hace poco admirable en mi opinión. Ven conmigo, deja que los demás crean que hemos arreglado nuestras diferencias en la cama. No puedo creer que lo haya invitado.

—¿Por qué lo invitaste?

—Para hacerte feliz, pensé. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Ahora, en cambio, creo que nos divertiremos a su costa.

—Pareces tener un don para la venganza.

Él le guiñó un ojo. —Es un sentimiento espontáneo, alentado por tu cara larga. No tendríamos que ser íntimos. Solo mis invitados necesitan estar convencidos de que lo somos.

Esme forzó una sonrisa en su rostro, pero era algo frágil. El plan de Windermere la ayudaría a salvar las apariencias, y si él no esperaba intimidades, entonces su relación seguiría siendo la misma. Por una vez, el caballero tenía sentido. —¿Dónde podrían estar ubicadas tus habitaciones?

—Pensé que nunca lo preguntarías. —Enlazó sus brazos, atrayéndola más cerca de su costado, con una sonrisa maliciosa jugando en sus labios—. Por aquí. Reclamé esta parte del ala este después de la redecoración del año pasado. Mi hermano y mi hermana reclamaron todo lo demás.

Eso era mucha casa para haber cedido. —Seguramente no.

Él le abrió una puerta con una breve reverencia. —Bueno, quizás exagero un poco. A un hombre se le deben permitir algunas idiosincrasias.

—Tú tienes más que unas pocas. —Esme entró en su apartamento y jadeó ante el interior espartano. Había oído que a algunas personas les gustaban los espacios despejados, pero la sala de estar de Windermere estaba desnuda y su dormitorio, cuando llegó a él, solo tenía una cama. No se veían espejos en las paredes. Ni muebles pequeños de ningún tipo. Solo una cama enorme y un fuego ardiente que enviaba luz parpadeante a todos los rincones de la habitación.

Se volvió para mirar a Lord Windermere con curiosidad. Nunca se lo había imaginado como un hombre frugal.

Su sonrisa era un poco incierta. —Me muevo mientras duermo y choco contra las cosas.

Esme frunció el ceño. Eso no lo había oído sobre él. —¿En serio?

—Desafortunadamente, sí. Te ofrecería una silla si tuviera una, pero ¿por qué no te pones cómoda? —Indicó que la cama era donde debía sentarse y sin otras opciones disponibles, Esme se sentó en el borde. Windermere aflojó su corbatín—. Me siento obligado a disculparme. No tenía idea sobre Jane y Meriwether, aunque él estuvo mucho en su compañía ayer, ahora que lo pienso. Jane es bastante dulce a su manera, pero estoy bastante molesto de que anunciaran el matrimonio sin una palabra de advertencia o siquiera pedir mi permiso. No tengo interés en convertir el baile de mi reunión en casa en su celebración de compromiso. Me parece extremadamente presuntuoso.

Esme dejó caer sus zapatillas de baile y acomodó cómodamente las piernas debajo de ella. Se quitó los guantes para rematar y flexionó los dedos. —Ya veo que fueron extremadamente descorteses contigo.

Él se acercó. —Y contigo también. ¿Estás muy disgustada?

El hecho de que tuviera que considerar su respuesta antes de hablar demostraba que su corazón había sobrevivido a la decepción. —Quizás mi orgullo.

Él suspiró y se apoyó contra la cama. —Bien. Yo...

Un panel discreto en la pared pintada se abrió, y el mayordomo entró apresuradamente con los brazos llenos de leña. Se quedó paralizado al descubrir que su amo no estaba solo. —Perdóneme, mi lord. No tenía idea de que se había retirado por la noche.

Windermere frunció el ceño. —Oswin, sal de aquí. Te envié a la cama, no a reemplazar a mi ayuda de cámara.

El mayordomo lanzó una mirada curiosa a Esme antes de prácticamente huir de la presencia de su amo.

Windermere apretó los labios momentáneamente y luego se rio. —Ya está. Cualquier insinuación de que Meriwether te decepcionó desaparecerá por completo. Por la mañana, el tema de conversación de la reunión será sobre cierta dama encantadora que fue vista honrando mi cama. ¿No es fácil?

Esme saltó de la cama. —Entonces te veré mañana.

Él la agarró del brazo. —Para ser convincente, tendrías que quedarte un poco más. También tengo una reputación como amante entusiasta que proteger.

Ella se quedó quieta. Tenía razón, y Lord Windermere no debería salir de este arreglo con su reputación nuevamente manchada. Ambos se beneficiarían si ella se quedaba un poco más. —Es cierto.

Su agarre se aflojó, y acarició suavemente el interior de su brazo, provocando que la piel se le erizara.

Finalmente, su mano se apartó, su expresión volviéndose especulativa. Esme estaba casi

segura de que él no había querido soltarla. Sin embargo, involucrarse íntimamente con Lord Windermere era una idea ridícula. Apreciaba su ayuda esta noche, pero había un límite en lo que haría por venganza. Y si fueran íntimos, Windermere estaría insoportablemente presumido después.

Volvió a subirse a la cama y levantó las manos hacia su cabello para quitarse un alfiler que se había vuelto incómodo. Tras una nueva consideración, se los quitó todos para dejar que su cabello cayera por su espalda y sacudió sus mechones rubios. —Salir de tu alcoba completamente despeinada y necesitando que mi doncella me arregle de nuevo sería mejor que aparecer apenas despeinada. Si vamos a perpetuar una mentira, los rumores de nuestro tiempo juntos como amantes bien podrían ser excepcionales. Cuéntame sobre las pinturas.

—Mi hermana es la artista —dijo Windermere extendiendo una mano y, desconcertada, ella dejó caer los alfileres en su palma. Él se acercó a la chimenea y los colocó allí, luego se quitó la chaqueta de etiqueta—. Como puedes ver, recientemente ha encontrado una manera de decorar sin darme objetos móviles para dañar, y simplemente pinta en las paredes.

—Esto debe haber llevado algún tiempo —admiró Esme el extraordinario trabajo a su alrededor—. Tu hermana es muy inteligente.

—No se lo digas —advirtió Windermere con una risa, dejando caer su chaqueta al suelo en un montón descuidado—. Querrá pintar el resto de la propiedad de la misma manera, y me gusta ser el destinatario de regalos únicos.

Esme se dejó caer sobre el colchón y se retorció, asegurándose de que su vestido quedara adecuadamente arrugado por detrás. Si esta fuera su alcoba, haría que Jillian pintara hermosas nubes en el techo con un querubín o dos asomándose detrás de cada una. —Por supuesto que sí. Siempre pensando en ti mismo primero y ante todo.

—No siempre —murmuró Windermere con una voz profunda y baja que envió sensaciones alarmantes por su piel. Al momento siguiente, se arrojó en la cama a su lado—. El proyecto la mantuvo ocupada durante su luto, pero no quiero que pase su vida aquí, escondiéndose de volver a sufrir.

Ella volvió su rostro hacia él. —Abrazará su vida cuando esté lista.

Sus ojos azules se suavizaron. —¿Es eso lo que hiciste cuando Heathcote falleció?

Ella hizo una mueca y volvió a mirar hacia arriba. —Heathcote y yo éramos extraños mucho antes de eso, así que... seguí los protocolos por guardar las apariencias.

—Tenía la sensación de que dirías eso —murmuró Windermere, tomando su mano y apretándola—. No era un hombre cálido, ¿verdad?

—Con su amante sí lo era —volvió a hacer una mueca. A veces el dolor de la traición de su esposo la sorprendía, como ahora—. Prefiero no pensar en él, si no te importa.

—Por supuesto —murmuró él, y luego llenó la siguiente hora con charla inofensiva sobre la fiesta, sus conocidos mutuos y los entretenimientos organizados para los próximos días.

Todo menos el hecho de que aún estaban tomados de la mano.

CAPÍTULO CUATRO

RICHARD APOYÓ LAS manos en la balaustrada de piedra sobre el gran salón de baile y recorrió con la mirada a la exuberante multitud que giraba abajo. Se había asegurado de invitar a un número igual de damas y caballeros para la fiesta de diez días en la casa. Pero para su pesar, las damas que había considerado como sus mejores oportunidades para mejorar su relación ya se habían emparejado con otros hombres mientras él había estado encerrado con Esme, fingiendo disfrutar de un alegre revolcón en su cama.

Maldita Esme y su cara larga.

No había pensado bien su decisión de salvar a Esme de la vergüenza y ahora pagaba el precio por ello. Aunque tenía que admitir que el encuentro casto no había sido del todo una pérdida de tiempo. Pensó que, quizás, él y Esme habían llegado a un acuerdo sobre el pasado. Se sentía mucho mejor por eso y esperaba con ansias una conversación más civil con la dama en el futuro.

—Creo que la fiesta es un éxito rotundo —murmuró Jillian, su hermana menor, mientras miraba a los invitados reunidos con orgullo brillando en su rostro.

Una gran parte de los arreglos para la fiesta habían recaído en sus manos capaces, y él estaba complacido de verla de tan buen humor. Había estado demasiado callada desde que regresó a casa tras la muerte de su esposo de tres años. La muerte de Benjamin el invierno pasado había apagado la alegría de sus ojos, y ahora casi podía verla brillar de nuevo allí. —Has superado mis expectativas, hermanita. Muy bien hecho, de verdad.

Sin embargo, él no veía más que decepción debajo. La mujer que había invitado con el propósito secreto de considerarla para el matrimonio, Lady Beatrice Small, estaba bailando en los brazos de otro, y, dado lo que había oído de sus opiniones desprevenidas a Esme más temprano en la noche, Richard había concluido que Beatrice sería demasiado problemática como esposa.

No podía casarse con una mujer puritana. Oh, no, de ninguna manera. Necesitaba una mujer sensata, de mente abierta que no se ofendiera fácilmente. Su hermano Avery estaba destinado a asustar a cualquier alma tímida que pudiera considerar como su esposa, así que también tenía que elegir con la cabeza. —Creo que este podría ser nuestro último año. ¿Qué te parece pasar el verano junto al mar el próximo año?

Jillian, sin darse cuenta de la fuente de su decepción, se rio abiertamente ante su sugerencia. —Te encanta presumir de la finca, y el verano no sería lo mismo sin este evento y las visitas de nuestros amigos.

Mientras miraba hacia abajo, vio a la espinosa, aunque ocasionalmente encantadora Esme, hablando con los amigos que había hecho entre los lugareños durante los últimos años de visitas. Sus primos finalmente habían hecho acto de presencia, y la pareja estaba pendiente de cada una

de sus palabras. Ella encantaba a todos los que conocía, los hacía sentir como compañeros deseados y queridos, a todos excepto a él, normalmente.

Una lástima, eso. Él le debía a Esme el favor de rescatarla de la vergüenza.

Esme lo había salvado de cometer un grave error. Todavía se sentía tonto por haber estado a punto de ser engañado para casarse con una mujer que fingía estar esperando un hijo suyo.

Aún estaba asombrado de que Esme lo hubiera considerado digno de ser rescatado en primer lugar.

Maldita Esme por revelar sus sentimientos heridos.

Su hermana le dio un codazo. —No te quedes aquí merodeando. Ve y mézclate con tus invitados.

—Pronto —murmuró, distraído por la cálida sonrisa de Esme hacia el Sr. Miles Hammond, quien se había unido a su pequeño grupo. Se tensó ante la comodidad entre ellos. Esme y Hammond eran muy viejos amigos y compañeros frecuentes en Londres últimamente. Estaba bastante seguro de que nunca habían sido amantes, pero con Esme uno nunca podía estar seguro de nada. Hasta la farsa de esta noche con él, ella siempre había sido increíblemente discreta en sus asuntos. —Dime otra vez por qué invité a Hammond.

—Porque es amigo de Esme, y pensaste que tenerlo aquí también le daría apoyo —dijo Jillian con una risa—. En realidad es muy agradable una vez que logras hacerlo hablar.

Como si sintiera su escrutinio, Hammond miró hacia donde estaban. Se quedó mirando un momento y luego asintió antes de volver a estar pendiente de cada palabra de Esme.

La tensión de Richard permaneció. Ese hombre. Richard nunca podía decidir si le caía bien Hammond o no.

Cuando Lord Hogan se llevó a Jillian a bailar, Richard la vio irse con una risa irónica. Su hermana tenía un pretendiente persiguiéndola. Lord Hogan había estado manteniéndose bastante cerca de ella estos últimos meses desde que había guardado sus vestidos negros y había comenzado a abrazar la vida de nuevo. Siempre a su lado, siempre interesado en lo que estaba haciendo. A Richard no le importaría la conexión, si el hombre llegara a proponer matrimonio, razón por la cual también había sido invitado para la semana, para ver qué podría surgir de la conexión.

Golpeó con los dedos la balaustrada mientras se dirigía a la pista de baile abajo. No quería pasar la noche viendo a los amantes coquetear y escabullirse a rincones tranquilos. Si no podía tener una esposa, quería perderse en los brazos de alguien que no esperara un compromiso de él.

O, si eso no fuera posible, preferiría pasar la noche con alguien que desafiara su mente. Eso significaba que su mejor oportunidad de diversión esta noche era discutir con Lady Heathcote.

Maldita Esme por ser tan condenadamente intrigante.

Siempre había luchado contra la atracción, pero esta noche se sentía decididamente aventurero. Desde su interludio en su cama, había querido meterse bajo su piel de la peor manera, y no solo para ganarse otro ceño fruncido.

Una vez que llegó al piso del salón de baile, escaneó la multitud. Esme se había alejado de sus primos y actualmente estaba fuera de la vista. Mujer irritante. ¿Por qué nunca podía estar donde él esperaba que estuviera? Era como todas las otras mujeres que había conocido. Siempre haciéndolo perseguirlas por un poco de atención.

Lo consolaba que no estuviera con Hammond, quien estaba llevando a otra dama a la pista de baile.

Sin esperanza de tener siquiera una conversación poco cordial, Richard salió a la terraza para disfrutar de la luz de la luna en soledad.

O eso pensó al principio.

Más adelante en la terraza, Esme estaba de pie justo afuera de las ventanas del salón de baile, mirando hacia adentro a través de un conjunto distante. La luz de las velas jugaba sobre su rostro, y por la forma en que inclinaba la cabeza, Richard podía notar que su atención seguía a los bailarines en el interior. Ella no se volvió para saludarlo cuando Richard se acercó. Él se detuvo cerca, detrás de ella, y compartió su vista.

Meriwether y su futura novia danzaban en la pista de baile, luciendo tan embelesados como se suponía que debían estar los jóvenes enamorados. Sus primos pasaron caminando, del brazo, con ojos solo el uno para el otro.

—La fiesta va bien —murmuró ella sin volverse ni apartar la mirada de los bailarines.

Jillian y Lord Hogan pasaron bailando a continuación. —Sí, eso parece.

—Advierte a tu hermana sobre Hogan si puedes —suspiró ella—. No será bueno para ella.

Él se erizó. Aunque debería haber escuchado a Esme sobre su última amante, había un límite para los consejos que un soltero podía soportar, especialmente cuando se trataba de miembros de su propia familia. —Solo están bailando.

—Así es como empieza —Esme negó con la cabeza—. Él no es el adecuado para ella, pero probablemente no lo sabrá hasta que sea demasiado tarde —Meriwether y su futura novia giraron frente a ellos, y ella volvió a negar con la cabeza—. O lo sabrá y no actuará siguiendo su intuición de huir.

Cuando Esme aún no se apartaba, Richard le tomó la mano y tiró de ella. Quedarse mirando a quien habías perdido solo llevaba a que tus amigos te consideraran un tonto. Esme difícilmente lo era, pero en caso de que su corazón realmente hubiera estado involucrado con Meriwether y estuviera herido, Richard sería quien la salvara esta vez.

Si ella se lo permitía.

—Ven —susurró.

Ella bajó las pestañas sobre sus ojos y su agarre en los dedos de él se apretó.

Tiró de nuevo y, afortunadamente, ella lo siguió hacia las escaleras de la terraza y salió a los jardines iluminados por la luna sin armar alboroto. Una hazaña notable.

Richard la guió lejos de la casa, paseando por los jardines silenciosos sin pensar mucho en la dirección. Era bendecidamente pacífico después del caos del baile, y se alegró de compartir unos momentos más de tranquilidad con Esme.

Finalmente llegaron a la casa del río, aferrada al borde de la corriente rápida, donde podían hablar y estar cómodos. La condujo hasta los escalones.

Ella miró el edificio y luego levantó el rostro hacia él. —Vaya, vaya. Esto es intrigante.

El edificio de madera había sido utilizado alguna vez por los barqueros a diario, pero había caído en desuso hacía mucho tiempo. A Richard le gustaba venir aquí a pensar, especialmente desde su reciente roce con el matrimonio. Había pasado bastante tiempo en la casa del río y nunca le dio demasiada importancia al oscuro interior. Había instalado varias comodidades. Esme no encontraría el interior demasiado rústico. —¿Tienes miedo de estar a solas conmigo otra vez?

—Difícilmente.

Richard sonrió. Esme era toda una aventurera y nunca se andaba con rodeos. Tampoco parecía importarle adónde iban. Esto era mucho mejor que ver a las parejas bailar y escabullirse en busca de placer. Tal vez él y Esme podrían reunir la energía para tener una buena discusión estimulante al final de la noche. Podría sentirse satisfecho al menos con eso y esperaba con ansias una buena y apasionante charla.

Abrió el pestillo de la puerta y, sin soltarle el brazo, la guió por los escalones poco profundos. El interior estaba negro como boca de lobo. La llevó con él hasta las ventanas cerradas que daban al río y las abrió de par en par. La luz de la luna y las estrellas brillaban, iluminando el espacio sombrío y convirtiéndolo en algo extraordinario. Había encontrado este lugar fascinante cuando era niño, y aún más ahora con una mujer hermosa en su brazo.

Se le cortó la respiración mientras miraba a Esme. Sin el ceño fruncido, realmente era una mujer muy hermosa. —¿Qué te parece?

Esme recorrió la habitación, volviendo a la ventana para mirar el agua que corría rápidamente. —Impresionante. Es como si no existiera nadie más —Se inclinó lo más que pudo hacia afuera y suspiró.

Temiendo lo lejos que pudiera inclinarse y conociendo los peligros que la esperaban justo debajo de la ventana, la agarró por la espalda del vestido y la sujetó con fuerza. —Ten cuidado.

Ella se asentó sobre sus talones. —Supongo que la corriente es demasiado rápida para que nadar sea agradable.

—La lluvia de la semana pasada lo ha hecho desaconsejable para la fiesta, pero durante un período seco, no está tan mal un poco más abajo —Alisó el vestido sobre su espalda donde la había sujetado, luego extendió sus manos sobre sus hombros. Era bastante suave, algo que no se le había ocurrido cuando discutían. También se sorprendió al sentir los inicios del deseo.

¿Por Esme?

¿Acaso las sorpresas no cesarían esta noche?

Acarició su delicada piel con el pulgar y fue recompensado con un estremecimiento. Richard nunca había pasado mucho tiempo a solas en compañía de Esme y, mientras su miembro se endurecía con la excitación, se preguntó por qué. Su atracción por ella esta noche lo tomó por sorpresa. La tensión siempre se acumulaba rápidamente entre ellos, pero esto no era el preludio habitual a las hostilidades. La idea de discutir con Esme había sido reemplazada por una mucho mejor.

La anticipación recorrió su piel. Inhaló el aroma a agua de rosas que se aferraba a su cabello. —Jillian solía nadar con nosotros cuando era más joven, pero prefiere reírse de nosotros cuando nos quejamos del frío después.

—Estoy totalmente de acuerdo con su forma de pensar —murmuró Esme—. A mí tampoco me gusta mucho el frío.

Richard se acercó medio paso más. Esme se reclinó contra su pecho. Con cautela, él deslizó un brazo alrededor de su cintura. La anticipación de abrazarla aún más cerca se afianzó firmemente en su mente. Por todo lo que había oído, todo lo que había visto de su carácter, Esme no jugaría a otros juegos que no fueran los de naturaleza erótica. Para una aventura, Esme sería una elección sabia, y de repente se encontraba sin amante ahora que Meriwether estaba comprometido en otra parte.

Llevó su mano libre al cuello de ella y acarició su garganta con el dorso de los dedos.

—Windermere —susurró Esme en un tono molesto—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Creo que me gustaría hacerte el amor, si no te importa.

—No creo que sea prudente —advirtió ella, pero no se apartó.

—No decidas que no te gustará algo hasta que al menos lo hayas probado una vez —rio suavemente—. ¿No es eso lo que le dijiste a Lady Small antes esta noche?

—¿Estabas escuchando? —se quejó.

—Estoy completamente de acuerdo —Nunca había besado a Esme antes y de repente estaba desesperado por saborearla. Richard inclinó lentamente la cabeza y posó sus labios en el cuello

de ella. Mordisqueó su piel mientras ella se estremecía—. No tienes que decir nada. Solo déjate llevar.

CAPÍTULO CINCO

SIMPLEMENTE DEJA QUE SUCEDA. *Si todas las aventuras de Esme comenzaran con tanta facilidad, nunca tendría motivos para estar descontenta.*

El aliento de Lord Windermere le acariciaba la piel y la tentaba a dejar de lado todas las razones por las que una aventura con él no era sensata. No deseaba convertirse en otra conquista para el conde, pero aún estaba irritada y necesitaba una salida para su frustración. El sexo siempre había sido su método preferido para deshacerse de la irritación, y él se había ofrecido amablemente.

Su sugerencia también había liberado algo temerario dentro de ella que nunca supo que existía. Crecía un deseo de romper sus propias reglas. Experimentar algo nuevo sin premeditación ni planificación nunca había sido su estilo. Pero la oferta de Windermere la tentaba. Lo conocía muy bien. Era consciente de su carácter, sus defectos y valores. La sociedad en general asumía que habían sido íntimos, pero ambos sabían que nunca hubo intención de ello.

Hasta ahora.

Él curvó sus dedos alrededor de su cintura en una suave caricia que la dejó deseando más. Cerró los ojos mientras él lo hacía de nuevo con más convicción.

Una conmoción de deseo la consumió. Quería sus manos sobre su piel, su cuerpo entrelazado con el suyo, la emoción del deseo cumplido que pronto seguiría. Esme nunca había considerado a Windermere como un potencial amante. Una molestia, ciertamente. Un hombre con quien discutir cuando se sentía irritada, como ahora; aunque nunca admitiría que esa fuera la única razón por la que había disfrutado encontrando faltas en él en el pasado. Sin embargo, esta noche le resultaba difícil encontrar una razón para negárselo porque aún no estaba satisfecha. Él había sido amable y su timing y comprensión de su estado de ánimo habían sido excelentes. ¿Quién hubiera pensado que podría interpretar tan bien sus necesidades?

Compartir la cama cambiaría las cosas entre ellos.

Conocería su sabor, el sonido de su placer. El conocimiento más íntimo solo posible cuando un hombre y una mujer se han acostado juntos y se han vuelto locos el uno al otro.

Se giró en sus brazos. Una sonrisa expectante torció sus labios, haciéndolo parecer juvenil y aún más atractivo. Su pulso se aceleró con anticipación al ver el brillo de esperanza en sus ojos.

—Esto no significaría nada.

—Por supuesto —se lanzó a besarla, su primer beso, y el roce inicial de sus labios convirtió cada sentimiento de enojo en llamas de una emoción mucho más digna.

Deseo. Una llama ardiente y viva la consumió. Le devolvió el beso, sujetando su cabeza contra la suya para que no pudiera escapar. Él deslizó su lengua en su boca, saboreándola, y ella hizo lo mismo con él. Esme entrelazó sus dedos en su cabello oscuro y ondulado y apretó los

mechones con fuerza.

Windermere la presionó contra el marco de la ventana a su espalda. Sus manos enmarcaron su rostro, sus pulgares acariciando sus mejillas mientras hundía su lengua en su boca una y otra vez. Se apartó y uno de sus pulgares se deslizó hasta la comisura de sus labios. Esme giró la cabeza y lo tomó en su boca, chupando con fuerza su carne hasta que él gimió.

Había pasado mucho tiempo, quizás para siempre, desde que Esme había deseado a un hombre tan desesperadamente o tan inmediatamente como lo hacía ahora.

Windermere le acarició los senos, y el calor se acumuló entre sus piernas cuando los apretó con firmeza. Ella lo atrajo de nuevo para besarlo y audazmente deslizó su lengua en su boca para saborearlo una vez más. Él le pellizcó el pezón a través del vestido y eso la excitó lo suficiente como para liberar lo que quedaba de su vacilación y perseguir lo que se ofrecía tan audazmente.

Se quitó los guantes para poder sentirlo realmente.

Un gemido entrecortado salió de la garganta de Windermere mientras ella permitía que su lengua la invadiera de nuevo, y luego ella imitó follarlo con su boca. Él apretó su cuerpo contra el suyo, sujetando su cabeza con firmeza. Su agresión y necesidad le dieron la emoción de tener poder sobre él. Algunos hombres la trataban con demasiada delicadeza. Él no parecía ser así. A Esme le gustaba un hombre que estuviera comprometido con su placer en la cama y que fuera directo sobre lo que quería a cambio.

La levantó en sus brazos, dejando que sus pies apenas tocaran el suelo. Cuando le agarró el trasero y la presionó contra él, descubrió que estaba excitado. Ser deseada tan desesperadamente era exactamente lo que Esme necesitaba. La lujuria siempre era un bálsamo para el orgullo herido, y últimamente se había sentido terriblemente decepcionada. Cuando levantó la cabeza del beso, estaba sonriendo, sus ojos iluminados con picardía.

Los impulsó hacia las sombras y cuando sus piernas chocaron contra algo duro y pesado que no se movía, Windermere aflojó su agarre a uno de exploración ansiosa. Su siguiente beso no le dio tiempo de reconsiderar, pero, dado su entusiasmo, ella apenas quería hacerlo. Él le acarició los pezones con los pulgares, amasó sus senos como si fueran fruta madura.

Ella entrelazó sus brazos alrededor de su cuello y se entregó a su deseo y control. Un poco de pasión no podía cambiar las cosas entre ellos de manera significativa. Ambos habían tenido muchos amantes. Ella aún podría encontrar faltas en él más tarde y para mañana por la noche, cualquiera de los dos podría haber pasado a alguien más. No esperaba nada más que un poco de pasión de él esta noche. No había razón para esperar más.

Con una mano sosteniendo su cabeza y la otra deslizándose firmemente por su espalda, Windermere encendió su cuerpo. La atrajo contra la dura protuberancia de su erección y la frotó contra su longitud.

Windermere le pellizcó el pezón con fuerza a través del vestido y ella jadeó de shock y deleite. Apretó su agarre en su espeso cabello e hizo el amor a su boca con la intención de no detenerse nunca, sin importar lo que él hiciera con el resto de su cuerpo.

De repente rompió el beso, la giró y se presionó cerca contra su espalda.

—No puedo pensar cuando haces eso.

Sus manos se deslizaron por todas partes. Sobre la tela de su vestido para acariciar sus senos, bajando para provocar su sexo con un toque posesivo. Se inclinó y agarró sus faldas, arrastrando la tela por sus piernas con un grueso y desesperado gemido. El calor de sus palmas en sus muslos internos hizo temblar su cuerpo, y un jadeo entrecortado escapó de su control. Audazmente acarició sus rizos, deslizó sus dedos entre sus labios inferiores y exigió una entrada inmediata. Esme cerró los ojos, asombrada por lo deliciosa que encontraba su técnica y lo dispuesta que

estaba para él. Estaba llena de impaciencia, su cuerpo inquieto y caliente.

—Esme —susurró con voz ronca contra su cuello, luego mordisqueó su piel—. Tócame.

Sabía lo que él quería sin tener que preguntar dónde. A pesar de la incomodidad de la tarea, Esme puso sus manos detrás de su espalda, agarró los cierres de sus pantalones para liberar su miembro de su confinamiento. Lo atrapó con una mano, acariciando su carne lánguidamente, y descubrió que necesitaba poco estímulo para gemir. Era grueso, duro y largo, posiblemente perfectamente proporcionado, aunque nunca se atrevería a mencionárselo.

Windermere luchó por acercarlos más, subiendo su vestido hasta la cintura para que estuvieran piel con piel, su carne presionada contra el calor ardiente de él. Levantó uno de sus pies a una silla, abriendo su cuerpo. Mientras presionaba su miembro dentro de ella, un destello de asombro llenó a Esme por su prisa. Normalmente no le gustaba apresurarse en la penetración con un nuevo amante. Terminaba demasiado rápido, a menudo careciendo de la pasión que anhelaba y el grado de cercanía que encontraba necesario para alcanzar el clímax.

Sus embestidas iniciales fueron profundas y rápidas, pero pronto se ralentizaron. Deslizándose hacia fuera hasta casi salir de su cuerpo, luego de vuelta tan profundamente como era posible estar conectado a ella. Se tomó su tiempo, prolongando su pasión tan bien que Esme estaba en el cielo. Tenía poco que hacer más que aceptar y animar. Sus dedos permanecieron en su clítoris, provocando intermitentemente para que nunca estuviera demasiado cerca del borde del clímax. Ella envolvió su mano alrededor de su muslo donde presionaba fuertemente contra el suyo y lo mantuvo cerca.

Esme curvó un brazo sobre su cabeza y enredó sus dedos en su cabello nuevamente. Podría estar en peligro de marcar su piel con sus besos y pequeños mordiscos, pero eso solo aumentaba su excitación. La silla se inclinó hacia adelante por la fuerza de sus movimientos, tanto que Esme temió que se caerían por completo antes de que terminara con ella.

Pero Windermere nunca permitió que se cayera. La sostuvo tan fuertemente que apenas se separaron un momento para cada embestida. El descubrimiento de su hambre solo la hizo anhelar más su toque.

Tiró fuerte de su cabello.

Su recompensa fue un gruñido profundo, oscuro y masculino.

—Mujer, me estás volviendo loco.

Sus muslos chocaban ruidosamente mientras sus embestidas se aceleraban. Esme se apoyó en la silla, sin importarle que estuviera gritando o que Windermere también estuviera gruñendo. Esto era exactamente lo que había necesitado: un hombre que la hiciera olvidar todo lo demás.

—Alcanza el clímax para mí —exigió mientras se quedaba quieto dentro de ella—. Esperaré por ti y luego me retiraré.

Escalofríos recorrieron su cuerpo ante sus palabras. Se retiraría para evitarle un embarazo no deseado, pero tal acción, una que limitaría su placer, no era necesaria.

—Soy estéril, Windermere. No hay peligro de un hijo.

Windermere apretó su agarre alrededor de sus caderas. No habló, solo la sostuvo cerca como si no estuviera seguro de creerle o no.

Esme había tenido mucho tiempo para aceptar su situación. No necesitaba su duda ni su lástima; necesitaba más su pasión.

Deslizó sus dedos debajo de los de él donde se habían detenido en su sexo, y acarició su clítoris ella misma. Los dedos de él pronto se unieron a los suyos, provocando en tándem. El aliento caliente de Windermere abrasaba su nuca. La sensación de estar completamente rodeada por él aceleró su liberación. Cuando él movió sus caderas, su cuerpo se apretó alrededor de su

miembro, y ella se agitó en sus brazos. Cuando su deseo alcanzó su punto máximo, gritó su nombre, algo que rara vez hacía con un amante.

Él comenzó a embestir tan pronto como ella se calmó. Sus labios se deslizaron lejos de su cuello mientras gemía pesadamente contra la parte superior de su columna y derramaba su semilla profundamente dentro de ella. La sostuvo fuertemente contra él mientras tomaba respiraciones profundas y jadeantes.

—Dios mío —susurró con voz ronca—. Imagina lo que podríamos sentir con las comodidades de una cama adecuada a nuestro alrededor y muchas más horas para deleitarnos.

Contenta de ser sostenida por un momento, Esme acarició el brazo envuelto alrededor de su cintura y luego comenzó a reír. No tenía idea de que su reputación estaba tan bien merecida cuando se trataba de deseo. Ni siquiera la revelación de su esterilidad lo había distraído realmente de su pasión.

Para ella misma, a decir verdad, se sentía un poco desequilibrada por su encuentro y su confesión. Normalmente no mencionaba que no podía tener hijos en el calor del momento. Tendía a echar un jarro de agua fría sobre el estado de ánimo amoroso de la mayoría de los hombres.

—Creo que una vez fue suficiente, ¿no crees?

Él besó suavemente su mejilla antes de separarse y arreglar su ropa. Cuando se acercó de nuevo después de que ella se hubiera enderezado, susurró:

—No creo que pudiera decirte que no si alguna vez tuviera la oportunidad de tenerte de nuevo. Piensa en mí esta noche y hazme saber mañana si me quieres como tu amante.

Ella encontró su mirada. El hombre la miraba fijamente, sus ojos azules obligándola a estar de acuerdo con él. La opinión de Esme sobre él vaciló un poco a su favor.

—Lo pensaré.

CAPÍTULO SEIS

—POR FAVOR, no seas vulgar —Esme ajustó el cuello de su spencer y admiró cuidadosamente su reflejo a la luz del amanecer. Para una mujer de su edad, acercándose a los treinta y seis, se sintió aliviada al ver que su aventura nocturna con Lord Windermere no había tenido ningún efecto visible en su apariencia exterior.

—Creí que habíamos acordado compartir todos nuestros secretos —protestó Harriet—. No puedo ignorar que te enredaste con nuestro anfitrión, una decisión francamente desconcertante de tu parte. Pensé que no te agradaba particularmente, y ciertamente no de esa manera.

Esme se enfrentó al espejo, tomó un cepillo de cerdas firmes y lo pasó cuidadosamente sobre cada ceja, obligando a los finos vellos a alisarse. Sus ojos azules brillaban con la energía que brotaba bajo su piel. —Es arrogante.

—Bueno, imagino que será mucho peor ahora que te ha tenido —Harriet se dejó caer en su silla con un bufido—. Todos lo son. ¿Qué te poseyó para intimar con un Hill?

¿Lo pidió amablemente? No, no podía admitir eso en voz alta. Harriet se desternillaría de risa y se burlaría de ella durante meses. Era consciente de cuántas veces había criticado a su actual anfitrión en la privacidad de sus respectivas alcobas. Era demasiado frecuente como para pasar inadvertido que hoy no se sentía particularmente indiferente hacia él.

Se sentía emocionada, como si estuviera al borde de un precipicio y lo que yacía abajo fuera un misterio. Se burló. No había misterio alrededor de Windermere. Estaba íntimamente familiarizada con cada aspecto de su vida personal. Su sabor, la sensación de sus manos en sus caderas, la desesperación áspera de su voz mientras la dirigía durante la intimidad, le enviaban una oleada de deseo por todo el cuerpo incluso ahora.

Su sexo hormigueaba de anticipación una vez más. Al menos la décima vez desde que despertó sola esa mañana. Un simple encuentro no debería haber alterado tanto sus sentidos. Más tarde pensaría en el encuentro apropiadamente, con una mente racional y una lógica más fría para colocar el evento donde pertenecía: un encuentro memorable y nada más serio. Cuando Harriet no estuviera cerca para analizar sus sentimientos sobre Windermere, quizás podría darles sentido a ellos y a él.

No era amiga de Windermere, ni probablemente lo sería nunca. Los amantes más improbables. Aun así...

—Me pilló en un momento de debilidad —Esme frunció el ceño a su amiga—. ¿Qué haces levantada antes del mediodía? No esperaba verte recuperada de las fiestas de anoche hasta dentro de unas horas más.

La sonrisa de Harriet se desvaneció. —No pude dormir.

Esme volvió a su espejo y se aseguró un colgante de oro alrededor del cuello. —¿Avery ha

vuelto a ser tan malvado? Sabes que hay leyes contra algunas de las cosas que le gustan.

—Eso no lo detendría —dijo Harriet en voz baja—. Esme, he roto completamente con él. Le dije que nunca más compartiría su cama.

—¿Qué? —Se dio la vuelta—. ¿Cuándo?

Harriet se retorció las manos. —Anoche, de hecho. No pude encontrarte. Supongo que debías estar en los brazos de Windermere para entonces.

Esme inmediatamente se movió para sentarse a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Harriet y Lord Avery Hill habían sido amantes intermitentes durante mucho tiempo. Tal cambio era inesperado. —¿Pero por qué? ¿Hizo algo mal? ¿Te lastimó?

La otra mujer se encogió de hombros y luego apartó la mirada. —No de la manera que imaginas.

Esme le tomó la barbilla y le volvió el rostro hacia ella. —¿A quién invitó para unirse a ustedes anoche? Sabes que no se lo diré a nadie.

—No es a quién invita, es que siempre lo hace. Queremos cosas muy diferentes de la vida —Se estremeció—. Esme, ¿alguna vez te preocupa que la razón por la que ambas seguimos solas sea porque somos demasiado exigentes?

—¿Eso es lo que él sugirió que eras? —Esme negó con la cabeza disgustada—. Dudo que Lord Avery Hill pudiera haber encontrado una compañera de cama más abierta de mente en ninguna parte. Yo ciertamente no toleraría su ojo errante como tú lo has hecho, ni su afición por disfrutar de encuentros con más de una pareja a la vez.

—Nunca seré suficiente para él.

Esme le tomó la mano y se la apretó. —Y él nunca ha apreciado lo que tenía en ti.

—Eso es lo que me di cuenta anoche. Tenía una decisión dolorosa que tomar, y al final él me lo hizo fácil para dejarlo por algo mejor —Su sonrisa se volvió frágil—. Pero a la luz de mi elección, podría ser incómodo para mí permanecer durante el resto de la fiesta en la casa. Solo quería advertirte que podría irme con poco aviso. Sin embargo, si estás involucrada con Windermere, entenderé que quizás desees quedarte.

—Windermere fue una aventura y nada más. Tú eres mi amiga y vinimos juntas. Si deseas irte, entonces yo también lo haré —Esme miró de cerca el rostro de Harriet cuando hizo una mueca. Su amiga se había separado de amantes antes y nunca había mostrado arrepentimiento o incomodidad. En este caso, sin embargo, parecía que no era capaz de mantener sus sentimientos tan bien ocultos. Estaba profundamente alterada y Esme pensó que sabía por qué—. ¿Estás enamorada de él?

Después de un largo momento, su amiga inclinó la barbilla para confirmarlo. —Me temo que sí.

Atrajo a Harriet más cerca mientras sus hombros se sacudían con sollozos silenciosos. Un pequeño gemido de miseria se le escapó más allá de su control mientras desahogaba su dolor por el fin de lo que había sido un largo y a menudo tempestuoso romance. Harriet nunca había llorado cuando terminaba un romance con sus otros amantes. Ni Esme tampoco. Eran parecidas en muchos aspectos. Su amiga estaría mejor sin ese sinvergüenza, y Lord Avery sin duda pasaría a otra conquista sin dudar.

Hizo lo mejor que pudo para consolar a su amiga. —Entonces es bueno que hayas roto con él. No puedo imaginar que fuera fácil compartirlo con otras mujeres antes. Peor aún si lo amabas.

Harriet se enderezó de repente, colocando una máscara educada sobre sus emociones y su corazón roto. —Basta de mis problemas. Cuéntame sobre Windermere. ¿Te hizo feliz?

Una pequeña emoción recorrió a Esme y se esforzó por suprimirla. —Tiene talento para

hacer que una dama se sienta bastante especial.

—Bien. Al menos su reputación es merecida. No quisiera que tú también fueras infeliz —Su amiga se levantó de repente—. Esto podría ser cobarde, pero no me siento muy bien hoy. Voy a hacerme la desaparecida. Te veré antes de la cena.

—No eres una cobarde. Solo necesitas un poco de tiempo —Esme la siguió hasta la puerta—. Lo siento mucho por lo de Avery, querida.

—Yo también —Se marchó y recorrió rápidamente la distancia hasta su habitación al final del pasillo.

Esme esperó hasta que la puerta de Harriet se cerró tras ella y luego cerró la suya lentamente con un suspiro.

Siempre existía el peligro en las relaciones íntimas de que una de las partes llegara a sentir más que la otra. Hasta ahora, había tenido la suerte de que sus parejas nunca habían conmovido su corazón. ¿Sería demasiado exigente con quién amaba?

Le gustaba pensar que lo era, y con buena razón. Nunca había querido que ningún hombre diera por sentado su afecto. Su difunto esposo lo había hecho. Heathcote se había vuelto hacia otra en el momento en que ambos se dieron cuenta de que Esme nunca le daría un hijo. Hasta el día de hoy, no podía perdonarle por hacerla dudar de su propio valor. Nunca volvería a darle a un hombre tanto control sobre sus emociones. Disfrutaba de los hombres, pero mantenía las distancias.

Después de todo, ¿qué sentido tenía enamorarse de un hombre que sin duda querría hijos que ella no podría darle?

La vida que tenía era la que necesitaba. Sin complicaciones y sin exigencias emocionales. Era feliz como viuda. De hecho, nunca había echado de menos ser esposa.

Con ese pensamiento en mente, bajó las escaleras para disfrutar del té en la terraza con personas que se habían convertido en queridos amigos desde que había aprendido a ser feliz por sí misma.

CAPÍTULO SIETE

RICHARD SE RASCÓ la barbilla mientras una innegable satisfacción y una confusión contradictoria lo llenaban de inquietud. ¿Cómo había pasado de discutir constantemente con una mujer a querer llevársela a su cama en cuestión de unas horas? Le gustaría arrastrar a Esme lejos de sus invitados, sobre su hombro si se ponía difícil, y hacerle el amor toda la tarde.

Sin duda, su encuentro en la casa del río anoche había sido glorioso e imprevisto. La decisión de seducirla tomada en el momento había sido oportuna y rápidamente ejecutada.

Pero hacerle el amor había sido como sostener fuegos artificiales. Peligrosa y emocionante, era completamente capaz de hacer que el corazón de un hombre se detuviera por el placer que se encontraba en su pasión. Sabía, por supuesto, que a Esme le gustaba el sexo. No le habían faltado amantes a lo largo de los años desde que se convirtió en viuda. Por más que lo intentara, no entendía por qué no habían sido íntimos mucho antes de esto. Cuando miraba a Esme por un tiempo prolongado, su tensión crecía hasta que, sin lugar a dudas, sabía que perseguiría una aventura con ella durante todo el tiempo que pudieran soportarse mutuamente.

La noche anterior no había sido suficiente para calmar su necesidad de ella.

Lamentaba que ella nunca pudiera tener un hijo, pero no era lo suficientemente tonto como para no aprovecharse de ello. Como no necesitaba tener cuidado de dónde derramaba su semilla, no había razón para no complacerse con ella en cada oportunidad que tuviera. La fiesta en la casa duraba seis días más y eso le daría muchas oportunidades de estar a solas con ella. Si aceptaba su invitación a disfrutar de una aventura puramente íntima, claro está.

Echó un vistazo a través de la terraza hacia donde ella estaba sentada entre las mujeres de la fiesta, disfrutando del sol de otro día perfecto en el campo. Externamente, no parecía diferente, pero recordaba demasiado bien cómo se había deleitado con su atención la noche anterior. Le asombraba cuánto había disfrutado claramente de su apresurado encuentro. Normalmente, no era tan agresivo con una nueva amante, pero a ella no pareció importarle su impaciencia.

Esme sacaba lo peor de él.

¿O era lo mejor?

—Un penique por tus pensamientos, viejo —comentó su hermano mientras tomaba una silla cercana, con una copa medio vacía colgando de sus dedos. A primera vista, uno podría pensar que Avery estaba simplemente cansado, pero sus ojos azules estaban inyectados en sangre y no parecía del todo estable. Estaba completamente ebrio, y mucho más temprano en el día de lo que era normal para él durante sus fiestas habituales.

Richard no tenía interés en excederse con los licores junto a él. No con Esme en su mente. —¿Hay algún problema?

—No. Ningún problema. —Avery se rió entre dientes—. Pero tenía que venir a verte. Acabo

de ser el receptor del chisme más asombroso de mi ayuda de cámara.

Ah, el chisme. Richard estaba empezando a arrepentirse de la decisión de permitir que sus sirvientes difundieran rumores de que él y Esme habían sido íntimos solo para salvar su orgullo. —¿Y cuál sería ese?

—¿Es cierto que te enredaste con Lady Heathcote? —Avery miró fijamente a través de la terraza hacia Esme—. Arriesgas tu apéndice a la congelación ahí.

Arriesgaba ser abrasado. La mujer era salvaje y ciertamente tenía la intención de explorar cada centímetro de su cuerpo, descubrir todo lo que más le gustaba y hacérselo repetidamente. Apretó la mandíbula, asombrado de cómo solo pensar en follarla hacía que su polla se engrosara.

—Supongo que tu distracción responde a esa pregunta. A pesar del temperamento, ¿es encantadora? —Avery resopló—. Cuando vi la lista de invitados, debo admitir que me quedé completamente atónito. Pensé que no le caías bien. ¿No intercambiaron ustedes dos palabras fuertes? Algunos afirman que fue una pelea de amantes, pero no lo creí en su momento.

Con frecuencia habían estado en desacuerdo. Pero Richard renunciaría por completo a sus discusiones solo para escucharla gemir su nombre una y otra vez en el calor de la pasión. —Le gusto lo suficiente.

Ese también era un problema. A pesar de haberse convertido en amantes anoche, no tenía idea de cómo continuar con ella. Esme había rechazado las sugerencias de pasar la noche juntos y se había retirado sola a su habitación anoche. Richard lo había aceptado pero no le había gustado mucho su rechazo, y había hecho un recorrido superficial por su casa antes de irse también a su cama solo. No habían hablado esta mañana más allá de las cortesías comunes. Esme se había sumergido en la conversación con los otros invitados y apenas le había dirigido una mirada después de eso. Normalmente, la falta de conversación educada con ella no le preocuparía, pero daría todo lo que poseía por saber cómo veía ella la noche anterior. Y a él.

El grupo con el que Esme había estado sentada se dispersó y ella se disculpó para caminar hacia el jardín con Jillian. Él siguió sus movimientos, su cuerpo ya despertando ante la idea de un encuentro a plena luz del día. Un revolcón en un claro soleado con Esme llenaría su mente con imágenes más claras del cuerpo al que le había hecho el amor anoche. Era mucho más suave de lo que había imaginado. No débil, sino fuerte y flexible.

Ella y Jillian se detuvieron para conversar junto a la fuente y él dio un paso adelante. ¿Iba Esme a mencionar su desaprobación de su relación con Lord Hogan? Observó de cerca a Jillian y aunque no parecía indignada, sí se volvió más reservada durante la conversación. Esme la estaba disgustando, pero luego se abrazaron y todo pareció volver a ser cordial.

—Hmm, ¿es esa competencia que veo lista para tomar tu lugar? —reflexionó Avery, señalando hacia los establos.

Albert Meriwether se había detenido a la sombra de un árbol, observando bastante obviamente la conversación entre Esme y Jillian. Como parecía vestido para montar y no había estado a la vista toda la mañana, Richard supuso que acababa de regresar de visitar a su nueva prometida en la finca vecina.

—No tiene ninguna posibilidad —insistió Richard—. Los hombres casados, o a punto de casarse, no son su tipo.

—Ah, ¿es por eso que se conformó contigo anoche?

Richard se crispó. La idea de quedar en segundo lugar después de Meriwether le molestaba. Optó por no hacer ningún comentario. Avery lo pincharía sin importar lo que dijera para negarlo de todos modos, y borracho, sería diez veces más obvio para los demás.

—Mejor reclama lo que es tuyo, hermano, antes de que alguien más lo haga. Como he aprendido, las mujeres son criaturas volubles, todas y cada una de ellas. —Avery suspiró—. Es encantadora. Por curiosidad, ¿qué tan aventurera es en la cama?

—Aún no tengo ni idea, pero pienso averiguarlo —Se dio la vuelta y vio especulación en los ojos de Avery. Habían compartido amantes en el pasado, pero nunca al mismo tiempo. Generalmente antes o después de que el otro hubiera terminado con ellas. Pero ¿Esme y Avery? No podía soportar esa idea—. Ni se te ocurra acercarte a ella.

Avery hizo una mueca y apuró su copa.

—No hay nada malo en tener compañía adicional en la cama.

Richard frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Dudo que la amistad de Lady Ames y Esme llegue tan lejos. Busca a alguien más para un trío, Avery.

—Está bien. Quédate con la pequeña dragona —Su hermano hizo una mueca y se puso de pie —. Pero yo haré lo que quiera con quien quiera.

Richard ignoró el tono beligerante de Avery y agradeció cuando su hermano se marchó tambaleándose, obviamente enfadado. Intentó relajarse respecto a Esme. En realidad, no eran nada el uno para el otro. Una noche con su cálido cuerpo para jugar no debería hacerle sentir tan condenadamente posesivo. Ella era muy buena ocultando sus verdaderos sentimientos detrás de una máscara de cortesía y su tensión aumentó. Cuando se trataba de Esme, las apariencias eran absolutamente engañosas.

Que Dios le ayudara, nunca había imaginado que podría sentirse tan intensamente sobre dónde pasaba Esme su tiempo. Ella lo confundía, lo atraía y, sin embargo, con ella, temía dar un paso en falso. Esa mañana estaba completamente fuera de sí y no sabía qué hacer consigo mismo, excepto observarla y esperar alguna señal de que ella pudiera quererlo de nuevo.

CAPÍTULO OCHO

UN CÁLIDO DÍA de verano disfrutado con amigos era justo lo que Esme necesitaba. Escuchar sobre sus vidas, sus preocupaciones y esperanzas para sus familias, le brindaba un sentido de inclusión que cien bailes jamás podrían ofrecer. Difícilmente se podía hablar con franqueza en un baile, había demasiados oídos y no suficientes amigos entre ellos, y ella tenía mucho que decir a una dama en particular.

Lady Jillian frunció el ceño.

—¿Y existen caballeros así?

—Oh, sí —insistió Esme, llevando a la hermana de Windermere más adentro en el jardín—. Muchos hombres disfrutan tomando una actitud firme con mujeres a las que les gusta ese tipo de cosas por placer. Pero créeme, Hogan es un completo abusador al respecto. No de una manera que un observador casual notaría, pero está ahí.

Esme mantuvo sus ojos fijos en Jillian. La mujer aún era joven; una viuda que había amado profundamente a su esposo mayor. Pero según todos los indicios, había sido completamente controlada por ese hombre. No de manera cruel, pero ciertamente mantenida como una posesión. Se rumoreaba que el difunto esposo de Jillian había sido un hombre con una extensa colección de artilugios sexuales diseñados tanto para el placer como para el dolor. No estaba claro hasta qué punto Jillian había disfrutado de esa vida, pero Esme sospechaba que la mujer estaba perdida y sin nadie con quien hablar sobre su vida pasada.

Apretó la mano de Jillian.

—Empezará con pequeñas cosas, una reunión que se abandona temprano, un compañero de baile favorito al que te presionarán para rechazar más a menudo que no, un sombrero que no le gusta y que te hace cambiar en el último momento. Con el tiempo, perderías amigos y decepcionarías a tu familia por estar tan absorta en sus preocupaciones como para no tener tiempo para nadie más. Podrías llegar a no tomar ninguna decisión sin consultarle primero, solo para seguir complaciéndolo.

—Pero yo siempre consultaba a mi difunto esposo.

—No en todo, sospecho —Esme suspiró, pensando en cómo ya había fallado a una amiga en su vida. No podía permitirse ser tan tímida de nuevo. No cuando se trataba de Hogan—. Nunca me di cuenta de lo que Hogan le hizo a la vida de Vera hasta que fue demasiado tarde para hacer una diferencia.

—¿Quién era ella?

—Una vecina en Londres a quien veía con frecuencia, pero no tan a menudo como todos los días. Las invitaciones a almorzar fueron las primeras en desaparecer, y luego a menudo no estaba en casa cuando yo la visitaba, aunque ahora me doy cuenta de que probablemente Hogan le había

dicho que no recibiera visitas. Permití que ella cortara la relación cuando debería haber luchado más por mantenerme involucrada en su vida.

Jillian frunció el ceño.

—¿Qué le pasó?

—Murió —Esme recordó ese trágico día y los eventos de los días anteriores que había reconstruido después—. Cuando él terminó abruptamente después de una pelea por sus guantes, de todas las cosas, Vera estaba desconsolada y le rogó que la perdonara. Persiguió su carruaje por la calle y luego se derrumbó en lágrimas cuando él no se detuvo. Mis sirvientes y yo la ayudamos a regresar a casa y fue entonces cuando descubrí cuánto había cambiado. Él la había hecho tan dependiente de su opinión que al final, cuando se negó a verla más, ella eligió morir en lugar de seguir adelante sola. Él destruyó su confianza en sí misma, poco a poco, hasta que no quedó nada con lo que seguir.

—Oh —dijo Jillian, con el rostro pálido—. Eso es una tragedia.

—Debes tener cuidado con esos hombres —Esme se mordió el labio y luego suspiró. No podía hablar de esto con medias verdades para siempre si quería evitarle a Jillian un dolor futuro. Tenía que ser franca—. Benjamin Moore era muy diferente. Te atesoraba. Tenía una manera contigo que excitaba tu cuerpo, pero nunca te forzó a cambiar de opinión. Nunca te castigó porque eligieras guantes de cabritilla en lugar de seda. Usaba palabras de advertencia, un lenguaje secreto quizás, para hacerte saber lo que quería que hicieras por él y lo que él haría por ti.

Jillian se lamió los labios y sus ojos se movieron en todas direcciones. Su respiración se aceleró, sin duda en pánico por el conocimiento de Esme sobre tales asuntos. Dio un paso atrás.

—¿Cómo puedes saber tanto sobre mi esposo?

—He conocido a hombres como él y sus pasiones inusualmente dominantes antes —murmuró Esme suavemente—. Rara vez me he sentido cómoda en un papel pasivo, pero para algunas mujeres, y hombres también, una mano firme en la cama y más allá es necesaria para su felicidad. Creo que tú eres una de esas mujeres, y te aseguro que no hay nada malo en eso.

Todo el aire salió de los pulmones de Jillian y se desplomó.

—Me siento tan perdida sin Ben.

—Puedo verlo, pero no siempre estarás sola —le aseguró Esme, aliviada de que la mujer confiara en ella—. Debes tener cuidado con quién revelas tu verdadera naturaleza y en quién confías. Hay buenos hombres que pueden satisfacer tus necesidades sin aplastar tu voluntad en el proceso.

—¿Como quién?

—Como... —¿Realmente quería empujar a Jillian a los brazos, al control de otro hombre, tan pronto después de perder a su esposo? Sin duda, Jillian necesitaba tiempo para llorar a Benjamin y decidir si aún quería esa vida. Sin embargo, podía darle esperanza a la mujer—. La relación que tenías dependía del respeto mutuo y el afecto. Eso lleva tiempo. No podría, en buena conciencia, sugerir a ningún hombre en particular que pudiera ser adecuado para ti. Solo tú puedes saber lo que necesitas pasando tiempo con ellos.

—Me has dado mucho en qué pensar —Jillian la miró fijamente y luego se sonrojó—. Cuando me casé con Ben, no sabía que era así. Durante mucho tiempo temí ser perversa.

Esme entrelazó su brazo con el de Jillian de nuevo y la condujo por el camino que las llevaría de vuelta a la casa.

—Eres una buena mujer y mereces respeto sin importar cómo encuentres el placer —le prometió—. No te apresures a la próxima cama solo porque un hombre diga que debes

pertenecerle.

Siempre le había agradado Jillian. Aunque no era una figura habitual en la sociedad, Esme había llegado a sentir un profundo afecto por la hermana de Windermere durante las pocas semanas que habían pasado en compañía mutua a lo largo de los años. Jillian era divertida y amable, y poseía una aguda inteligencia que Esme no podía soportar ver dañada.

—Haré lo que sugieres y no me apresuraré. Gracias, Esme —dijo con una sonrisa—. Mi hermano puede pensar que está arreglando vuestra supuesta disputa, pero estoy muy contenta de que hayas venido, aunque solo sea para aconsejarme. Podría haber cometido un terrible error con Lord Hogan.

Esme no dijo nada ante eso, pero estaba muy contenta de que los ojos de Jillian se hubieran abierto a la variedad de hombres en el mundo, y al poder que tenía para elegir a uno.

La mirada de Jillian se agudizó, enfocándose sobre el hombro de Esme. —Supongo que también debería volver con el ama de llaves. Al menos las fiestas de mi hermano mantienen mi mente ocupada para no extrañar tanto a Ben. Y creo que un caballero desea hablar contigo.

Esme puso los ojos en blanco y se giró, esperando encontrar a Lord Windermere listo para reprenderla por advertir a Jillian sobre Lord Hogan, y en su lugar encontró a Albert Meriwether acercándose, con paso decidido mientras se dirigía hacia ellas.

Apretó la mano de Jillian. —Por favor, transmite también mis felicitaciones al ama de llaves y al personal. El baile de anoche fue un maravilloso éxito.

—Estarán encantados de saber que lo piensas así. Los pobres se preocupan tanto. —Jillian rió suavemente—. Te veré más tarde para tomar el té con Harriet.

—Por supuesto. —Esme fingió tranquilidad para ocultar su irritación cuando Meriwether hizo una reverencia—. Señor Meriwether. Qué sorpresa inesperada. Un día glorioso, ¿verdad?

El hombre sonrió tímidamente. —¿Estoy molestando?

Ella una vez había pensado que su sonrisa era encantadora, pero ahora sus modales la irritaban. Se encogió de hombros, mirando a su antiguo amante y viéndolo bajo una luz completamente nueva. Su naturaleza afectuosa no había aumentado realmente con un conocimiento más prolongado. ¿En qué estaba pensando al creer que unas vacaciones juntos los acercarían? Había logrado exactamente lo contrario. Él había venido aquí con una agenda en la que Esme no jugaba ningún papel. —Ciertamente no.

Él se acercó más. —No pude evitar notar que pareces muy sombría.

Hablar con Jillian y mencionar la trágica muerte de Vera había sido un asunto melancólico, pero esos momentos eran de corta duración. —Estoy de excelente humor, como siempre —le dijo. Hizo un gesto hacia la fusta de montar en sus manos—. ¿Vienes de la casa de tu prometida?

Meriwether arrastró los pies. —Oh sí, un almuerzo agradable con su familia.

—Ah —murmuró Esme, dándose cuenta de lo poco que le afectaba la noticia. No sentía ni enojo, ni tristeza, ni siquiera decepción por la situación. No sentía nada por la pérdida de su amante y su condición de hombre comprometido—. Debes estar feliz.

—Lo estoy. —De repente frunció el ceño—. A pesar de mi matrimonio, espero que podamos seguir siendo amigos y que sepas que siempre puedes contar conmigo.

Esme parpadeó. —¿Para qué podría necesitar contar contigo? No estoy en ninguna angustia. Y me imagino que tu matrimonio no aumentará nuestro conocimiento mutuo hasta el punto de que pueda desarrollarse una amistad más profunda.

—No hay razón por la que no podamos mantener las mejores relaciones. —Se acercó—. Si fuéramos discretos.

Ella entrecerró los ojos. ¿Asumía que ella ignoraría el hecho de que iba a casarse? Los

hombres que lo hacían, dando tan poca importancia al compromiso que habían hecho con otra persona, eran lamentables, en su opinión. Lo único que nunca haría voluntariamente era usurpar el lugar de una esposa en los afectos de un marido. También habían discutido sobre el matrimonio una vez, su reticencia a casarse de nuevo, pero quizás en la exuberancia de su exitoso cortejo, él había olvidado su prohibición sobre enredos con hombres casados y comprometidos. —Hay todas las razones. Los sentimientos de tu futura esposa, para empezar. No seré partícipe de romperle el corazón.

Meriwether tomó su mano entre las suyas. —Jane será una esposa obediente.

—Eso he oído. —Y eso lo había oído de Lord Windermere. Su elogio de Jane había sido un cumplido común en el mejor de los casos. Retiró su mano del agarre persistente de Meriwether. Jane sería como cualquier joven criada apropiadamente en la sociedad actual. Pasaría por alto la mirada errante de su marido y si él se desviaba a la cama de otra mujer, ella ocultaría su dolor a todos. Soportaría el insulto en estoico silencio, pero Esme nunca sería la causante de ello—. Dale mis saludos cuando la veas la próxima vez y mis mejores deseos para vuestro feliz matrimonio.

—Eso no será por unos días. Esperaba disfrutar el resto de la fiesta en la casa contigo. —Sonrió un poco demasiado cálidamente—. Vinimos con esa intención y me disculpo por haberme distraído.

¿Consideraba el matrimonio una mera distracción? ¡Dios mío, era frío! —Mi interés actualmente está en otra parte —le aseguró al hombre.

Él miró detrás de sí. —¿Con nuestro anfitrión?

Esme era consciente de que Lord Windermere estaba observando muy de cerca cada uno de sus movimientos esta mañana. Normalmente, podría ignorarlo, pero hoy sus sentimientos estaban mezclados. No le importaba que la mirara, pero no sabía exactamente cómo reaccionar ante él. La noche anterior había sido buena entre ellos. Sorprendentemente buena, y había dormido bien después y se había despertado fresca y vigorizada. Pero considerando el hecho de que había estado respondiendo a preguntas discretas sobre su aventura con Windermere toda la mañana, e incluso este tonto lo había notado, tendría que hablar con Windermere a solas y hacer que dejara de ser tan obvio sobre su interés. —Con quien yo elija. Que tenga un buen día, señor.

—Entiendo —exclamó con urgencia mientras ella se alejaba—. Estabas enojada conmigo anoche. Te perdono.

Esme giró lentamente, incapaz de ocultar su sorpresa. —¿Cómo dices?

—Debes haberte sentido muy herida por los acontecimientos de anoche si cometiste el error de dejarte seducir por ese hombre. —Meriwether se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo—. Las cosas con Jane sucedieron tan rápido y sé que me esperabas a mí en su lugar. No hay razón para compartir su cama de nuevo. Soy libre de estar contigo hasta el final de la fiesta en la casa y cuando volvamos a Londres, quiero visitarte en casa como de costumbre.

La ira surgió en ella. ¿Cómo se atrevía a pensar que su aventura con Lord Windermere existía puramente porque lo había perdido a él? Windermere no era de segunda categoría para nadie. Era un amante tan vigoroso como cualquiera que hubiera tenido, de hecho mucho más dominante que Meriwether.

Esme se presionó los dedos en la sien. Dios mío, ¿estoy a punto de defender la destreza de Lord Windermere después de una vida de desdén? Aparentemente sí.

Bajó la mano y enderezó los hombros. —Lord Windermere es un amante generoso de gran habilidad y experiencia. Disfruté cada momento en sus brazos.

El rostro de Meriwether perdió el color. —No puedes hablar en serio.

—En realidad, sí. —Sonrió fríamente—. Somos muy parecidos, Lord Windermere y yo. Y él

me entiende mucho mejor de lo que parece que tú lo haces. Nunca me rebajaría a dormir con un hombre cuyos afectos se supone que están comprometidos en otra parte. Lo elegí a él anoche y sin duda lo haré de nuevo. Con permiso.

CAPÍTULO NUEVE

RICHARD SE DIRIGIÓ a los escalones de la terraza, dispuesto a arriesgarse a la ira de Esme al intervenir en lo que parecía ser una discusión entre ella y Meriwether. Una ráfaga de ira inesperada lo recorrió al ver que la habían empujado hasta el punto de alterarla. La ironía no se le escapaba. Normalmente era él quien molestaba a Esme, y ese hecho nunca le había preocupado en lo más mínimo en el pasado.

Si Meriwether continuaba importunando a Esme, lo echaría de la propiedad. El hombre había tenido su oportunidad con Esme y la había desechado para casarse con la debutante más insípida del distrito.

Richard no sería tan estúpido.

Tras un momento, Esme se dirigió hacia los escalones de la terraza y hacia él. Aunque su rostro permanecía impasible, sus pasos eran la marcha entrecortada de alguien que trataba de no mostrar su prisa. Richard siempre había sido capaz de juzgar bastante bien su enojo. Estaba completamente furiosa.

Sus miradas se encontraron y, en lugar de precaución, una inesperada sacudida de lujuria lo golpeó como un mazazo. ¿Siempre le había afectado tanto o era solo porque habían sido íntimos una vez?

Ella se detuvo a un paso de distancia, lo suficientemente cerca como para que él pudiera extender la mano y atraerla a sus brazos. Esperó para ver qué quería ella primero.

—¿Tienes un momento para una conversación privada, Lord Windermere?

Dioses, esperaba que lo quisiera para el sexo. Miró a Meriwether y dejó que una pequeña sonrisa territorial se extendiera por su rostro. —Estoy a tu disposición inmediatamente, querida.

—Bien.

Ella lo rodeó y se dirigió hacia una entrada poco utilizada de su casa a través de la puerta abierta de su estudio. Richard la siguió y, pensando que ella preferiría que nadie escuchara lo que viniera a continuación, cerró y cerró con llave las puertas. Ella solía ser muy expresiva cuando estaba enojada, y aún más cuando llegaba al clímax. —¿Qué te dijo Meriwether?

Mientras se giraba, Esme se apretó contra él. —Basta de ese tonto —. Ella le sujetó la cabeza con una mano y le arrastró el rostro hacia el suyo para darle un beso profundo y hambriento. Su pasión le robó el aliento y le tomó un momento responder. Desafortunadamente, esa vacilación pareció encender un fuego en ella. Fue empujado bruscamente hacia atrás hasta que casi cayó en la silla de su escritorio.

Esme se levantó las faldas y se sentó a horcajadas sobre su regazo sin preámbulos. —No me gusta que me miren todo el tiempo.

Sin saber qué hacer con este giro de los acontecimientos, colocó suavemente sus manos en

las nalgas de ella para asegurarla en su regazo. —No era mi intención hacerlo.

Ella emitió un pequeño gruñido, muy parecido al de un gato hambriento a la caza de un ratón que escapa. Hurgó entre ellos en busca de los botones de sus pantalones y prácticamente rasgó la prenda para abrirla. Cuando deslizó su mano dentro y envolvió sus dedos alrededor de su miembro, él gimió ruidosamente.

Esme sonrió maliciosamente y lo besó una vez. —Mentiroso.

Con su lengua bailando sobre sus labios y su pequeña mano caliente trabajando para ponerlo erecto, Richard no tenía poder para resistirse y ciertamente ningún deseo de detenerla. La sacudió para bajar más sus pantalones de las caderas y luego hurgó bajo su vestido para tocarla entre las piernas.

Gimió al descubrir el estado en que se encontraba. —Puede que no te guste que te mire, pero creo que te excita increíblemente que lo haga.

—Estoy frustrada.

Se alegró de haber causado alguna impresión hoy, así que se rió y le mordisqueó el cuello, ganándose un jadeo. —Puedo complacerte —susurró—. Puedo darte exactamente lo que necesitas y más.

—Más te vale —. Ella se levantó y Richard agarró su longitud para que ella pudiera empalarse. Gimió mientras él la llenaba—. Sí.

Él le acunó el rostro, ahora enrojecido por el calor y el deseo, y la miró a los ojos, casi grises pero con un borde azul, se dio cuenta. Era increíblemente besable. —Empiezo a pensar que te gusto.

—Oh, cállate —. Ella cerró los ojos y comenzó a moverse.

A horcajadas sobre sus muslos como estaba, al principio parecía un poco incómodo hacer el amor de esta manera, así que Richard le agarró las caderas para guiarla. —Permíteme.

La levantó y la bajó sobre su longitud, llevándose a sí mismo hacia la locura muy rápidamente. Esme era diferente a otras mujeres con las que había hecho el amor. Lo excitaba con tanta facilidad y ahora que la tenía envuelta a su alrededor una vez más, nunca quería que el momento terminara.

Se encontró con su mirada mientras se amaban. Esme se mecía y frotaba su sexo contra él como si ella también hubiera caído bajo un hechizo, ajena a todo excepto a la pasión que los envolvía. Richard la besó con fuerza, empujando su lengua en su boca como lo había hecho la noche anterior y dejando caer sus manos de sus caderas para poder abrazarla.

La necesitaba. Dioses, la había necesitado durante tanto tiempo.

Esme continuó su lento vaivén sobre su miembro y él separó un poco más las piernas para que ella tuviera más de él. Ella gimió y enterró su rostro en su cuello. Su cuerpo se estremeció. —Oh, eso es perfecto.

Rápidamente, Richard tocó su clítoris. El botón estaba hinchado y cuando lo frotó, Esme se aferró a él. Ella se deshizo con un sollozo ahogado por su hombro, bastante diferente de su grito gutural junto al río la noche anterior, pero igualmente satisfactorio para sus oídos.

Ella levantó la cabeza inmediatamente, lo miró con ojos aturdidos y llenos de calor y labios rojos y entreabiertos. Su sexo palpitaba y se apretaba alrededor de su longitud. Cuando volvió a suceder una y otra vez, él se estremeció. Si ella pudiera mantener eso, su liberación sería inevitable. Su mirada por sí sola llevaría a cualquier hombre de rodillas, pero combinada con sus otros talentos, podría no tener ningún control en lo que a ella se refería.

Esme se levantó y él la obligó a bajar de nuevo mientras llenaba su cuerpo con su semilla con un ronco grito.

Richard arrastró la cabeza de ella hacia su hombro de nuevo y ella se acurrucó contra él por un largo momento mientras él recuperaba el aliento. —Debo confesar que había esperado otro encuentro contigo toda la mañana, pero eso fue demasiado rápido. ¿Quizás el diván para una segunda ronda? Tan pronto como recupere el aliento, te llevaré allí y comenzaré de nuevo apropiadamente.

—No es necesario.

Esme se extrajo abruptamente de su abrazo mientras él permanecía sentado en un silencio atónito, con los pantalones alrededor de los muslos, el miembro ablandándose y expuesto. Cuando Esme no discutía con él, era encantadora en todos los aspectos. —No me había importado abrazarte. Eso fue encantador.

Su expresión cuando lo miró era de disculpa. —Normalmente no hago esto.

Él quería regocijarse en su vergüenza, pero se mordió el labio para contenerlo un momento más. Una Esme nerviosa era demasiado divertida y rara. —¿Usar a los hombres para el sexo cuando estás enojada?

Ella asintió y él soltó una carcajada. —No me molestó en absoluto —le aseguró—. De hecho, podrías hacerme eso una y otra vez y nunca me quejaría. Con suerte, la próxima vez pueda durar un poco más. Aunque me alegro de que no fuera yo quien te irritó tanto.

—Tú sí me irritaste. Pero fue algo que dijo Meriwether lo que me provocó a —agitó una mano en su dirección— hacer eso.

—Oh. —Richard se puso de pie y se arregló la ropa—. ¿Qué tuvo que decir el bufón hoy?

—Me perdonó por caer en tus encantos y en el siguiente aliento me aseguró que podríamos seguir como siempre cuando regresemos a Londres.

—Como dije, un bufón. —Richard negó con la cabeza—. Tu evitación de los hombres casados es bien conocida.

Ella lo consideró por un largo tiempo y luego sus ojos brillaron con diversión al fin. —Me alegro mucho de que lo entiendas. Tienes que casarte pronto, así que esto debe terminar antes de eso.

—De acuerdo. —Observó a Esme. Inteligente, apasionada, una mujer perfectamente compuesta en cualquier situación, incluso en las discusiones. Sí, la pasión con Esme estaba muy bien, pero ¿estaba fuera de cuestión algo más, más profundo?

Le sonrió mientras una idea se apoderaba de él. —¿Qué dirías de un segundo encuentro al aire libre? ¿Eres lo suficientemente aventurera como para arriesgarte a que otras personas nos vean juntos en una posición comprometedora?

Un brillo de emoción llenó sus ojos, pero se apagó igual de rápido. —Hoy no. Prometí reunirme con tu hermana y Harriet muy pronto.

La decepción lo invadió y luego la aceptación. Podía esperar. —Bueno, tal vez mañana podrías venir a montar conmigo por la mañana. Hay algunas cosas que han cambiado desde tu visita del año pasado. Me gustaría mostrarte el resto de la propiedad, ya que claramente disfrutas diciéndome qué hacer con mis asuntos. —Sonrió con suficiencia solo para molestarla.

Ella descartó su comentario con un gesto de la mano. —Estoy segura de que tus invitados disfrutarían el recorrido.

—Solo nosotros, Esme. Me gustaría explorar plenamente esta paz entre nosotros mientras dure.

Ella frunció el ceño entonces. —Podemos terminar las cosas si lo prefieres. No deberías descuidar a tus invitados.

—Todavía no. —Sonrió y tomó sus dedos—. No cuando hay tanto placer por disfrutar

contigo. Debería preguntar, en lugar de asumir: ¿Considerarías ser mía durante lo que queda de la fiesta en la casa?

La comisura de su boca se elevó en una sonrisa maliciosa que él había llegado a anhelar. Ella alcanzó su cintura y, para su sorpresa, abrochó un botón que se había soltado en su chaleco. —Bueno, supongo que podría tolerar tus atenciones un poco más.

Él sonrió ampliamente y la atrajo a sus brazos una última vez y acarició su cuello con la nariz, ganándose un jadeo de ella. Sí, definitivamente se requería otro encuentro hoy para aplacar el dolor del deseo que ya estaba regresando. Tal vez podrían encontrarse esta noche. —¿Y si me arrepiento de este trato nuestro y quiero una aventura más larga?

Ella se apartó, levantando las manos para arreglar su corbata en pliegues ordenados. ¿Había quedado tan desaliñado como para necesitar a su ayuda de cámara? Esme parecía totalmente impecable a pesar de lo que habían hecho en su silla. —Me gusta un hombre que puede mantener su palabra.

—Puedo hacerlo. —Pero sería tan fácil continuar explorando su pasión mutua. Llevó sus dedos a sus labios y besó cada uno—. ¿Tu dormitorio o el mío esta noche?

Sus ojos recorrieron su cuerpo. —El tuyo, pero solo para poder acostarme rodeada del hermoso arte de Jillian. Esa es la única razón para visitar tu habitación de nuevo.

—Mentirosa. —Besó sus labios, duro y codiciosamente, el ansia por la aventura de esta noche consumiéndolo de repente. Sonrió—. Pero una encantadora. Me deseas, admítelo.

Ella le obsequió una sonrisa. —Quizás lo haga. Muestras algo de talento.

Él se rio con ganas de eso y la despidió antes de que pudiera demostrar en su sofá cuán talentoso podía ser.

CAPÍTULO DIEZ

MIENTRAS ADRIAN Y Carolyn Hill se alejaban cabalgando de vuelta hacia la mansión y los invitados, Esme le lanzó una mirada de reproche a Windermere.

—¿Por qué los invitas a tu finca si no deseas pasar tiempo con ellos?

—Los invito para que ella pueda visitar a su familia.

Ella frunció el ceño.

—No han salido de la finca.

—Sí, lo he notado. Mi primo está demasiado ocupado arrastrando a su esposa de un lado a otro para ampliar sus conocidos, desde todos los asistentes a los bailes hasta los arrendatarios.

Ella también lo había notado la noche anterior y se preguntaba por qué el hombre se estaba haciendo tan amigo de tantos conocidos de Windermere. Eligió sus siguientes palabras con cuidado.

—¿Es mi imaginación o el señor Hill actúa como si todo esto fuera a ser suyo algún día?

El caballo de Windermere se encabritó y él se tomó un momento para calmar al animal.

—Puede esperar hasta que estemos muertos primero —espetó con furia.

Esme se sorprendió por la muestra de ira.

—No insinué que estuviera de acuerdo con que debiera hacerlo.

Richard la miró fijamente y luego negó con la cabeza.

—Perdóname. Sé que no debería reaccionar así, pero estoy hasta las narices de sus insinuaciones y sugerencias sobre cómo deberían hacerse las cosas. Vamos a cabalgar.

Espoleó a su montura y Esme lo siguió, su yegua manteniendo el paso bastante bien con la bestia más grande de Windermere. Disfrutaba cabalgando aquí. Las vistas eran hermosas, el aire fresco y limpio. Muy diferente del ritmo y el hedor de Londres.

A decir verdad, no había encontrado nada en esta visita que quisiera cambiar, salvo tener que mirar a Meriwether sobre la mesa de la cena cada noche. Había estado ciega a sus defectos, a su ambición de casarse con alguien de la alta sociedad y elevar a su familia a nuevas alturas. Ahora se le había hecho obvio, al considerar el asunto con la cabeza más fría, que Meriwether había elegido a una joven que le otorgaría lo que ella no podía: un camino hacia los mejores círculos y la descendencia que ella nunca podría darle.

Sin embargo, una vez que dejaba de mirar a su antiguo amante, Esme no volvía a pensar en él hasta la siguiente comida. Pero nunca dejaría que tal situación le volviera a suceder, y elegiría a sus futuros amantes con más cuidado y consideraría sus probables ambiciones antes de involucrarse íntimamente.

Windermere finalmente tiró de las riendas, a una buena distancia de la mansión. Hizo girar a su montura en un amplio arco y luego se colocó junto a ella.

—Hablar de la sucesión me molesta.

—Me di cuenta.

Ella se aclaró la garganta.

—No necesitas que te sugiera lo que debe hacerse.

—Debo casarme.

Su agarre se apretó notablemente en las riendas.

—Lo sé.

A su edad, más le valía casarse pronto.

—¿Quieres mi consejo o debería guardarme mis pensamientos?

Él la miró con una sonrisa.

—Prefiero escucharlos hoy que sorprenderme más tarde.

—Lady Alice Beauchamp.

Sus cejas se alzaron.

—¿Quién es esa?

—Es una viuda, madre de dos niñas pequeñas. Tiene un conocimiento superficial de tu hermana y es muy amable y responsable. Puede que sea joven, pero se ha probado a sí misma como esposa y madre.

Él la miró fijamente durante un largo rato.

—¿Por dar a luz hijas?

—Sí —murmuró Esme, recordando a las pequeñas y tranquilas niñas que había conocido durante la temporada. Sin embargo, Windermere necesitaba un hijo—. El conseguir un heredero depende del destino desafortunadamente y no se puede predecir, pero aunque su fortuna no es de gran importancia, sus conexiones son excelentes. Tiene las cualidades de una condesa perfecta para ti.

El hombre a su lado gruñó.

—¿Qué le pasó a su marido?

—Un accidente de equitación.

Ella hizo una mueca. Él no parecía feliz con su elección o sugerencia o el tema en discusión, pero él había pedido su opinión.

—La muerte de Beauchamp fue repentina y su año de luto terminó hace algún tiempo.

—Ya veo. ¿Qué tan bien la conoces? —preguntó él.

—Lo suficiente como para desearle un futuro mejor que su presente.

—Está bien, me has picado la curiosidad.

Se giró en la silla, con una mano en la cadera.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Vive con los padres de su marido. El segundo hijo heredará y creo que la miran como si les hubiera fallado. El segundo hijo se burla de ella abiertamente. No me gusta eso.

Windermere jugueteó con las riendas.

—Lo pensaré. Después de la fiesta en la casa.

Después de que terminara su aventura era el significado que ella escuchó detrás de sus palabras. En realidad, lamentaría cuando su tiempo juntos llegara a su fin. Había disfrutado mucho de sus atenciones en los últimos días. No habían discutido, pero el tiempo que pasaban juntos estaba lleno de tensión de un tipo diferente. Una emoción placentera que nunca dejaba de excitarla.

Después de que dejara su finca, después de la fiesta en la casa, tendría que asegurarse de nunca caer en una nostalgia tonta porque estaba segura de que recordaría cada detalle íntimo de

él.

Él se adentró en el bosque, y ella dejó caer el tema de con quién casarse. Realmente no era asunto suyo cuándo o con quién se casara, pero Lady Alice Beauchamp era una joven agradable que ya se había probado a sí misma en el parto. La mujer sería una buena candidata si él tan solo escuchara su sugerencia y tomara una decisión sabia esta vez.

Esme contuvo a su yegua cuando esta quiso seguirlo y miró fijamente el valle a sus espaldas. A su izquierda, campos de cultivo salpicaban el suelo del valle y a su derecha, un denso bosque se extendía hasta las cumbres más altas. La finca era una empresa bien gestionada que no carecía de belleza ni suponía penurias para quienes vivían allí. A su espalda estaba el bosque que marcaba la frontera oriental. Windermere mantenía sus propios bosques como un santuario y rara vez sugería a un invitado que se aventurara allí, por lo que estaba doblemente segura de disfrutar de semejante privilegio.

Disfrutó de la vista a solas durante un rato y luego instó a su yegua a seguirlo hacia el oscuro bosque. El sendero parecía alejarlos de miradas indiscretas y adentrarlos en un mundo de luz moteada y sonidos apacibles.

Windermere la había esperado a poca distancia. Se giró ligeramente en su silla para verla.

—Cabalga despacio —le aconsejó—. Las ramas están bajas en algunos lugares y no me gustaría que te hicieras daño.

Ella arqueó las cejas.

—Qué caballero tan galante.

Él sonrió.

—¿Cumplidos tan temprano? Pero si apenas son las once, Esme.

—Pícaro desagradecido —bromeó ella, sin poner demasiado empeño en el reproche.

Su respiración se entrecortó cuando el mundo real quedó muy atrás. Tras un corto trayecto, Windermere desmontó y condujo a su caballo hacia un recinto de piedra toscamente labrado, casi una ruina. El lugar probablemente era lo suficientemente privado como para que nadie tropezara con los caballos durante un buen rato.

Ella permaneció en su silla de montar lateral, observándolo atender a su caballo con experiencia y familiaridad en cada movimiento. Estaba en su elemento, huyendo de sus responsabilidades y sus invitados para jugar con ella. La idea le agradaba inmensamente, aunque solo fuera por un instante.

Él regresó sonriendo.

—Caminaremos desde aquí.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar donde nunca he llevado a nadie más.

Ella se inclinó sobre su rodilla.

—¿Debería sentirme honrada?

—Si así lo deseas. —La tomó por la cintura y la bajó al suelo del bosque, luego le robó un largo y hambriento beso de los labios. La provocó con su lengua, alimentando el deseo que persistía cuando él estaba cerca. Ella quedó sin aliento cuando él se apartó y luego sonrió, arqueando una ceja sobre sus impresionantes ojos azules. Demasiado apuesto para su propio bien.

Tomó las riendas de ella, atendió a su yegua y luego aseguró ambas monturas en el pequeño espacio. Ella frunció el ceño ante la escasa barrera.

—No te preocupes —dijo él, leyéndole el pensamiento—. Están acostumbrados a que los dejen aquí y permanecerán tranquilos hasta que regresemos.

Extendió su mano y ella deslizó la suya en ella.

—Estoy muy intrigada, Windermere.

—Eso espero.

Caminaron otros diez minutos a través de un bosque prístino, aunque siguiendo un sendero bien transitado cuyo final nunca podía ver.

—Otros deben venir aquí.

—La familia lo hace, y algunos arrendatarios si tienen la resistencia para la subida.

Ella miró hacia el dosel de hojas sobre su cabeza, pero no pudo ver los picos más allá.

—¿Vamos a subir las montañas hoy?

—No, ya estamos aquí. Casi.

El sonido del agua la recibió, un arroyo de corriente rápida, cayendo sobre rocas cubiertas de musgo no muy lejos. Windermere la guió hacia el arroyo y luego se alejaron. Se apretujaron entre dos árboles que crecían muy juntos y su corazón se alegró de inmediato.

—Oh, vaya. —La había conducido a un claro, un campo de hierba protegido por altos árboles donde el sol brillaba intensamente a través del hueco en el dosel que los rodeaba—. ¿El cielo?

—Muy cerca de él —murmuró mientras se quitaba los guantes y los metía en sus bolsillos.

Ella se sintió atraída hacia el centro y giró lentamente en círculo. Una sensación de opresión comenzó en su pecho y se llevó la mano al corazón.

—Sabía que tu hogar era hermoso, pero esto nunca esperé encontrarlo escondido.

Windermere se acercó a ella, dejó caer la manta que había llevado y tomó su rostro entre sus manos.

—Tan hermosa como tú. ¿Has terminado de comulgar con la naturaleza a solas?

—Quizás nunca —susurró ella, con el corazón latiendo ante el brillo travieso en sus ojos. Windermere le quitó los guantes y trazó una línea recta desde la punta de su dedo más largo hasta su muñeca. Ella se balanceó un poco hacia él.

—Te tentaré de alguna manera. —La besó, deslizó sus dedos en su cabello y la sostuvo fuertemente contra él. Cuando el beso terminó, rozó su mejilla con la suya—. Extenderé la manta.

Eligió un lugar con una ligera pendiente y se quitó el abrigo, el chaleco y el calzado. Dio unas palmaditas en el espacio a su lado.

—No nos molestarán aquí. Ven y acuéstate conmigo.

Luego se aflojó la corbata y la dejó colgando alrededor de su cuello. Se extendió en el suelo, recostándose sobre su espalda, con la mirada fija en el trozo de cielo azul sobre ellos sin una preocupación en el mundo.

Esme consideró su entorno un momento más. Estaban muy solos y era poco probable que alguien los encontrara. Se quitó la chaqueta roja oscura de su traje de montar y, por capricho, también se despojó de la pesada falda. Quedó en corsé y enaguas bajo una suave camisola, pero mantuvo su calzado, dejando que el sol bañara su cuerpo con luz y calor. Cuando se unió a Windermere en la manta, los ojos de él estaban fijos en su cuerpo. Ella se mantuvo alejada de él y estiró sus extremidades.

La paz del lugar los envolvió. Después de un tiempo, los pájaros volaron sobre sus cabezas, moviéndose de árbol en árbol, el arroyo burbujeaba en la distancia. Pero nada más se movía ni producía sonido alguno. Era como si fueran los únicos dos seres humanos en existencia. Encontró la mano de Windermere y la sostuvo.

—¿Cuánto tiempo podemos quedarnos?

—Una hora. Un día. Para siempre. —Sonrió perezosamente—. No tengo prisa por irme.

Sus palabras, aunque ciertamente no pretendían serlo, hicieron que su pulso se acelerara. Él la hacía pensar en la intimidad y el sexo y sus manos ansiosas sin importar dónde estuvieran o qué se suponía que debían estar haciendo. Hacer el amor con él resultaba tan fácil y, mientras yacía en el suelo del bosque, una innegable oleada de anticipación la invadió. Lo deseaba. Siempre parecía desearlo en el momento en que se quedaban a solas.

Windermere se giró hacia ella en el mismo instante en que ella se giraba hacia él. Se besaron de nuevo, perezosos roces de labios que hicieron temblar su cuerpo. Él le acarició el pecho y luego la atrajo contra su cuerpo. Con el calor del sol y el aroma de la naturaleza llenando sus pulmones, su deseo se duplicó.

Siempre había disfrutado del aire libre, pero rara vez lo había hecho medio desnuda.

Esme empujó a Windermere sobre su espalda y luego se sentó a horcajadas sobre su regazo, decidida una vez más a doblegarlo a su voluntad. Windermere desabrochó lentamente sus pantalones, los empujó hacia abajo por sus piernas y encontró su mirada. Su miembro estaba lleno, ya duro.

—Te necesito —susurró ella.

—Yo también te necesito.

Él sonrió mientras ella se movía para montarlo. Su cuerpo estaba listo y húmedo y le dolía en lugares deliciosos. El deslizamiento de su calor en su centro hizo que un gemido escapara de sus labios. —Eso es lo que quiero —susurró.

—¿Arriba otra vez? —Windermere le apretó el trasero con ambas manos—. Cabálgame entonces, Essy.

Ella pasó por alto el acortamiento de su nombre. Había pasado por alto media docena de cosas que él había hecho en los últimos días que antes la habían molestado. Todo para poder hacer el amor con él de nuevo.

Dejó que él se deslizara dentro y fuera de su cuerpo, provocándose a sí misma, cumpliendo sus deseos más profundos de salirse con la suya. También había sido raro hacer el amor al aire libre. Nunca había estado tan completamente en privado con un hombre al aire libre y se deleitaba con la pura indulgencia. Aprovechó bien la ocasión y expresó su placer abiertamente, en voz alta.

Se complació a sí misma, satisfizo el asombroso anhelo de su propio cuerpo por Windermere. Hizo que su sexo doliera, empujándolo profundamente y luego manteniéndolo en su entrada. Rotó sus caderas y se frotó contra él hasta que no pudo soportarlo más. Y aun así no era suficiente. Todavía tenía hambre de él.

Encontró su mirada y vio que sus ojos estaban abiertos de par en par, la frente cubierta de sudor. Sus dedos se clavaron en sus muslos mientras ella se deslizaba arriba y abajo por su longitud. Lo estaba torturando, excitándolo. No podía negar que él le hacía lo mismo a ella.

—Dime qué quieres —susurró él.

—Quiero oír tu voz. —Agarró los extremos de su corbatín donde descansaba sobre su pecho y tiró de él hacia arriba—. Dime cómo te sientes.

Él se incorporó, deslizando una mano entre sus piernas y la otra sobre su trasero. Su aliento jadeante le hizo cosquillas en el oído. —Te follaría tres veces por hora si pudiera. Te extendería sobre mi regazo, en todas partes de mi casa, y te poseería. Quiero mi boca sobre ti, mi verga dentro de ti al mismo tiempo. Dios mío, nunca he estado con alguien que me hiciera sentir tan vivo, tan malditamente ansioso. Es como si tuviera dieciséis años otra vez y estuviera con mi primera mujer.

Le apretó el trasero de nuevo y ella jadeó. Apretó su agarre en su corbatín, usándolo como

una atadura, como riendas mientras lo cabalgaba.

Él acarició el botón de su clítoris con movimientos firmes y rápidos.

De repente, ella se deshizo. Cogida por sorpresa, gritó su nombre incluso cuando él gritaba el suyo.

Las sacudidas de su clímax continuaron una y otra vez hasta que Esme quedó temblando y débil.

Richard la atrapó cuando cayó sin fuerzas en sus brazos, aflojando su agarre en su corbatín. La recostó sobre la manta con tanta delicadeza que ella cerró los ojos. Nunca había experimentado una liberación así en toda su vida y no estaba preparada para la oleada que la había invadido. Quería aferrarse a esa sensación, al cegador contentamiento que la envolvía, para siempre y nunca volver a la tierra.

—¿Qué demonios? —exclamó Windermere cuando ella no se movió. Le dio una palmadita muy suave en la mejilla. Una, dos veces.

A la tercera, ella abrió los ojos y se rio de él. —Todavía respiro.

Él aspiró bruscamente. —¿Te has desmayado?

¿Lo había hecho? —No, pero creo que he ido al cielo y vuelto en el espacio de unos momentos perfectos.

Él arqueó las cejas. —¿Perfectos?

—Oh, no dejes que se te suba a la cabeza.

Desafortunadamente, él sacó pecho. —Estoy muy complacido de que la señora esté tan completamente satisfecha conmigo.

Ella lo miró un momento y luego se cubrió la cara con ambas manos. —Dioses, sabía que serías presuntuoso, pero esa sonrisa es más allá de lo razonable.

—Yo también estoy satisfecho, ¿sabes? No sabía que sería así. Tan bueno entre nosotros.

—Bueno, ahora lo sabes. —Bajó las manos lentamente, sintiéndose también un poco orgullosa de sí misma—. No vuelvas a dudar de mí nunca más.

Él llevó su mano a sus labios y besó sus nudillos. —Nunca, nunca más.

Le dio un beso en el pecho mientras se alejaba rodando para tumbarse de espaldas y mirar el cielo. Volvió a tomar su mano y la sostuvo con fuerza entre las suyas. —¿Qué haré después de la fiesta en la casa?

Ella se cubrió los ojos con un brazo, preguntándose lo mismo. —Siempre hay otro par de pechos, Windermere.

Y también habría otros hombres para ella.

—Cierto, pero el resto de la dama importa, como acabas de demostrarme. —Besó el dorso de su mano con reverencia una vez más—. Volveré en breve.

Esme bajó el brazo de sus ojos para verlo alejarse, subiéndose los pantalones mientras caminaba y abrochándoselos. Su corazón dio un vuelco. Lamentaría perderlo como amante, pero era inevitable. Él necesitaba una esposa que pudiera darle hijos y ella nunca se enredaba con hombres casados.

Como amante quizás era perfecto, pero el resto jamás podría aspirar a tenerlo.

CAPÍTULO ONCE

ESME APRETÓ LOS dientes un momento antes de responder al insulto que el hermano de su amante acababa de soltar a voz en grito en una sala repleta de gente.

—Lord Avery, sus cumplidos me dejan sin aliento.

Por más que lo intentaba, no lograba entender por qué Lord Avery Hill se había puesto en contra del mundo esta noche, pero se había vuelto particularmente mordaz con ella en los últimos minutos.

—No era un cumplido —balbuceó Avery, con los efectos de su indulgencia en el alcohol muy evidentes en su forma de pronunciar las palabras—. Los dragones deben ser abatidos y mi espada está lista, arpía malhumorada.

La multitud de invitados que los rodeaba contuvo la respiración al unísono y las damas comenzaron a cuchichear detrás de sus abanicos. Esme negó con la cabeza ante sus murmullos. Avery no siempre era un hombre agradable. Algo beligerante y demasiado seguro de que su manera era la correcta, ocasionalmente chocaban por su actitud de que las mujeres no eran más que placeres desechables. Esme soportaría cualquier insulto que él lanzara sin problemas, pero el pequeño grupo recordaría cada palabra que dijera y difundiría la noticia por todo Londres.

—Diría que esa descripción te queda mejor a ti que a mí.

Estudió a Avery con creciente irritación. Ya había ofendido a otras tres damas esta noche, había coqueteado con más de un sirviente y se negaba a retirarse a un lugar más privado para continuar bebiendo.

Y después de un paseo tan satisfactorio con Windermere y su encuentro bajo el cálido sol de verano más temprano, la actitud de Avery amenazaba con arrebatarle toda la alegría del día.

Desafortunadamente, Windermere no se encontraba por ningún lado, y como Oswin y Lady Jillian parecían incapaces de controlar a Avery, Esme no veía otra opción más que intervenir y salvar la velada de la ruina total.

—Si pudieras llevar a los demás fuera —susurró a Lady Jillian—. Podrías dejármelo a mí.

Tanto Lady Jillian como el mayordomo fruncieron el ceño ante su petición.

Ella les sonrió para tranquilizarlos.

—Sé exactamente qué hacer con él. Confía en mí.

Lady Jillian se mordió el labio un momento, indecisa pero demasiado tímida para tomar el mando ella misma.

—¿No te importa?

—No temas. Crecí rodeada de hombres beligerantes.

Jillian la besó en la mejilla.

—Te deberé una por esto.

—Y prometo cobrármela algún día —respondió sin mucho entusiasmo antes de guiar a Jillian y a los invitados que deambulaban hacia la puerta. Mejor no dejar que Lord Avery pronunciara más opiniones calumniosas sobre su carácter frente a los demás. Si no le caía bien, que así fuera. Pero por qué había elegido esta noche para decírselo al mundo entero era decepcionante.

El mayordomo se quedó en la puerta, arrastrando los pies al salir.

—Debería quedarme —ofreció.

El fiel sirviente parecía tan preocupado que Esme negó con la cabeza firmemente. Era mejor tener al hombre mayor en otro lugar en caso de que la actitud de Avery empeorara.

—Asegúrate de que todos los demás estén cómodos, Oswin —aconsejó Esme, y luego cerró lentamente la puerta en su cara.

Ella sabía cómo manejar a hombres como Avery Hill. Su madre había muerto joven y sus hermanos y su padre habían sido aficionados a la bebida en los años posteriores. Siempre le había tocado a Esme limpiar el desorden y enderezar los muebles que habían tirado, así como calmar los ánimos cuando vivía en casa con ellos. Los hombres a menudo pensaban que eran muy listos, pero un poco de persuasión suave solía ser suficiente.

Se dio la vuelta y cuadró los hombros. Avery seguía sus movimientos por la habitación con ojos entrecerrados. Había hecho bastante desorden y ella enderezó algunas cosas, colocándolas en su posición original.

—¿Por qué sigues aquí? —gruñó él—. Lárgate tú también. Aléjate de mí. No voy a cazar en el coto de mi hermano.

Esme puso los ojos en blanco ante sus declaraciones contradictorias.

—Como si eso fuera posible. Un hombre de tus apetitos me deja completamente fría, te lo aseguro.

Su rostro se oscureció de ira.

—No te tocaría ni con un palo de tres metros.

—Di lo que quieras de mí, pero siempre he pensado que es preferible no ofender absolutamente a todos en una fiesta cuando solo va por la mitad —sonrió ella—. Mandé a los demás fuera para que pudieras conservar algunos amigos para mañana y no avergonzar completamente a tu hermano y a tu pobre hermana.

—No puedes decirme qué hacer —siseó Avery—. Solo porque mi santurrón hermano se metió bajo tus faldas no significa que estés en camino de convertirte en la señora de esta casa.

Ella estalló en carcajadas ante la mención de que su aventura con Windermere llevara a una situación permanente entre ellos.

—Vaya por Dios, debes estar completamente borracho. Tengo cierto interés en tu hermano por el momento, pero no tengo ningún derecho ni deseo de retenerlo por mucho tiempo, ni él a mí. De hecho, creo que nunca se me había ocurrido esa idea antes, pero te agradezco la diversión.

—Arpía.

Ella alcanzó la botella a su lado y la acercó a su nariz.

—Ginebra. Qué vulgar de tu parte.

—Cumple su función. El maldito Oswin volvió a esconderme la llave de la bodega —refunfuñó, hundiéndose más en la silla, sosteniendo una jarra de plata en un ángulo torpe entre sus dedos. Avery estaba tan borracho que no se había dado cuenta de que se había quedado sin alcohol. Con un poco más de licor, con suerte se desmayaría y ese sería el fin de él por esta noche. Esme sonrió ante la idea, le estabilizó la mano y volvió a llenar la jarra hasta la mitad.

Avery miró la jarra un momento.

—Gracias. Por fin, una mujer que sabe lo que un hombre necesita sin tener que hablar un tema hasta la muerte.

Cuando se la llevó a los labios para beber, una buena parte se escapó y se deslizó por su mandíbula y la silla debajo de él. Esme se estremeció al ver cómo el cojín se humedecía y se arruinaba con el derrame. La silla, especialmente el estampado, era una de sus favoritas. Puede que no fuera la señora de esta casa, pero apreciaba la belleza a su alrededor más de lo que Lord Avery Hill jamás podría.

—Qué desastre otra vez —lo regañó—. Superando los esfuerzos del año pasado, sin duda. Nunca entenderé por qué Harriet te aguantó. Debería haber encontrado a alguien que no la avergonzara con tu comportamiento.

—Follo bien —Avery la saludó con su jarra—. Buena suerte encontrando un reemplazo que la haga gritar como yo en la cama.

Para mayor claridad, se agarró obscenamente la entrepierna con la mano libre, pero era fácil notar que lo que yacía bajo su ropa no estaba en condiciones de cumplir con su jactancia.

—Estoy segura de que habrá docenas de hombres que competirán por su atención cuando volvamos a Londres —respondió ella en un tono aburrido, pero lo observó en busca de una reacción. Él hizo una mueca y luego la borró. Esme se sentó frente a él—. ¿Pero es eso todo lo que haces con ella?

Avery tragó un gran sorbo y luego se limpió los labios con la manga.

—He tenido docenas de mujeres en mi cama. Nunca se han quejado de mis técnicas.

Ella conocía su historial y su habilidad con las mujeres, gracias a las confidencias compartidas de Harriet.

—Tienen pocas posibilidades de quejarse, ya que después de compartir tu cama, apenas vuelves a verlas —murmuró entre dientes—. Pero siempre volvías con Harriet antes de que pudiera encontrar a alguien mejor.

Él entrecerró los ojos como si hubiera dejado de escuchar.

—¿Eh?

—Oh, nada. —Se reiría a carcajadas de lo lento que era Avery bajo la influencia del alcohol, pero este era el hombre del que se había enamorado su mejor amiga. Si tuviera algo de sentido común, estaría tratando de reconciliarse con Harriet en lugar de ahogar sus penas por haberla perdido debido a sus propias acciones. Lo más seguro para todos los involucrados era llevarlo a su propia cama, solo, y tal vez mañana estaría un poco más civilizado, al menos lo suficiente como para disculparse con las otras damas ofendidas—. ¿Has tenido suficiente?

—No te metas en mis asuntos. —Avery abrazó su jarra contra su pecho, derramando más sobre su camisa. Miró fijamente dentro de la copa y luego bebió hasta la última gota de un trago. Después, se balanceó hacia adelante para mostrarle la jarra vacía—. Puedo aguantar mi licor.

—¿Es así? —Por años de confidencias de Harriet y sus propias observaciones, sabía que en realidad no podía. Su plan estaba funcionando tan bien—. Bueno, entonces, déjame rellenarte eso, milord, y puedes demostrarme lo fino caballero que realmente eres.

Rellenó la jarra hasta el borde y luego se sentó para verlo beber en paz. Muy pronto el hombre apenas podía encontrar su boca.

De repente se enderezó.

—¿Sabes lo que quiere esa mujer?

Su repentina pregunta la sorprendió, pero Esme asumió que "esa mujer" se refería a su amiga Harriet.

—Ella quiere lo que todas queremos.

—Emoción. Un poco de diversión. —Frunció el ceño—. Le di un maldito buen momento.

Esme negó con la cabeza.

—No tienes ni idea sobre las mujeres, ¿verdad?

Él la miró fijamente y luego se alisó la maldita camisa.

—Más idea que mi santurrón hermano.

—Ahora, ahí es donde te equivocas. —Suspiró—. Todo lo que queremos es un hombre que ponga nuestras necesidades primero.

—Ahí lo tienes —dijo con un renovado estallido de energía—. Siempre la espero.

Por supuesto, su mente se dirigió al sexo, pero eso no era lo que ella había querido decir.

—No estoy hablando de intimidad, pero me temo que estás demasiado cegado por la bebida para entender la diferencia en este momento.

Él se abalanzó hacia ella, cayendo de rodillas en su prisa.

—Dímelo.

Esme lo apartó con la punta de los dedos y él se desplomó en el suelo en un montón desordenado.

Cerró los ojos con fuerza.

—Le di todos los placeres que pude imaginar.

Gimió y se alejó rodando, acurrucándose de lado, casi en una bola, apoyando la cabeza en su brazo como el bebé más inocente. Pero este hombre no era en absoluto inocente y difícilmente merecía su simpatía por la forma en que vivía su vida.

Esme le dio un golpecito en el hombro con la punta del zapato después de un largo momento de silencio por su parte y no recibió respuesta. Se sentó y lo miró con tristeza.

—Tonto. Todo lo que ella quería era tu atención indivisa.

De repente él roncó y su corazón dolió por Harriet. Sabía muy bien lo que su amiga había querido más que nada y a lo que había renunciado. Lo que ella quería nunca sería posible con Avery a menos que estuviera dispuesto a cambiar su vida por completo.

—Ella quería tu amor, Avery. Eso es todo lo que una mujer realmente necesita para ser feliz.

CAPÍTULO DOCE

—¿CÓMO demonios ha pasado esto? —Richard sacudió la cabeza con disgusto mientras miraba el cuerpo a sus pies. Su hermano estaba inconsciente y babeando sobre la maldita alfombra en la pequeña sala de estar junto al salón de baile.

Un pensamiento espantoso le asaltó. Su hermano no era un buen borracho. Demasiado bocazas, sin duda, demasiado grosero con todo el mundo. Richard había estado ocupado en los establos durante horas, así que habría tenido tiempo de sobra para causar problemas. —Dios mío. ¿Necesito disculparme con alguien en particular esta noche?

El mayordomo hizo una mueca. —Habló groseramente a varias damas hasta que Lady Heathcote intervino. Creo que Lady Jillian ha calmado los ánimos de las otras damas, pero una disculpa de su hermano podría ser necesaria.

Richard se estremeció. Esme se ofendía con bastante facilidad por las cosas que él decía y no quería imaginar su estado de ánimo por la grosería de su hermano. Un disgusto afectaría sus esperanzas para el resto de la fiesta en la casa. —Hablaré con Lady Heathcote y las demás yo mismo esta noche.

—En realidad, cuando la condesa dejó a su hermano, no parecía particularmente ofendida por los acontecimientos —comentó Oswin—. Simplemente me pidió que lo encerrara tal como estaba y que esperara sus instrucciones. Volvió con los otros invitados bastante contenta, me pareció. La última vez que la vi, estaba riendo con el señor Hammond en la terraza.

Una sensación de inquietud le invadió ante la idea de Esme y Hammond riendo juntos mientras él había estado atrapado en los establos atendiendo asuntos urgentes de la finca. Estudió a su hermano y luego miró el reloj. Casi las dos de la mañana y la fiesta en la casa apenas estaba terminando por la noche. Todo el tiempo que había estado en los establos, no se había imaginado a Esme lidiando con su hermano, o sonriendo y riendo con alguien más. Tontamente había esperado que ella se hubiera preguntado dónde se había metido.

Su hermano seguía roncando, sin preocuparse por la difícil posición en la que probablemente se encontraba. Richard no estaba seguro de qué estaba pasando con Avery, pero tendría que subirlo y meterlo en su cama. Esperaba que no hubiera una mujer esperando porque Avery no estaba en condiciones de causar ninguna buena impresión. —¿Sabes quién está compartiendo la cama de mi hermano en este momento?

El mayordomo miró nerviosamente alrededor. —No creo que haya nadie este año.

Richard frunció el ceño. —¿Seguramente Lady Ames?

—No actualmente. —El mayordomo se metió un dedo bajo el pañuelo del cuello, claramente incómodo por el tema de su discusión.

Era aceptado que a menudo había más de una mujer escabulléndose de la cama de su

hermano a cualquier hora del día o de la noche. Hasta ahora, Richard nunca había necesitado discutir esas peculiaridades con su mayordomo.

Oswin miró rápidamente alrededor para asegurarse de que todavía estaban solos antes de continuar: —Las criadas dicen que Lady Ames rompió con Lord Avery. Bastante perturbador para ella. Me temo que se ha quedado en su habitación esta noche.

Oswin miró con furia el cuerpo en el suelo.

—Y mi hermano ha estado borracho desde ayer por la mañana. —Richard gimió—. Una pelea de amantes. Eso lo explica todo. ¿Cuándo aprenderá a no ilusionar a las mujeres?

Oswin se aclaró la garganta. —¿Puedo preguntar sobre su interés en Lady Heathcote?

—¿Mi interés? —Miró a su mayordomo con sorpresa—. ¿Qué te importa eso a ti? No eres su padre.

—No, pero me sentí obligado a preguntar, dado el cuidado que ella ha mostrado conmigo durante sus numerosas visitas. —Oswin levantó la barbilla con orgullo—. Es una buena mujer y su influencia en usted ha sido notada y aprobada por su personal y sus arrendatarios.

—Ya veo. —Richard parpadeó, sorprendido por el hecho de que su personal hubiera hecho tanto de las visitas de Esme—. Eso es inesperado.

—La guardería ha estado vacía durante mucho tiempo —dijo Oswin, sonriendo torpemente —. Sería agradable escuchar las voces de los más pequeños a todas horas del día y de la noche y tener a una mujer de su fuerza de carácter al mando de nuevo. Todos estamos de acuerdo en esto.

¿Todo el personal había dado su sello de aprobación a Esme? Era demasiado. Frunció el ceño al hombre del que había dependido para dirigir su hogar. —Mis relaciones no son asunto tuyo, ni de nadie, Oswin, y harías bien en recordar tu posición aquí. Cualquiera puede ser reemplazado.

—Sí, mi señor. —Sin embargo, Oswin no parecía en absoluto avergonzado. El hombre había querido decir su aprobación de Esme.

Richard se dio la vuelta, sacudiendo la cabeza. Empujó a su hermano con la punta de la bota y no obtuvo respuesta que pudiera considerarse una comunicación inteligente. —Necesitaré ayuda para subirlo.

Se aclaró una garganta. Richard miró por encima del hombro y vio al señor Hammond revoloteando en la puerta. Suspiró aliviado al descubrir que Esme no estaba a su lado. Ella no apreciaría la conversación que acababa de tener.

Hammond se acercó, frunciendo el ceño al hombre en el suelo. —No confiaría en mí para no dejarlo caer de cabeza, pero estoy dispuesto a tomar sus pies.

—Gracias. —Richard apreció la oferta de ayuda—. Siempre he encontrado tentador ese pensamiento también, dejarlo caer. Nunca supo manejar la bebida.

Con la ayuda de Hammond, y un gran esfuerzo, lo subieron por las escaleras de servicio, lo arrojaron torpemente sobre su cama aún con la ropa que llevaba puesta. Apestaba a ginebra, pero no había remedio para dejarlo así. Avery durmió durante todo el proceso, pesado como una piedra y tan sensato como ella. No valía la pena el tiempo de nadie intentar desvestirlo.

Hammond se demoró un momento. —Estúpido imbécil. Nunca sabrás lo que tenías en ella.

Richard frunció el ceño ante su comentario, sin saber si el hombre le hablaba a él o a su hermano ebrio. —¿Perdón?

El otro hombre sonrió tensamente. —No importa. Buenas noches a todos.

Salió paseando y desapareció rápidamente por el pasillo. Richard echó un último vistazo a su hermano y luego cerró la puerta de la habitación. Mañana hablaría con Avery y averiguaría qué estaba pasando. Pero esta noche necesitaba asegurarse de que Esme no estuviera molesta.

Se apresuró hacia su alcoba y dio unos golpecitos suaves en su puerta, esperando que

Hammond no hubiera dejado Windermere solo para reunirse con ella allí.

—Está abierto —llamó ella.

Echó un vistazo alrededor tan pronto como entró, aliviado de encontrar que no se había liado con Hammond ni con nadie más en su ausencia. Estaba acurrucada en el asiento de la ventana, con una copa de jerez vacía en la mano, los dedos de los pies desnudos asomando por debajo de su camisón cubierto por la bata. Estaba demasiado besable así y se apresuró a cruzar la habitación.

Ella arrugó la nariz cuando se acercó.

—Oh, eres tú.

Sus esperanzas se desvanecieron. ¿Acaso no quería que viniera?

—¿Esperabas a alguien más?

—No, pero pensé que te vería antes que esto.

Se acercó a ella lentamente.

—Una de las yeguas parió esta noche. Quería estar allí.

Su expresión se aclaró.

—¿Una potranca o un potro?

—Potro.

Ella se volvió para mirar por la ventana abierta.

—Felicidades.

El saludo de Esme no fue particularmente cálido y su tensión creció.

—Me disculpo por el comportamiento de mi hermano si te ha molestado. Parece muy borracho.

Ella apoyó la cabeza en la pared y lo estudió.

—Lo sé. Confieso que lo ayudé hasta que se desmayó.

La noticia fue un alivio en cierto modo.

—Fue grosero contigo.

Cuando ella no dijo nada más, Richard rápidamente se apretujó en un lugar junto a sus pies. Colocó su mano en su pantorrilla y acarició suavemente su pierna a través de la bata.

—¿Está todo bien?

Su sonrisa fue tensa.

—Por supuesto.

—¿Estamos bien nosotros?

—¿Nosotros? —Negó con la cabeza—. Windermere, hemos disfrutado de algunos encuentros emocionantes que no tienen nada que ver con nada más. Tu hermano no puede afectar mi disfrute contigo, sin importar cuán borracho o incivilizado se vuelva.

Él apartó su bata para tocar su piel desnuda.

—Es mucho más que sexo entre nosotros y lo sabes —Deslizó sus dedos por la parte posterior de su pierna y más arriba aún, hasta que pudo sentir el calor húmedo de su sexo.

Sus piernas se separaron con un suspiro.

—Muy buen sexo, en efecto.

Él miró fijamente donde jugaban sus dedos. Esta noche, quería a Esme en su cama completamente desnuda por lo que quedaba de la noche.

—Esperaba que pudieras estar dispuesta a acompañarme a mi habitación.

Ella movió sus caderas más cerca de sus dedos.

—Estás aquí. ¿Por qué detenernos?

Él frunció el ceño.

—Realmente camino dormido.

—Oh —Ella miró rápidamente alrededor, evaluando la habitación con los ojos muy abiertos —. ¿Demasiados objetos frágiles?

—Sí —Tragó saliva y volvió a acariciar sus rizos—. Esta sería una habitación fácil para lastimarme. Esperaba hacer una noche de esto. Agotarnos a ambos.

—Odiaría ver tu sangre en las alfombras. Estas son preciosas y tu hermano ya ha estropeado una silla con ginebra. Una lástima. Deberías hacer que limpie después de sí mismo mañana, y quizás dejaría de cargar a tu personal con trabajo extra en un momento como este.

Sonrió al ver cómo, sin importar lo que le hiciera a su cuerpo, sus tendencias de manejo permanecían inalteradas. No era de extrañar que a su personal le gustara. Con Esme, siempre sabía lo que ella esperaba.

Le tendió la mano.

—Podría sugerirlo. Ya es hora de que asuma la responsabilidad de sus acciones y siente cabeza.

Después de un momento, ella deslizó su pequeña mano sobre la de él y la puso de pie. Se pararon uno junto al otro, apenas tocándose, pero su pulso se aceleró. Se inclinó para besar su mejilla y luego la guió hacia la puerta.

En el pasillo, ella se volvió hacia él.

—¿Dejaste a tu hermano roncando abajo?

—Hammond y mi mayordomo me ayudaron a llevarlo a su habitación. Fue algo complicado para todos nosotros. Creo que cada uno quería dejarlo caer de cabeza. No puedo evitar preocuparme por él —Miró a Esme a tiempo para ver una expresión sombría formarse en su rostro—. Esme, ¿sabes qué está mal?

Ella esperó hasta que estuvieron frente a su alcoba antes de responder.

—Quizás.

—Lady Ames está molesta —Ante su evidente sorpresa, se encogió de hombros—. No siempre espero a que me cuentes todo lo que necesito saber. Mis sirvientes me informan de pequeños chismes de vez en cuando durante la fiesta en la casa. Lo siento. Espero que mi hermano no haya sido una bestia total con ella.

—Es más que eso.

Él parpadeó.

—¿Qué más hay?

Su ceño se profundizó.

—En otro momento.

Se deslizó en su alcoba y antes de que la puerta estuviera propiamente cerrada, se quitó la bata. Como era su costumbre habitual, Richard cruzó la habitación y deslizó la llave de la habitación bajo la puerta de su vestidor.

—No te alarmes. Mi ayuda de cámara desbloqueará la habitación a las cinco y media, mucho antes de que los invitados despierten. Tendrás tiempo suficiente para volver a tu habitación sin ser vista.

Se volvió hacia Esme y sus ojos se agrandaron. Ya estaba desvestida, acariciando lentamente su propio pecho. Sus labios se curvaron hacia arriba ante su sorpresa. Claramente disfrutaba sorprendiéndolo de todas las formas posibles.

Se endureció inmediatamente, el despertar del deseo que había experimentado antes rugió impaciente por poseerla de nuevo. Tres zancadas lo colocaron justo frente a ella. No se atrevió a tocarla, pero admiró el pecho erguido que ella acariciaba. Dejó que su mirada recorriera su piel

deliciosamente rosada, absorbiendo cada hoyuelo, cada curva, y excitándose aún más por lo que tenía ante sí. —Tienes la figura de una mujer joven.

El brillo travieso se apagó en sus ojos. —La única ventaja de nunca haber sido bendecida con hijos.

Su mención de los hijos despertó en él un intenso deseo de verla embarazada. De él. Casi gimió en voz alta al imaginar una vida con Esme como su esposa. ¿Podría ella ser feliz con él y solo con él?

Tocó suavemente su cabeza, deslizando las yemas de los dedos en su sedoso cabello.

Rozó sus labios contra los de ella lentamente, manteniendo su primer beso ligero y gentil. El delicioso aroma de la excitación de Esme lo envolvió y, antes de darse cuenta, Richard la tenía acurrucada contra su pecho, sus dedos clavándose en sus hombros a través de la ropa mientras se abrazaban estrechamente.

Bajó una mano a su hombro y trazó círculos con el pulgar sobre la delicada piel de su clavícula, encontrando su suavidad irresistible. Pero era su fuerza de carácter lo que había llegado a adorar, y no solo el sexo lo que lo hacía volver por más.

Contra su espalda baja, el toque de Esme era ligero como una pluma, rozando su cintura y acelerando su corazón con la incesante tortura. La guió hacia la cama, pero tropezó cuando sus pantalones se deslizaron por sus piernas y se enredaron alrededor de sus rodillas.

Miró hacia abajo sorprendido. Esme los había desabrochado y él no lo había notado. La pícara.

Su sonrisa era bastante presumida, así que la soltó para terminar de desvestirse. —¿Supongo que también me quieres desnudo?

—Así es —Esme lo rodeó lentamente, sus dedos rozando su estómago, su cadera, deslizándose por los músculos de sus brazos y pecho, acariciando las curvas de sus glúteos antes de pararse frente a él nuevamente—. Mucho mejor.

Richard la tomó en sus brazos y la apretó contra sí. —Definitivamente, mi dulce.

—¿Dulce? —Se burló ella.

—¿Preferirías que te llamara moza impetuosa?

—Oh, sí —Sonrió y luego rió suavemente—. No soy ninguna dama mojigata.

El suave deslizamiento de su cuerpo esbelto contra el suyo aumentó la urgencia de unirse a ella. En su lugar, la recostó en la cama, la volteó sobre su estómago y besó ambas mejillas de su trasero. Luego, le dio una palmada en la derecha.

—Windermere —advirtió Esme mientras se giraba para mirarlo.

Para su alivio, su expresión no era de indignación sino de perplejidad.

—Siempre he querido hacer eso —confesó con una risa.

Ella arqueó una ceja altivamente. —Supongo que te refieres a durante nuestras discusiones... ¿o era cada vez que me veías?

Él movió las cejas sugestivamente y trazó el contorno tenue de sus dedos en su piel blanca. —Usualmente cuando te alejas de mí. A menudo he querido alcanzarte, ponerte sobre mis rodillas y darte unas nalgadas por hacer un uso tan devastador de esa lengua traviesa tuya. Juro que tienes el diablo dentro algunos días.

Esme se acomodó en la cama, apoyando la cabeza sobre sus brazos cruzados. —Soy bastante moderada comparada con algunas.

—Créeme, ciertamente no lo eres —Richard se inclinó y besó la marca que había hecho porque su corazón realmente no estaba interesado en castigarla. Solo quería hacer de todo con ella, al menos una vez, para ver cómo reaccionaría. Iba a guardar cada una de sus reacciones para

usarlas más tarde. Tenía la intención de tener abundante material a su disposición cuando se reuniera con ella en los próximos meses. Ya era hora de que tuviera algo con qué chantajearla.

—Eres excitante —Pasó sus dedos por sus costados—. ¿Disfrutas de los amantes que te dan nalgadas?

—Ocasionalmente.

Presionó un beso en su cintura y susurró: —¿Qué otras cosas traviesas te gusta hacer, Esme?

—Richard, no necesitas sugerencias para mejorar tu técnica conmigo.

Él sonrió ante el raro uso de su nombre de pila. Hasta ahora solo lo había dicho, gritado, durante el clímax. Contempló su forma —brazos levantados, piel desnuda y tentadora— y se regocijó en su buena fortuna de ser finalmente su amante. Nunca había tenido la intención de involucrarse íntimamente con Esme, pero no podía imaginar negarse la satisfacción de hacerle el amor.

Deslizó sus dedos alrededor de sus tobillos y separó sus piernas, colocándola de manera que pudiera vislumbrar los húmedos labios rosados de su sexo.

Pero si estuviera de pie, sería la novia Hill más perfecta de la historia.

Tragó saliva ante ese hilo de pensamientos. Maldito Oswin por sugerirlo. Realmente podía imaginarse raptando, atando y poseyendo a Esme en el oscuro bosque según la tradición familiar. Donde normalmente se horrorizaba ante la idea, imaginar a Esme así lo llenaba de un intenso deseo de tomarla allí esta noche. Dioses, la deseaba. Quería quedarse con ella. Quería poseerla toda la noche y cada noche por el resto de su vida.

Inclinó la cabeza e intentó alejar el deseo. No podía hacerle eso a Esme; llevarla al bosque, no sin su permiso o al menos sintiendo que ella podría aceptar tal situación.

La volteó y se subió a la cama. Colocó sus manos a cada lado de sus hombros y la miró a los ojos. —¿Alguna vez has sido atada para el sexo?

Su sonrisa era divertida. —Sí.

—¿Y?

—No es algo que una mujer deba hacer sin conocer muy bien al hombre —rozó su rostro con la punta de los dedos—. Me gusta usar mis manos.

Él se estremeció cuando ella le acarició la garganta y luego pasó a acariciarle el pecho. Le provocó los pezones, con el labio inferior atrapado entre los dientes. Él tenía que saberlo.

—¿Confiarías en mí para atarte, si surgiera la oportunidad durante un encuentro?

Ella deslizó las manos por sus costados.

—¿Qué tienes en mente, amante?

Él la miró vacilante y solo vio diversión reflejada en sus ojos.

—Eso no puedo confesarlo. Es una fantasía que me da reparo expresar.

—Confiaría en que no me harías daño —sonrió entonces, con una sonrisa deslumbrante y honesta. Levantó las manos por encima de la cabeza y simuló estar atada para él—. Creo que, sin importar la posición, siempre encontraría placer contigo.

Richard la besó con fuerza.

Toda su vida había sentido cierta vergüenza por la historia de su familia con las mujeres. Por la manera en que tomaban a sus esposas, y la perpetuación de una superstición que prometía prosperidad y se basaba en la fe ciega. Era ridículo, retrógrado y completamente erróneo en esta época de ilustración. Nunca había tenido la intención de tomar a su novia, pero podría compartir una noche así con Esme por todas las razones correctas. Sabía en lo más profundo que quería tenerla, hacerla temblar de placer hasta que gritara.

No la estaría utilizando ni degradando. Esme era hermosa y confiada en su desnudez. Era

todo lo que quería en una mujer.

Su mirada recorrió su torso y se posó en su erección. Él anhelaba que lo tocara. Ella lo hizo, pero suavemente, las puntas de sus dedos dejando un rastro de fuego arriba y abajo de su longitud. Rozó la punta de su miembro con el dedo, esparciendo su semilla alrededor.

Cuando se llevó el dedo a los labios y lo lamió para limpiarlo, él gruñó.

—Que así sea.

Se tendió sobre su cuerpo y la envolvió con sus brazos y piernas. Se besaron, profunda y hábilmente. Esme clavó los dedos en sus caderas y lo instó a entrar en ella.

—Me gustas —la llenó, observando cómo se agrandaban sus ojos azules—. Tanto como tú me gustas a mí.

—Yo... —Esme cerró los ojos con fuerza y atrajo su cabeza hacia su hombro—. Hazme el amor.

Richard la amó lentamente, sin permitir que el frenesí de sus encuentros anteriores lo dominara. Los sentimientos que ella ya había despertado en él se amplificaron. Con las piernas de ella rodeándolo, sus manos aferrándose a sus costados, sintió que algo dentro de él cambiaba un poco más. Podría acostumbrarse a esta sensación. Podría acostumbrarse a tenerla en su vida.

Cuando se echó hacia atrás para mirarla a la cara, Esme se movió para obligarlo a ponerse de rodillas y se giró sobre su estómago debajo de él. Luego apoyó los brazos en el colchón y se levantó. Le presentó su pequeño y respingón trasero y Richard volvió a entrar en ella desde atrás, luchando contra el impulso de agarrarle el pelo y follarla dura y rápidamente. Había librado la misma batalla interna su primera noche como amantes y casi perdió la cabeza intentando contenerse.

A Richard le gustaba demasiado esta posición. En esta pose, Esme estaba tan sumisa como probablemente la encontraría jamás. Deslizó una mano por su espalda, sobre su hombro, y luego le agarró la nuca. Apretó y el cuerpo de Esme se cerró alrededor de su miembro como un torno. Contuvo una maldición. Luchando por mantener el control mientras la embestía.

La soltó y le agarró las caderas firmemente con ambas manos. Esme se estremeció y jadeó, meciéndose hacia atrás contra él sin descanso. Él aumentó el ritmo hasta que ella gemía con cada embestida. Sonrió ante su balbuceo incoherente. Claramente, no era el único que disfrutaba del sexo vigoroso de esta manera. Hasta ahora, aún no había descubierto nada que a ella no le gustara. Sus pasiones coincidían; si tan solo sus temperamentos pudieran hacerlo siempre. Tomaría lo que pudiera conseguir esta noche y estaría satisfecho.

Exhaló bruscamente.

Pero antes de que terminara la fiesta en la casa, la llevaría al bosque. No creía poder vivir sin esto. Sin su apasionada respuesta para guiar la suya.

Cediendo a lo inevitable, estableció un ritmo más constante y miró hacia abajo. Su miembro se deslizaba húmedamente de la estrecha vaina de Esme y él arrojó más peso de su cuerpo contra ella.

Ella se apoyó con sus brazos, su cabeza inclinada hacia el colchón y su suave gemido llenó sus oídos.

—Sí, Richard. Oh, sí.

Él la embistió dura y rápidamente, haciendo que esos suaves gemidos se convirtieran en sollozos desesperados. Le dio todo lo que tenía, su corazón golpeando contra sus costillas, su piel cubriéndose de sudor. Maldición, podría hacerle el amor toda la noche y nunca cansarse de ello.

Esme lo apretó de repente, su cuerpo cerrándose fuertemente alrededor de su longitud mientras alcanzaba el clímax. Él gritó un momento después cuando su propio orgasmo se

derramó dentro de ella. Cayó sobre ella, y se quedaron allí arrodillados en su gran cama, jadeando por cada respiración.

Lentamente, Esme se desplomó sobre el colchón y Richard la siguió, extendiéndose medio sobre ella. Le apartó el cabello húmedo de los ojos.

—Eres asombrosa.

Ella le cogió los dedos y se los llevó a los labios. De repente, empezó a reír contra ellos. La suave y terrenal risa llenó su alma de asombro. Esme estaba feliz, y él había sido la causa.

—¿Qué pasa?

—Imagino que me arrepentiré de decir esto tan pronto como mañana, pero —le besó los dedos—, tú tampoco estás nada mal.

Un gran elogio, sin duda, pero...

—Espera y dímelo dentro de unos días si aún lo dices en serio.

CAPÍTULO TRECE

—DEBO DECIR QUE me has impresionado —susurró Harriet a Esme. Estaban sentadas solas en un rincón tranquilo de la sala después de la cena—. Se necesita una mujer decidida para domar a ese pícaro de mirada errante y, por lo que se dice, Windermere ha rechazado todas las invitaciones para coquetear en otra parte durante los últimos días.

Un agradable zumbido de anticipación recorrió su cuerpo al pensar en cómo había pasado su tiempo durante esta fiesta en particular. Esme estaba muy satisfecha con su aventura inesperada. Había tenido a Richard como amante y no parecía haber vacilación en su atención ni disminución del placer. —No lo he domado.

A pesar de la emoción de su aventura, Windermere no era un hombre para mantener cerca por mucho tiempo. Se recordó a sí misma que su tiempo juntos como amantes estaba a punto de terminar.

Esme volvió a considerar su aventura. Desafortunadamente, ya no parecía alinearse con sus deseos más profundos de terminarla, aunque debía hacerlo. Durante esos momentos después del clímax, cuando Windermere la abrazaba con tanta fuerza, sus respiraciones acompasándose, sus cuerpos calientes enfriándose, sus pensamientos traidores se desviaban hacia un futuro que podría incluir más del hombre que la sostenía.

Un futuro que nunca podría aceptar.

Una mujer de sus años y experiencia no debería engañarse pensando que tenían una oportunidad solo porque él fuera emocionante, divertido y bastante considerado, ahora que había pasado más tiempo a solas con él. Todavía la molestaba a veces, pero se había vuelto cada vez más difícil expresar su insatisfacción en voz alta. No quería estropear su tiempo juntos. Quizás era su sonrisa conocedora, o el deslizamiento discreto de su mano sobre su cuerpo lo que la silenciaba y la hacía pensar en placeres carnales tan a menudo.

Siempre, con él.

Harriet frunció los labios un momento y luego se acercó. —¿Entonces no te importará si se encuentra con otra dama?

La pregunta sacudió a Esme. Podría tener un arreglo mutuamente satisfactorio con Windermere por el momento, pero nunca hubo duda de que lo perdería ante otra mujer tarde o temprano.

Una aventura a largo plazo con un hombre como Windermere era tan ridícula como sugerir que algún día tendría un hijo propio. El conde necesitaba una esposa y un hijo más que una amante estéril, sin importar cuán emocionantes fueran sus encuentros íntimos.

Una oleada de tristeza la invadió ante la idea de Windermere sosteniendo a su hijo y a una esposa difusa en sus brazos. Sorprendida, parpadeó ante la angustia que le causaba tal escena. —

No, por supuesto que no —logró decir con voz entrecortada—. Debe casarse para asegurar la sucesión.

—Oh, Esme. Pareces a punto de llorar. —Harriet le dio unas palmaditas suaves en la mano —. ¿Estás segura de que podrías soportarlo?

Sacudió la cabeza para alejar sus confusos sentimientos. —No debo considerar ningún otro resultado. Sabes lo que soy.

—Estéril —susurró Harriet y luego tomó su mano—. Desearía que no fuera así, porque nunca te he visto tan contenta como lo has estado esta semana.

—Tiene defectos. —Sin embargo, no había mucho malo en él aparte de su alta opinión de sí mismo. Eso no había cambiado con la mayor intimidad. Siempre estaba buscando cumplidos.

—¿Te sorprendería saber que Hammond me ha invitado a visitarlo después? Creo que aceptaré su generosa oferta e iré allí después de la fiesta, en lugar de volver a Londres.

Esme volvió su atención a su amiga. —¿Pensé que estabas ansiosa por volver a casa con tu hijo?

—Alexander realmente no me necesita. —Harriet suspiró—. Es probable que su tío tampoco me quiera allí. Me escribe a menudo para decir que mi hijo ha florecido bajo su cuidado.

Harriet tenía una relación difícil con su hijo y la familia de su difunto esposo. Su hijo escuchaba demasiado a ellos y desatendía a su madre en cada oportunidad.

—Un cambio de escenario sería agradable y Hammond ha estado hablando tanto de su nueva propiedad que me gustaría ver el lugar por mí misma. —La mirada de Harriet se desvió por la habitación y una arruga frunció su ceño—. Sí, una nueva vista de un campo diferente será justo lo que necesito.

Esme se giró discretamente para ver lo que Harriet miraba de reojo.

Lord Avery Hill finalmente se había unido de nuevo a la fiesta. No se le había visto durante varios días y Esme había asumido que había abandonado la finca por completo. Vestido a la perfección, el caballero no parecía peor y hasta estaba inclinándose sobre la mano de una dama a la que había insultado mientras estaba ebrio. A juzgar por la sonrisa de la dama, todo había sido perdonado entre ellos. —Parece haber recuperado la compostura.

Harriet levantó su abanico y lo agitó furiosamente frente a su rostro. —Se entregó a un ataque de rabieta infantil por ser rechazado, nada más profundo.

Esme no creyó eso ni por un momento. —Parecía genuinamente molesto cuando hablamos.

Su amiga cerró el abanico de golpe. —Si estaba realmente tan angustiado como afirmas, ¿no podría el hombre haber tomado medidas para mantenerme en su vida? No lo he visto en días y ahora está coqueteando con cada mujer que se le acerca.

Mientras Lord Avery se doblaba y reía a carcajadas por una broma hecha por otra dama sonriente, Esme gimió. Quizás se había equivocado con él después de todo. —Entiendo tu punto.

—¿De qué punto estamos hablando ahora? Del mío, espero. —Miles Hammond se dejó caer en el espacio a la izquierda de Harriet y tomó su mano. Cuando besó el dorso, Harriet se sonrojó y agitó su abanico frente a su rostro. Los dos compartieron una sonrisa secreta.

Esme los miró boquiabierta. —¿Qué están haciendo?

—Creo que eso es bastante obvio —sonrió Hammond con picardía—. ¿Te sientes excluida de mis afectos, cariño? Siempre hay lugar para ti en mi corazón.

Su repentino cambio de amigo a la apariencia de un pretendiente hambriento la puso de los nervios.

—No seas absurdo.

Hammond se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se inclinó hacia Harriet y le susurró al oído. Cualquiera que fuese la confidencia que compartió, hizo que Harriet riera suavemente y levantara su mano hacia el rostro de él.

—Qué idea tan deliciosa.

Esme apartó la mirada de la pareja coqueteando, completamente conmocionada hasta la médula. ¿Harriet y Hammond? Ni en un millón de años podrían ser el uno para el otro más allá de la amistad.

Lord Avery Hill tampoco había pasado por alto el intercambio romántico entre Harriet y Hammond. Su sonrisa se desvaneció mientras miraba abiertamente a la pareja. Apretó los puños a los costados y Esme cerró los ojos. Esto era peor que asistir al teatro.

Hammond volvió a reír y besó los dedos de Harriet.

—Hasta luego, cariño.

Cuando se excusó, Esme se abalanzó sobre Harriet en busca de una explicación inmediata.

—¿Qué crees que estás haciendo con él?

—Estoy viviendo la vida que quiero vivir —declaró Harriet acaloradamente.

—¿Estás segura? —Harriet había querido una vida con Lord Avery Hill. Había confesado estar enamorada del sinvergüenza. Y Harriet nunca se enamoraba perdidamente de nadie—. Este nuevo rumbo hacia los brazos de Hammond no tiene el menor sentido. Siempre has sido cautelosa con su naturaleza oscura. No te gusta lo que a él le gusta.

—Nuestro interés mutuo es muy real, te lo aseguro —Harriet sonrió con tensión—. No interfieras.

—No pretendo interferir, pero sí cuestiono tu juicio. Hammond no podría ser más inadecuado para ti —advirtió Esme—. Me temo que estás cometiendo un terrible error sin pensar en las consecuencias.

—Él quiere cambiar. Sentar cabeza, y en eso nuestros intereses coinciden —Harriet se mantuvo firme un momento más, luego sus hombros se hundieron—. ¿Tienes que meter siempre la nariz donde no te llaman?

—Creía saber lo que querías, así que por supuesto que voy a hablar —frunció el ceño con severidad—. No tienes los mismos tiernos sentimientos por Hammond que por otro hombre que no mencionaré. Estás jugando con fuego y no me gusta ver que os hagáis daño cuando no hay razón para ello. Sois mis amigos.

Harriet se encogió de hombros.

—No estamos jugando, Esme.

—¡Oh! —balbuceó, y echó otra rápida mirada alrededor de la sala—. Bueno, cierto idiota te está mirando abiertamente, así que no soy la única sorprendida por tu cambio de relación con Hammond.

—El burro hablando de orejas —Harriet sacudió la cabeza—. Windermere te mira tanto como a ti esta noche. ¿No había una parte de ti que quería vengarse de Meriwether cuando anunció su matrimonio?

Efectivamente, así había sido. Se hundió en la silla, sintiéndose avergonzada por su arrebato. No tenía derecho a cuestionar la forma en que Harriet vivía su vida cuando su propia vida amorosa era igual de poco convencional.

—Supongo que tienes razón. Lo siento, amiga mía. Soy tan culpable de jugar con fuego como tú —miró a Harriet a los ojos y su amiga asintió, aceptando su disculpa—. Lo hace mucho. Mirarme, quiero decir.

Pero cuando miró al otro lado de la sala donde Richard estaba de pie en compañía mixta, su

pulso se aceleró de la manera más desconcertante porque él no le estaba prestando ninguna atención.

Mírame, amante.

Richard volvió la cabeza en su dirección y el calor ardió en sus ojos azules cuando sus miradas se encontraron.

La comisura de su boca se elevó en una sutil sonrisa de reconocimiento.

—Bueno, eres exquisita —Harriet rió suavemente—. Ambas merecemos ser notadas.

Bajó los ojos rápidamente, desconcertada por lo mucho que anhelaba a Windermere incluso ahora. Se habían encontrado brevemente esta mañana en su estudio, una rápida y furiosa reprimenda sobre su escritorio de caoba que había hecho que papeles y adornos cayeran al suelo. El calor le subió a las mejillas y casi podía sentir su aliento golpeando su piel mientras susurraba su nombre tras su liberación. Una liberación que él no había compartido esta vez. Era la primera vez que se contenía. Le debía una y se la devolvería pronto, pero primero tenía que controlar su libido traidora.

—Señoras —la voz profunda de Richard interrumpió su línea de pensamiento, enviando temblores de lujuria a través de sus extremidades—. Confío en que tengan todo lo que necesitan.

Su sexo se estremeció cuando se encontró con su mirada. Todavía no.

—Oh, sí —Harriet miró entre ellos y luego rió suavemente—. Pero le estaba diciendo a mi querida amiga lo cansada que estoy esta noche. Estaba a punto de desearle buenas noches y retirarme. Hasta mañana.

Esme vio a su amiga salir contoneándose y luego se preparó. No estaba tan descontrolada por sus deseos como para dejar que un hombre, y todos los demás en la sala, vieran que estaba tan cerca de perder el control como era posible.

—Un penique por tus pensamientos —dijo suavemente mientras ocupaba el lugar de Harriet a su lado.

Sus pensamientos estaban llenos de sus jadeos y gemidos y la intensidad de su forma de hacer el amor. Tragó su pánico. No quería necesitar a Richard de esta manera. No tenían futuro juntos, pero en cuanto lo veía, sus pensamientos rápidamente planeaban cómo arrastrarlo a una habitación tranquila y hacer el amor apasionadamente.

—Estaba pensando en esta mañana.

—¡Qué maravillosa coincidencia! Yo también —estudió el reloj sobre la chimenea, con la punta de la lengua descansando momentáneamente en su labio superior—. ¿Te apetece otra?

Su sexo se contrajo al recordar lo que esa lengua podía hacerle sentir. —Te debo una por lo de esta mañana.

—Pensaba esperar hasta esta noche —las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa traviesa mientras mantenía su mirada—. Me haría muy feliz que pudieras complacerme esta noche en particular con algo un poco inusual.

Esme asintió con entusiasmo, aunque un poco asustada por cómo habían cambiado sus sentimientos hacia él. Hace una semana se habría reído ante la idea de que esperaba con ansias ser íntima con Windermere. Ahora, no podía esperar para despojarlo de cada prenda que poseía. Incluso unos minutos de espera de repente parecían una eternidad hasta que la tocara. Esme deslizó su mano sobre su muslo y lo apretó. —Sí.

—Gracias —miró fijamente donde descansaba su mano y ella la retiró de golpe, asombrada por lo que había hecho en público. Normalmente no se tocaban donde alguien pudiera ver tales caricias. Esme prefería la discreción en sus amantes. En sí misma también. Una mano sostenida para salir de un carruaje o para bailar era muy diferente a acariciar su muslo frente a sus

invitados. Las miradas ardientes eran normalmente la única muestra exterior de emoción que se permitía en público.

—Creo que deberíamos escabullirnos más pronto que tarde —encontró su mirada y exhaló lentamente—. Encuéntrame fuera de mi estudio en la terraza en cinco minutos. Hay algunas cosas que necesitaremos.

—Lo que desees.

—Esperaba que dijeras eso —cuando se excusó después de un largo intervalo de silencio, Esme se alegró de verlo partir. Estaba avergonzada, y no se había sentido tan desequilibrada en mucho tiempo. ¿Alguna vez se había sentido así por un amante?

Esme ralentizó su respiración deliberadamente en un intento de recuperar el control. Tenía unos minutos para esperar y luego podría escapar a sus brazos. Frunció el ceño. ¿Desde cuándo se desmoronaba cuando un hombre tan solo sugería un encuentro? No necesitaba hombres en su vida. Elegía tenerlos por diversión. Hacer el amor con Richard era emocionante pero demasiado adictivo. Para su consternación, últimamente estaban tan bien compenetrados fuera de la cama como dentro de ella.

En realidad, no había habido nada en lo que discrepar desde su primera noche juntos.

Cuando el reloj llegó al momento acordado, Esme prácticamente voló de su asiento, se apresuró hacia su estudio y entró en la habitación mal iluminada. Richard estaba de pie en la puerta abierta, con una linterna y un saco de arpillera apilados a sus pies. Tomó una capa —la suya propia, descubrió ella— y la vistió con ella. —El bosque puede ser frío. Espero que no te importe montar de noche.

—No, por supuesto que no —susurró, percibiendo la tensión en su voz.

Él tomó su mano en la suya y antes de que ella pudiera retroceder, le ató las muñecas firmemente. Ella probó sus ataduras. —Ahora veo la razón detrás de tus preguntas.

La condujo hacia los establos por el extremo colgante de la cuerda sin decir una palabra y cuando llegaron a la oscura estructura, la improbable figura de Oswin sosteniendo dos caballos ensillados apareció de entre las sombras.

El mayordomo se inclinó formalmente. —Buenas noches, mi señora.

Si al mayordomo le parecía extraño que ella estuviera atada y siendo conducida, no dijo ni hizo nada que lo sugiriera. —Oswin.

Oswin sostuvo la brida de su yegua mientras Windermere la levantaba para sentarla de lado en la silla y se aseguraba de que estuviera segura en los estribos. Le dio las riendas para que las sostuviera, y luego montó su propio caballo, acomodando su saco en su regazo antes de tomar la brida del caballo de ella de manos de Oswin.

El mayordomo retrocedió, llevándose la linterna con él.

—Yo te guiaré —insistió Richard.

Esme suspiró. —Puedo montar sola, incluso con las manos atadas así.

—¿Preferirías que te pusiera sobre mi regazo en la silla?

Ella se quedó boquiabierta. —Windermere, ¿qué te ha pasado?

—Tú... y solo queda una cosa por hacer contigo —negó con la cabeza—. No más charla hasta que estemos lejos de la casa.

CAPÍTULO CATORCE

RICHARD CABALGÓ DIRECTAMENTE hacia el recinto boscoso y desmontó su caballo, repasando mentalmente el plan para la noche que le esperaba. Aún podía sentir el roce de la mano de Esme sobre su muslo en la sala de estar. Estaba listo para ella, tan excitado que cabalgar había sido una experiencia dolorosa que nunca quería repetir.

Dirigió su atención a la mujer que había secuestrado. Hasta ahora, ella apenas se había quejado de su silencio y trato. Esperaba que tuviera mucho que decir pronto cuando la cargara sobre su hombro para subir la colina.

Ella no parecía disfrutar sentirse indefensa.

Tampoco a él le gustaba hacerla sentir así, pero si iba a hacer esto, tenía que hacerlo todo más o menos correctamente.

Se acercó a ella, la tomó por la cintura y la depositó fuera de la puerta del recinto con cuidado rutinario. Las historias esperaban que doblegara a su novia a su voluntad. Él quería besar a Esme hasta dejarla sin aliento en su lugar.

Atendió a sus caballos con eficiencia rápida y luego se enfrentó a ella. Esme, sin embargo, se había alejado, mirando hacia el oscuro dosel sobre sus cabezas, su comportamiento tranquilo e imperturbable por su conducta. Richard apretó los dientes para la siguiente parte y la persiguió. La levantó sobre su hombro antes de que ella se diera cuenta de su intención. Su grito de sorpresa resonó en la noche.

—Lucha todo lo que quieras, pero debe ser así.

Forcejeó con el saco mientras ella luchaba por recuperar su libertad.

—Esto es ridículo —se quejó ella.

Se suponía que él no debía reaccionar ante súplicas de piedad. Se suponía que debía ser un tirano sanguinario en este secuestro y obligarla a ir con él por cualquier medio.

Apretó los dientes para no ablandarse. Había decidido darle a la tradición familiar esta única oportunidad de ser probada falsa. Podría no tener otra oportunidad en meses, así que era esta noche o nunca.

Hizo el trayecto cuesta arriba lo mejor que pudo, con las quejas de ella resonando en sus oídos y poniéndolos rojos. En el punto donde ella había comenzado a repetirse, ya había llegado al mirador alto, un claro en el bosque que ofrecía las mejores vistas a kilómetros a la redonda. El lugar estaba iluminado por la luz de la luna casi tan claramente como lo estaría en una mañana de verano.

Tres grandes piedras habían sido colocadas alrededor de la base de un árbol que alguna vez había prosperado, aunque ahora se parecía a un tocón desgastado. A unos dos metros de la base, se había clavado una estaca de hierro en la madera.

Y allí fue donde llevó a Esme y la aseguró para que no pudiera escapar.

Ella exhaló un suspiro, apartando el cabello caído de sus ojos.

—Podría haber caminado —le dijo, con tono lleno de sarcasmo.

Él no podía dejar que se enojara demasiado, así que suavemente le acomodó el cabello hacia atrás hasta que estuvo ordenado.

—Entonces, ¿dónde estaría la diversión de verme sudar?

Su mirada lo recorrió.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque quiero y porque debo.

La besó, acunando su rostro y devorando la boca que acababa de desgarrar su hombría, su honor, su carácter durante el largo camino por la ladera de la montaña.

Finalmente se apartó, dejándola jadeante y aún atada. Sus pechos subían y bajaban rápidamente y él los expuso al aire nocturno, agradecido por los cierres frontales de su vestido. Sus pezones se endurecieron cuando el aire más fresco los golpeó y él jugó con uno.

—Eres tan hermosa. Todo lo que siempre he deseado en una mujer.

Un suave jadeo escapó de sus labios cuando él tiró más fuerte.

—Incluso cuando estás enojada conmigo, aún puedo afectarte.

Inclinó la cabeza y lamió su pezón antes de tomar la punta en su boca y succionar por un momento.

Esme gimió cuando él se apartó y sopló ligeramente sobre la punta, torturándola. Podía hacer eso mientras ella lo disfrutara. Ella se retorció contra sus ataduras, sin duda buscando escapar de sus lazos para sostener su cabeza contra su pecho, de la manera que le había mostrado que prefería en los últimos días.

Él se alejó para hurgar en el saco en su lugar. Una botella de brandy, una copa fina envuelta en seda, un falo hecho a imagen de su virilidad, y una suave manta de lana para envolverla después.

A continuación, se desnudó. Se quitó todo lo que llevaba puesto y lo dejó a un lado en una pila ordenada, todo excepto el anillo con el escudo familiar que siempre adornaba su mano izquierda.

Sirvió el brandy y le llevó la copa a ella.

—Bebe.

Para su sorpresa, ella obedeció, su expresión llena de preguntas. Él volvió a llenar la copa y la giró para colocar sus labios exactamente donde habían estado los de ella. Se bebió todo rápidamente, odiando el sabor. Sin embargo, el ritual exigía este elixir en particular como acompañamiento.

No era la primera vez que se preguntaba si sus antepasados habían drogado a todas sus novias y a sí mismos para pasar esta noche.

No le haría eso a Esme. Una copa para cada uno tendría que ser suficiente.

Dejó la copa a un lado y levantó su corbata de la pila de ropa. Pasó la tela por sus manos y luego ató el lino blanco alrededor de la pequeña cintura de ella. Se apartó y luego recorrió el círculo, primero en el sentido de las agujas del reloj y luego retrocedió el tiempo caminando en otra dirección.

Se sentía completamente ridículo.

Cuando estaba directamente detrás de ella, bailó unos pasos torpes de una danza campestre.

—Richard —llamó Esme, su tono lleno de exasperación—. Vuelve y bésame.

Él corrió hacia ella, ansioso por responder a su llamada. Richard presionó sus caderas contra

las de ella.

—Mi querida Esme.

La besó, levantó su vestido por sus esbeltas piernas para que estuvieran piel con piel desde la cintura hacia abajo. A pesar de estar atada y esencialmente ser su prisionera, Esme dejó claro su deseo en la forma en que presionaba su cuerpo contra el suyo.

Él agarró uno de sus muslos y ella saltó para envolver sus piernas alrededor de su cintura, con los brazos aún asegurados sobre su cabeza. Flexionó su cuerpo para que su intimidad se frotara contra su miembro erecto. Él tomó sus piernas y movió cada una para que sus pies descansaran sobre las rocas colocadas a cada lado del tocón. Posicionada de esta manera, ella estaba completamente abierta para él, totalmente indefensa.

Se apoyó contra el tronco del árbol y observó lo que él había hecho. Su vestido reposaba sobre la parte superior de sus muslos y él lo empujó aún más arriba, dejando al descubierto su sexo.

—Dios mío —susurró ella—. ¿Soy tu esclava esta noche?

Él cerró los ojos, sintiéndose horrible e impotente, pero incapaz de detenerse ahora que había comenzado. Nunca esperó sentirse tan excitado por Esme de esta manera. La deseaba desesperadamente. —Me perteneces.

Sin la barrera de la ropa o la posición en su camino, se deslizó en su cuerpo sin esfuerzo. Con unas pocas embestidas, estaba completamente dentro. Esme gimió profundamente y buscó su boca para un beso.

En esto, la satisfacción de Esme se suponía que debía ser secundaria, pero él la besó y la tocó, la excitó e hizo todo lo posible para que ella respondiera mientras la reclamaba.

Bajo sus gruñidos, Esme suspiraba y gemía, alentándolo inconscientemente a continuar. Él sostuvo su rostro, con los dedos enmarcando su mandíbula y manteniéndola firme. Encontró su mirada mientras se hundía en ella. Ella se deshizo, gritando su nombre como la más salvaje de las criaturas del bosque.

Se desplomó en sus ataduras, indefensa pero satisfecha. —Esta era tu fantasía desde el principio. Tenerme así a tu merced. Por eso preguntaste qué te permitiría.

Él ralentizó sus embestidas. —Al principio no lo era, pero...

—Confío en ti. Quiero que te corras dentro de mí así —susurró ella—. Quiero que tus deseos más oscuros se hagan realidad conmigo.

Su cuerpo se inundó de calor ante sus palabras. Su deseo de mantener a Esme en su vida se convirtió en una necesidad desesperada y palpable. Quería casarse con ella. Le entregó su corazón y su alma, y con su cuerpo, le suplicó lo mismo a cambio. La penetró más fuerte que nunca y cuando explotó con tanta fuerza, casi no podía respirar por la emoción.

Entonces le dijo la verdad. Una verdad que no se había dado cuenta hasta ese momento que estaba tan urgente por compartir.

—Te amo, Esme. Nunca podría desear a nadie como te deseo a ti. No así. Eres mía y yo soy tuyo. Completamente y para siempre.

CAPÍTULO QUINCE

ESME RÁPIDAMENTE DESECHÓ la felicidad que la declaración de amor de Richard había evocado. Ningún hombre decía en serio tal declaración tan pronto después del clímax, y ella lo sabía muy bien. Sin embargo, su corazón no estaba escuchando a su cabeza en ese momento y se regocijaba en cambio de que Richard sintiera tanto por ella como para querer decir cosas tan dulces y tiernas.

Flexionó los dedos sobre su cabeza donde aún estaban atados. Sus brazos empezaban a doler por la posición. El árbol muerto al que estaba atada tampoco era nada cómodo para su espalda. Esperaba que la fantasía de Richard, al menos la parte que implicaba atarla, hubiera terminado por esta noche y pronto la desatara. Deseaba tanto tocarlo.

Cuando se había tomado un momento para mirar y escuchar realmente a Richard cuando llegaron al claro, había entendido que él estaba muy nervioso por compartir una fantasía tan íntima.

Parecía un poco fuera de su carácter, pero a ella realmente no le había importado estar atada. Inmovilizada como si fuera la conquista de un bárbaro, robada en la noche como si no tuviera elección. Ella había tenido una elección, y había elegido a Richard. Confiaba en él y su apasionado acto de amor le había dado gran placer a cambio.

Mientras él se retiraba, ella exhaló y volvió a poner los pies en el suelo.

—Ah, eso está mejor.

Él le desató las manos y antes de que pudiera dar un solo paso, la levantó en sus brazos y la sostuvo contra su pecho agitado como si aún fuera su amo.

—¿Te he hecho daño?

—Por supuesto que no. Ciertamente habría mencionado cualquier incomodidad real —la recostó sobre una gran roca que aún estaba caliente por el sol y le levantó las faldas de nuevo. Desató la corbata alrededor de su cintura y la dejó a un lado. Ella lo empujó, ansiosa por ser libre para pasar sus manos por el cuerpo de él también—. Déjame levantarme.

—Aún no he terminado —advirtió él.

—¿En serio? —Ella frunció el ceño, pero se reclinó de nuevo. Su miembro estaba flácido y él no parecía ni un poco excitado—. ¿Qué más quieres compartir conmigo?

Él levantó un dildo y besó la punta.

—Esto.

Le separó las piernas y suavemente la invadió con él. Después de tanto placer con su miembro, ella se encogió ante la fría intrusión.

—Está frío.

—Perdóname —A continuación, le ató las piernas juntas a la altura de las rodillas con su

corbata y le bajó la falda sobre las piernas. Echó la manta sobre ella y se apartó—. Eso es todo.

—Richard, no puedo caminar así.

—No se supone que vayas a caminar a ningún lado todavía —Se mordió el labio—. Tenemos que quedarnos aquí un rato más.

Ella frunció el ceño ante eso.

—Pero vamos a volver a la mansión esta noche —le dijo.

—Sí, pronto.

La dejó allí, con las manos atadas, las rodillas sujetas, una sensación incómoda creciendo dentro de ella. Este no era el hombre que había llegado a conocer. Richard Hill, conde de Windermere, era un caballero hasta la punta de sus perfectamente pulidas botas. Un león en el dormitorio, pero no tan perverso como para dejar a una mujer incómoda.

O eso había pensado.

Él regresó medio vestido y la observó en silencio mientras se abotonaba la ropa. Había una paz en él que nunca antes había visto. Parecía confiado. Contento. Complacido, cuando ella estaba tan indefensa.

Se humedeció los labios.

—¿Cuánto tiempo has querido traer a una mujer aquí?

—No mucho —murmuró él, jugando con un mechón de su cabello que se extendía hacia él. Pasó los dedos por los mechones y luego cuidadosamente lo devolvió a la roca sobre la que ella yacía.

—¿Por qué esta noche?

Él miró hacia el cielo.

—La luna está llena y la fiesta en la casa es un éxito. Estaba seguro de que todos estarían demasiado ocupados para preguntarse adónde habíamos ido. Era el momento adecuado.

—Oswin lo sabe.

—Y sabe lo suficiente como para mantener la boca cerrada sobre lo que estamos haciendo aquí —insistió él.

Ella miró a su alrededor mientras el miedo se colaba en sus pensamientos. Se retorció un poco para volver a observar sus alrededores. Era muy extraño tener un dildo dentro de su cuerpo sin usarlo para el placer, y estaban muy solos.

—¿Seré asesinada a continuación?

—Eso es lo que pensé que preguntarías —Rió suavemente y luego le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. Nunca te haría daño. No me atrevería, y no quiero hacerlo excepto por alguna ocasional nalgada que pudieras necesitar.

Eso no era tranquilizador. Ella levantó la cabeza y forcejeó.

—Quiero irme.

—Como desees —Suspiró y quitó la manta, le desató las rodillas y luego retiró cuidadosamente el dildo. Lo arrojó lejos, hacia el bosque oscuro que se extendía debajo de ellos —. ¿Está mejor así?

—Sí —Se bajó de la roca y puso un poco de distancia entre ellos, abotonándose rápidamente el frente del vestido para estar decente de nuevo. Con su cabello no podía hacer mucho, pero sin duda estaba enredado.

—Oh, deberías ver tu cara —Rió abiertamente entonces, como un joven enamorado de su vida y de todo lo que hay en ella—. Vamos, vamos, Esme. Caminemos de vuelta a los caballos del brazo como los muy buenos amigos que somos. Tengo lo que quiero.

—¿Qué es lo que querías?

Su risa murió.

—Todo. Hacerte el amor de la manera más significativa que un hombre de mi familia podría. Sin dudas ni retener nada de lo que estaba sintiendo.

Cuando él extendió su mano, ella la aceptó. Segura de que no iba a asesinarla, se acercó a él. Él le entrelazó el brazo con el suyo y la guió hacia el sendero que había recorrido llevándola sobre su hombro. Había estado tan absorta regañándolo que no se había dado cuenta de que el terreno no era llano ni uniforme. Mucha menos gente iba al monte que al claro del bosque. Se estremeció, comprendiendo el esfuerzo que debió haber requerido el trayecto e impresionada de que la hubiera cargado hasta la cima del monte en primer lugar para ahorrarle la dificultad.

La llevó consigo hasta que llegaron a los caballos y luego la ayudó a montar. Fue gentil y dulce, y nada parecido al hombre que la había echado sobre su hombro y se la había llevado como un bárbaro dispuesto a ultrajarla.

En realidad, había disfrutado de su ultraje.

Cabalgaron en silencio de nuevo, pero ella no podía dejar de mirarlo. Estaba diferente de alguna manera.

De repente, su sonrisa se ensanchó y ella se alarmó.

—¿Por qué sonríes así?

—Parece que Oswin no pudo mantener la boca cerrada después de todo —señaló hacia adelante. Se habían colocado faroles a intervalos regulares desde los establos hasta la mansión—. Te están guiando a casa, mi señora.

—¿A casa?

Él asintió.

—En mi familia, cada mujer que un Hill lleva al bosque, al claro elevado, se convierte en novia esa misma mañana. Es tradición llevar a la mujer con la que quieres casarte al árbol de los deseos para pedir la bendición de descendencia y prosperidad.

Se le cayó el alma a los pies.

—No soy una novia. Ciertamente tú no eres mi esposo.

—No en el sentido legal, no —sonrió sin preocuparse por su protesta—. Todavía no.

—Nunca —refrenó su montura—. No me casaré contigo.

—Ya lo hiciste. Te entregué mi corazón, mi alma, en ese bosque. Estoy enamorado de ti, y eso solo sucede una vez para un Hill.

—No lo decías en serio —protestó ella—. Ningún hombre o mujer dice en serio lo que se dice durante la intimidad. No puedes amarme.

—Lo hago. Siempre te amaré.

Miró hacia adelante y notó figuras moviéndose en las sombras.

—Dios mío, ¿hay un comité de bienvenida?

—Fuiste una elección popular. Incluso mi mayordomo me apartó y exigió saber cuáles eran mis intenciones. No tenía ninguna ese día, pero ahora sí.

Esme se cubrió el rostro.

—Deja esta tontería, Richard. No puedo y no me casaré contigo.

—¿Por qué no lo harías?

Ella sacó los pies de los estribos y desmontó temerariamente sin ayuda. Se tambaleó alejándose de los caballos, horrorizada de que él no hubiera entendido. La oscuridad era mejor que enfrentarse a una situación imposible.

Richard debió haber desmontado también porque la agarró e intentó abrazarla.

—Me amas. Sé que debe ser así.

—El amor no importa.

—A mí me importa.

Esme lo empujó con fuerza, buscando soledad.

—El amor no importará nada cuando te niegue el hijo que necesitas. Te dije que era estéril. No puedo tener hijos.

—Los tendremos con el tiempo —protestó él—. Esme, no puedo casarme con otra persona y sentir esto por ti.

—Por supuesto que puedes, y debes. Tu felicidad me importa mucho, pero le importará aún más a la gente que te admira, que depende de ti. Necesitas un hijo y yo nunca podré dártelo. No pasaré por un segundo matrimonio así.

—Seguramente... —comenzó, pero cuando ella levantó la mano pidiendo silencio, él contuvo su lengua.

—Tú y tu gente merecen algo mejor que yo. Soy, como mi esposo lo expresó tan sucintamente una vez, tan estéril como un ladrillo. Nunca te daré un hijo, mucho menos un heredero.

Él guardó silencio por un momento.

—Conozco mis limitaciones, Richard. Nunca he concebido. Ni una sola vez con la docena de amantes que he tenido desde que enviudé —extendió los brazos—. ¿Por qué crees que mis aventuras son de corta duración? Deben serlo. Hay demasiado en juego en tu sucesión como para que yo sea tan egoísta de permitir esto. No permitiré que el título pase a los descendientes de Adrian Hill si puedo evitarlo. Debes casarte con otra persona y tener un hijo con ella.

—Había esperado que simplemente estuvieras tratando de asegurarme que no tenías expectativas más allá de ser mi amante —la arrastró a sus brazos—. Pensé que ponías una cara valiente para no poder salir herida si peleábamos de nuevo.

—La cara más valiente que poseía para ocultar mi decepción conmigo misma. Te dije nuestra primera noche juntos que no había necesidad de preocuparse porque es la dolorosa verdad.

—Pero te necesito —susurró mientras besaba su frente—. No podría haber llevado a cabo el ritual con nadie más que contigo. Nunca he querido hacer eso con ninguna mujer.

Ella se quedó inmóvil.

—Ah, así que no era tu fantasía sino un deber.

—Sí —siseó él—. También me gusta sentir tus manos sobre mí.

—Entonces debes recordar tu deber para con tu familia. Búscate otra mujer para casarte. Estoy segura de que fácilmente te amará —su voz se quebró en la última palabra y negó con la cabeza al descubrir que su afirmación era demasiado real. Se había enamorado de él, y ahora tenía aún más incentivos para dejarlo ir que nunca—. Tuvimos un maravilloso romance y debe terminar.

—No. Podemos estar juntos hasta que encuentre una novia.

—¿Y arriesgarte a lastimarte aún más? —evadió su abrazo—. Sé razonable.

Dio un paso en su dirección y le acarició la mandíbula con la punta de los dedos. —Dime que no imaginé lo bueno que fue entre nosotros.

Ella quería girarse hacia su abrazo en busca de consuelo, pero sería un error y podría hacerle pensar que había esperanza.

—Fue bueno —sonrió al ver que él aún necesitaba su confirmación—. Eres el mejor amante que he tenido jamás.

Él se mordió el labio. —Así que el sexo es lo único que cuenta para ti.

—Decirte que también me enamoré de ti no cambiaría nada —le acarició el rostro con los

dedos una última vez—. Quédate en paz, Richard, y llévate mis sueños contigo. Espero que se hagan realidad para ti pronto.

—No te vayas —susurró él cuando ella se apartó.

—No tengo elección. No puedo quedarme —se dirigió hacia la casa, pero sin intención de encontrarse con ninguno de los sirvientes de la familia Hill que buscaban dar la bienvenida a la nueva novia. Su corazón dolía mientras apresuraba sus pasos, casi huyendo de Richard y de todo lo que él había ofrecido ciegamente. Mientras se alejaba, se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas. Se casaría con Richard en un abrir y cerrar de ojos si tan solo no fuera a arruinar su vida en el proceso.

Desesperada por el consuelo de alguien que entendiera su dolor, se dirigió a la habitación de Harriet y llamó a la pesada puerta. —Soy Esme.

La puerta se abrió rápidamente y, en lugar de Harriet, se encontró cara a cara con Miles Hammond en un estado de desnudez. Ella reprimió sus emociones, junto con su sorpresa al verlo allí después de la medianoche.

Él parpadeó. —¿Cariño?

—Necesito a Harriet —susurró ella.

Él la hizo pasar y cerró la puerta tras ellos.

Harriet estaba sentada en la cama con un recatado camisón. Le lanzó a Esme una mirada fugaz y luego hizo una mueca. —Windermere también te llevó a ese maldito árbol de los deseos, ¿verdad? Bastardo perverso.

Harriet saltó de la cama y corrió a abrazarla.

—No es como Avery —prometió Esme. Se estremeció al oír el tono quebrado de su voz y enderezó la espalda—. Él imagina que estamos casados.

Harriet soltó una risa amarga. —¿Matrimonio? Eso es nuevo. Nunca hablan de ello abiertamente, pero en realidad es un ritual de fertilidad que se remonta a cientos de años atrás, y es particular de esta localidad —Harriet la instó a sentarse en una silla y le secó las lágrimas con el puño de su manga—. Carolyn Hill me explicó recientemente el significado. Avery lo usa para sus propios propósitos retorcidos, pero pensé que Windermere estaba por encima de tales tonterías.

—Desperdiciado en mí —sollozó Esme—. No hay nada que pueda dejarme embarazada. Hace tiempo que renuncié a ese sueño.

—Oh, mi querida —susurró Harriet mientras mecía a Esme como a un bebé en brazos—. Lamento tanto que te haya lastimado con esto. ¿Qué puedo hacer?

Esme sorbió por la nariz. Las había lastimado a ambas, y no había nada que hacer más que una salida elegante lo antes posible. —¿Puedo ir con ustedes dos cuando se vayan? Necesito alejarme de este lugar.

—Por supuesto que puedes —accedió Hammond, sirviendo bebidas en el aparador—. Incluso podemos irnos hoy; el sol saldrá en unas horas. Estaba pensando que otro mes en el campo sería justo lo que necesitamos antes de que llegue el invierno. Podemos divertirnos juntos y olvidarnos de que estos malditos Hill alguna vez existieron.

—Me gustaría eso —susurró Esme, pero temía que olvidar a Richard pudiera ser imposible. Sin embargo, le gustaría intentarlo—. Creo que no puedo enfrentarme a él ni a Londres durante mucho tiempo.

Hammond le entregó una copa. —Las haré sonreír de nuevo a ambas, lo juro.

CAPÍTULO DIECISÉIS

EL MURMULLO EN el salón estaba extrañamente apagado cuando Richard se reunió con sus invitados para un desayuno tardío o un almuerzo temprano. Desafortunadamente, se había quedado dormido por un amplio margen, así que esta era su primera oportunidad para comenzar su campaña para volver a ganarse el favor de Esme. Lograr que ella le sonriera cálidamente de nuevo era una prioridad.

Lo siguiente era conseguir que hablara sobre su matrimonio y su insistencia en que no podía darle hijos. Ella nunca había dado a luz, pero por primera vez anoche, él había comprendido cuánto le dolía esa carencia. ¿Qué daño podría hacer intentar tener un hijo juntos? Ciertamente estaba interesado en acostarse con ella tan a menudo como ella lo permitiera para hacer un buen intento.

Miró alrededor pero no pudo verla al principio, así que se sirvió un plato de pasteles y decidió mezclarse con las damas que se habían reunido alrededor de la señora Hill, ofreciendo consejos bien intencionados sobre su inminente maternidad. Como una sola, ellas rechazaron sus intentos de conversar. Incluso Carolyn no lo miraba, y él se preguntó sobre este nuevo desarrollo.

Esme le diría lo que se había perdido y sin duda le diría qué hacer. Apretó los labios para ocultar una sonrisa. Dios, ella nunca podía parar, y él nunca quería que lo hiciera.

Lo que había encontrado en Esme era la única persona que lo hacía más feliz de lo que jamás había sido, tanto en la cama como fuera de ella. Siempre habían sido honestos, especialmente sobre las cosas que importaban. Si ella se creía estéril, él lo aceptaría, pero eso no significaba que no pudieran estar juntos como marido y mujer.

Dio otra vuelta por la habitación, notando al final que Esme no estaba presente. Era difícil no darse cuenta de que la mayoría de los invitados parecían abiertamente hostiles hacia él y no querían hablar incluso mientras bebían su mejor champán. Desesperado por un rostro amigable, encontró a Jillian y la llevó aparte. —¿Qué está pasando?

—Bueno, nada fuera de lo común. Las damas han tenido un buen día. Instalamos nuestros caballetes en el invernadero y nos pintamos unas a otras. Algunos de los resultados fueron divertidos.

—¿Algunos? —No podía esperar para ver los esfuerzos de Esme. Ella no era particularmente aficionada a crear arte por lo que él podía decir, pero nunca decepcionaba a Jillian y siempre animaba a las otras mujeres a participar—. ¿Puedo esperar una exhibición?

—Más tarde hoy, creo que debería ser, antes de que los invitados comiencen a partir mañana. Oswin lo preparará todo en la biblioteca. Había considerado la galería larga como lugar, pero quizás no sería muy amable forzarnos a todos a comparaciones con los grandes pintores colgados allí.

—Una sabia decisión. —Se mordió el labio cuando Lord Hogan miró en su dirección. La advertencia de Esme aguijoneó su memoria. En la emoción de su floreciente relación con ella, había olvidado transmitir su mensaje a su hermana, pero podía remediarlo ahora, esperando no estar a punto de meter la pata—. Hay algo de lo que he querido hablarte. ¿Podríamos hablar en privado?

Jillian tomó su brazo y él la llevó más lejos a un rincón tranquilo.

No perdió el tiempo. —He querido hablarte sobre tu futuro.

—¿Oh?

Ella pareció sobresaltada y él se apresuró para que no se hiciera una idea equivocada. —Quería asegurarme de que supieras que estoy feliz de tenerte en casa y asegurarte que no hay razón para apresurarse a otra relación si prefieres no hacerlo.

Los hombros de su hermana se relajaron. —Por un momento, no estaba segura si ibas a darme tu bendición u órdenes de marcha.

Miró hacia Hogan de nuevo. —El caballero no me ha hablado. ¿Es serio lo vuestro?

Ella sonrió suavemente. —No. Bueno, tal vez una vez entretuve la idea, pero ahora tengo los ojos abiertos.

Richard se cruzó de brazos. —Esme ya te habló, ¿verdad? Le dije que lo haría yo. Esa mujer será mi muerte.

—No lo suficientemente pronto, querido hermano. —Jillian sonrió con un toque de tristeza —. Pero sí, Esme me habló hace varios días. Dijo que debería tomar mi propia decisión y me he tomado mi tiempo para formar mis propias opiniones durante la fiesta en la casa.

La curiosidad ardía cuando ella no elaboró inmediatamente. —¿Y?

—Tenía razón sobre Lord Hogan. —Jillian se inquietó—. No hay nada que le guste más que una idea que él mismo propuso y ridiculizar sutilmente a los demás para que yo piense menos de ellos. No tiene una palabra amable que decir sobre Esme y ya sugirió que ni siquiera deberíamos ser amigas, si te lo puedes imaginar. Ella me advirtió que intentaría subvertir mis amistades primero, y tenía razón.

Los pelos de la nuca de Richard se erizaron. —Mantén tu amistad con Esme, con quien tú elijas.

—Lo haré. —Jillian se encogió de hombros—. Solo espero que los acontecimientos recientes no le impidan ser mi amiga. Me cae mejor que cualquier otra conocida femenina que hayas tenido.

Él arrastró los pies. No debería haber retrasado la búsqueda de Esme ni un momento más de lo necesario. —No puedo imaginar que Esme te desaire jamás.

—Podría. —Jillian lo miró fijamente, entrecerrando los ojos—. ¿Tenías que ser tan sinvergüenza sin pensar en sus sentimientos?

Richard miró rápidamente alrededor, dándose cuenta de que todos debían saber que habían discutido anoche. Cómo podían saberlo no estaba seguro, pero arreglaría todo pronto. —Sabes lo ardiente que puede ser su temperamento. Es solo un malentendido. Para mañana todo estará arreglado entre nosotros.

—Eso sería difícil.

—Esme puede ser completamente sensata cuando quiere. Yo puedo ser muy persuasivo.

Jillian le agarró el brazo y lo miró fijamente hasta que se sintió incómodo. —¿Cómo pude tener tanta mala suerte con mis hermanos? Ambos son tan absolutamente necios que me rompe el corazón. Alguien debería habértelo dicho ya.

—Nunca me compares con las tonterías de Avery. —Richard frunció el ceño—. Si tan solo

se decidiera por una mujer, no sería tan malditamente miserable. Haré entrar en razón a Esme, no temas.

Jillian negó con la cabeza. —Ya que acabo de tener la misma conversación con Avery, supongo que tendré que ser igual de franca contigo también.

Él miró rápidamente alrededor de la habitación. —Suéltalo ya. Necesito hablar con ella.

Jillian frunció el ceño. —Se fue esta mañana en el carruaje del señor Hammond al amanecer, sin una palabra de despedida a nadie excepto a Oswin. El pobre hombre lloró, creo.

Buscó un rostro en particular entre la multitud lejana. Tragó saliva cuando no encontró a Hammond sentado entre sus invitados. —¿Sola?

Su hermana resopló. —Lady Ames y el señor Hammond se fueron con ella. Avery no se tomó bien la noticia. Te sugeriría que no te aventures en la sala de estar hasta que se hayan hecho las reparaciones.

Tragó con dificultad. —No se habría ido sin despedirse —insistió. Pero un sentimiento hueco llenó la boca de su estómago. Ella había insistido en que tenía que irse anoche. Entonces no la había creído. Ciertamente no había imaginado que se iría sin hablar con él de nuevo.

Richard notó de nuevo todas las miradas de decepción dirigidas hacia él. —Eso explica mi recepción esta tarde.

Tomó una bebida de un sirviente y dio un sorbo, tratando de aceptar que ya había perdido a Esme.

—Todos, y me refiero a todos menos Avery y Lord Hogan, les gustaba Esme para ti. He oído más susurros sobre ustedes dos haciendo pareja que de cualquier otra persona esta temporada. ¿Por qué tuviste que seguir la tradición familiar y arruinarlo todo llevándola al bosque?

—Ella no estaba molesta por el secuestro —le dijo—. Pero lo que significaba para nuestra relación la alarmó.

—Es costumbre en nuestra sociedad permitir a una mujer más allá de su primera temporada el lujo de cierta elección en con quién se casa, en lugar de imponérselo.

—No fue exactamente mi presunción lo que la molestó. —Era peor. Ella no podía darle un hijo y les negaba a ambos cualquier felicidad. Sin un hijo, creía que no había razón para casarse con él.

—Doblemente tonto. —Con eso, Jillian se marchó apresuradamente, dejando a Richard sin saber qué hacer a continuación. Dejó la copa en una mesa cercana.

Un lacayo con una bandeja de bebidas lo miraba, observándolo con cautela desde la distancia. Richard le hizo señas para que se acercara. Ahora eso era lo que realmente necesitaba mientras formulaba un plan para recuperarla. Sin duda, ella ya estaría a millas de distancia, así que era mejor que se le ocurriera una razón convincente de por qué la sucesión no era importante antes de seguirla.

De todos modos, no tenía sentido apresurarse para que Esme cambiara de opinión. Nunca la conquistaría de esa manera. Ella creía que no tenían futuro y solo el tiempo demostraría que su devoción era sincera. —Otro whisky, Pip. Mejor que sean una docena. Tengo que tramar algo.

El lacayo se acercó, pero luego simplemente empujó la bandeja hacia él. —Tómelos todos.

Demasiado atónito para hablar por la actitud hosca del sirviente, atrapó la bandeja antes de que el lacayo se alejara.

Entre las copas había una hoja de papel doblada. La abrió con una mano y leyó.

El papel contenía seis nombres, todos de mujeres. La nota estaba firmada con una E y contenía una posdata: no discutas conmigo.

Hizo una mueca ante su obvia intención: cásate con una de ellas, pero no con ella.

—¡Maldita mujer testaruda! —Arrugó la nota y se frotó el ojo con el talón de la mano. Incluso cuando no estaba aquí lo volvía loco. ¿Cómo podría elegir a otra después de que Esme lo había hecho amarla?

Primero tendría que demostrar que estaba equivocada acerca de esas otras mujeres y luego, por fin, reclamaría a su verdadera novia.

CAPÍTULO DIECISIETE

TRES MESES DESPUÉS...

Las rodillas de Esme habrían cedido si hubiera estado de pie en lugar de acostada boca arriba mientras un médico examinaba sus partes íntimas. Sus manos comenzaron a temblar y agarró con fuerza la sábana debajo de ella para ocultar su reacción. —No puede ser —susurró.

Su médico, un desconocido que el señor Hammond había traído para verla en contra de su buen juicio, la miró por encima de sus gafas mientras se hundía en la silla junto a su cama, donde había descansado durante las últimas semanas desde que comenzó su enfermedad. —Sin duda, lo está.

Su cabeza daba vueltas, su estómago se revolvió de nuevo. ¿Dónde estaba su propio médico cuando más lo necesitaba, para decirle la verdad real? Desmayarse era definitivamente una posibilidad y si hubiera estado de pie, podría perdonarse por ceder a tales teatralidades dadas las noticias que acababan de darle. —¿Cómo puedo tener un hijo?

El hombre le dio una mirada extraña. —De la manera habitual, supongo.

Su antiguo médico en Londres le había explicado hace mucho tiempo que probablemente nunca concebiría un hijo, no importaba cuántas veces Heathcote se uniera a ella en la cama. Había aceptado que nunca sería madre y había superado la decepción lo mejor que pudo. Su marido se había buscado una amante que luego dio a luz a bebés ilegítimos a un ritmo vergonzoso, demostrando que Esme era la culpable todo el tiempo.

Incluso después de que su marido muriera, Esme nunca se preocupó de que sus amantes pudieran engendrar un hijo en ella. Ninguno lo había hecho nunca. Hasta ahora.

Se presionó los dedos en la sien mientras su cabeza palpitaba con renovado vigor. —Seguramente hay margen para la duda.

—Por supuesto, pero aun así espero que dé a luz alrededor de Pascua. —La miró de cerca—. Ah, ¿supongo que no había esperado esta bendición, después de todo?

La esperanza había sido algo del pasado muy lejano. Nunca se había atrevido a permitirla. —Pensé que simplemente había comido algo en mal estado. He hecho limpiar toda la cocina dos veces solo para estar segura.

—Bueno, estoy seguro de que sus sirvientes estarán felices de que no fueran culpables de su condición. —Sonrió cálidamente—. Trate de no entrar en pánico, querida. No hay razón por la que no pueda dar a luz a un primer hijo sano a su edad.

—¿Mi edad? —Se frotó la sien de nuevo, temiendo que su cráneo se agrietara por los golpes que sentía allí. Esme mentía rutinariamente sobre su edad. Era unos años mayor de lo que el médico sabía, pero no veía razón para corregirlo—. Eso ni siquiera se me había ocurrido como una complicación.

—Muchas mujeres pasada la primera juventud llegan a dar a luz con seguridad. Treinta y cuatro años es un poco mayor para un primer hijo, así que le sugeriría mucho descanso, buena comida y un grado de compañía para distraerla de cualquier melancolía que pueda surgir. Seguramente su marido entenderá sus temores. Debe hablar con él, o si se siente incapaz de hacerlo, yo podría hablar con él personalmente quizás antes de irme.

—El señor Hammond no es mi marido. —Levantó la mirada hacia el médico, con el corazón hundiéndose ante su empeorante situación—. Soy viuda.

Sus ojos se estrecharon sobre su bata rojo cereza, y su ceño se frunció aún más. Miró hacia la puerta. Ella había estado quedándose aquí como invitada del señor Hammond en su nueva propiedad durante los últimos tres meses, y sin duda muchos asumían que estaban relacionados o involucrados de alguna manera. ¿Hammond había sugerido que estaban cerca? No estaba segura, pero el médico claramente sospechaba de su relación.

Se aclaró la garganta. —Lamento mucho oírlo. Seguramente tiene a alguien en su vida que pueda darle el apoyo que necesita durante su confinamiento.

Se sentó y obligó a sus piernas a firmarse para poder ponerse de pie. Se sentía tan débil como un gatito recién nacido que hubiera sido girado en círculos por un niño aterrador. —Le agradezco mucho su tiempo.

El médico recogió su pequeño maletín y salió rápidamente de la habitación. Esme se hundió en la cama de nuevo y cerró los ojos, todavía incapaz de creer que por fin sería madre.

Hammond y el médico conversaron en voz baja y luego todo quedó en silencio salvo por los pesados pasos de Hammond regresando a su lado. Abrió los ojos de golpe y luchó por mantener la compostura.

Él se detuvo junto a la silla cercana y agarró el respaldo con ambas manos. —¿Qué dijo el buen doctor?

—Descanso y comida blanda pueden ayudar. —Miró su rostro pálido y vio verdadera preocupación. A pesar de toda su maldad, Hammond era un buen hombre. Merecía la verdad, pero Esme no podía forzar las palabras a salir.

—¿Nada más? ¿Ninguna pista de por qué estás vomitando?

Embarazada. Esme tragó el pánico de nuevo. Tenía que pensar y no podía hacerlo con Hammond revoloteando sobre ella. Su amigo nunca entendería cuán absolutamente conmocionada se sentía en ese momento. Si tan solo Harriet estuviera aquí, y no se hubiera ido con su hijo. Esme no tenía la más mínima idea de qué hacer. No estaba preparada para algo así.
—Algo, pero no le creo.

Hammond se sentó a su lado mientras Esme tomaba unas cuantas respiraciones para calmarse. Pero no había forma de superar el impacto de la sugerencia del médico. Dios mío, ¿cómo podía estar embarazada a su edad? Había tenido tanto miedo de estar a punto de morir, vomitando mañana y noche, nunca pudiendo mantener mucho en su estómago. Había renunciado a los sueños de tener un hijo hace tanto tiempo que tenía miedo incluso por un momento de considerar que la posibilidad fuera real. —Esme, ¿qué te dijo?

—Un médico joven podría estar equivocado.

—Tal vez. —Hammond deslizó su brazo detrás de su espalda—. Dime qué dijo que podría estar equivocado.

—Dijo... —Dios mío, qué difícil era confesar algo por lo que había perdido la esperanza. Lo intentó de nuevo—. Sugirió que yo podría, bueno, parece que voy a tener un... —Su garganta se cerró y las lágrimas llenaron sus ojos. ¿Cómo lo describían normalmente las mujeres?— Esto es difícil.

Hammond esperó pacientemente sin hablar.

—Parece que estoy encinta —dijo Esme. Una alegría inexplicable la invadió en cuanto las palabras salieron de sus labios. En unos meses, tendría a su hijo o hija en brazos. El sueño de su juventud se haría realidad.

—Ya veo —dijo Hammond lentamente. Su expresión se nubló con remordimiento—. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

El rostro de Richard apareció ante sus ojos. No la máscara arrogante y presumida que le gustaba adoptar al moverse por la sociedad, sino el que había llegado a conocer después de horas pasadas en sus brazos. El hombre perversamente seguro de sí mismo del que se había enamorado a pesar de sus recelos, y que aún ocupaba sus pensamientos día y noche. Particularmente sus noches, y la última que habían pasado juntos en el bosque.

Temía decírselo porque había estado tan segura de que no podría darle lo que más necesitaba. Un hijo. —No lo sé.

—¿Puedes encontrar lo que necesitas aquí?

Esme se giró bruscamente para mirar a Hammond, comprendiendo finalmente la pregunta que realmente le estaba haciendo. No hablaba de informar al padre de su hijo, sino de algo mucho más peligroso. —No tomaré una acción tan drástica como para poner fin a esto, sin importar lo enferma que me haya puesto.

Él exhaló ruidosamente, pero luego se inclinó para besarle la sien. —Gracias a Dios por eso. Por un momento pensé que tomarías el camino que muchas viudas toman dadas tus circunstancias.

Ella sabía de mujeres que bebían poleo hervido para abortar porque sus situaciones no les permitían conservar el hijo de un amante. Pero eso no estaba exento de un riesgo considerable para sus vidas. No lo haría, ni a sí misma ni a Richard. Sin embargo, una mujer de su posición se enfrentaría a la ruina social si quedaba embarazada fuera del matrimonio. Sería rechazada. Expuesta al ridículo. Si Richard no se casaba con ella, si no podía porque ya se había comprometido con otra, a su hijo se le negaría su derecho de nacimiento, excluido de la sociedad a la que debería haber pertenecido.

Las náuseas la asaltaron de nuevo y se presionó un pañuelo perfumado contra la boca. —Nunca haría eso —susurró contra la suave tela de muselina.

—¿Quieres que cierre la casa?

—No —miró a Hammond—. ¿Por qué lo sugieres?

Él sonrió con suficiencia. —Bueno, imagino que necesitas enfrentar a cierto conde sobre tu condición más pronto que tarde.

Ella negó con la cabeza.

—Vamos, sé que el niño es suyo —continuó Hammond—. Muy descuidado de su parte no practicar la abstinencia, pero hará lo correcto al final, no tengo duda.

Lo haría, pero ella lo había enviado a los brazos de otras mujeres. Le había exigido que se casara con otra. Se había equivocado al negárselo. Ya podría ser demasiado tarde. —Richard no estará contento conmigo.

Hammond la meció y el movimiento le revolvió el estómago de nuevo. —Debería haber considerado eso antes de estar en tu cama.

—Lo hizo —un ligero sudor brotó en su piel mientras luchaba contra las náuseas una vez más—. Le prometí que no podía tener hijos. Nunca antes los había tenido y él me creyó. Yo me lo creí.

—Tonterías. Vi cómo estaban juntos cuando creían que nadie los miraba. Era solo cuestión

de tiempo. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo, ustedes dos están embelesados.

—¿Embelesados? —Obsesionada era una mejor descripción para su estado mental entonces y ahora.

—He oído que ha estado bastante salvaje desde su fiesta en casa. Asistiendo a todas las fiestas, bailando y bebiendo en exceso. Coqueteando con cualquier mujer menor de treinta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Hizo lo que le dije que hiciera. Le dije que encontrara a alguien más a quien amar.

—No es él mismo, pero sería un tonto si te rechazara y lo sabes. Eres exactamente lo que necesita en una esposa y él necesita un heredero.

—¿Y si —tragó saliva mientras un nuevo terror la invadía—, y si hay un niño y lo pierdo? El médico sugirió que las mujeres de mi edad a veces tienen dificultades —con cuidado, colocó su mano sobre su vientre, aún incapaz de creer la situación en la que se encontraba.

Hammond la apretó suavemente. —No te preocupes por problemas que aún no existen.

—No lo entiendes —quería explicar su terror, pero Hammond no daba suficiente crédito a sus temores—. Tienes razón en que se casaría conmigo. Necesita un heredero. Todo el mundo lo sabe. Pero nunca antes he estado embarazada y estoy aterrorizada de moverme. No puedo confesar que llevo un hijo solo para perderlo en el proceso. Simplemente no podría soportarlo.

—Bueno, no puedes ocultarle la verdad para siempre. Piensa en tu reputación. Piensa en el futuro del niño. Debes estar casada antes del nacimiento.

—Lo sé. Creo que es mejor que me quede aquí hasta que esté absolutamente segura de que hay un bebé y me encuentre lo suficientemente bien para viajar. Mírame —extendió los brazos y miró hacia abajo. Sus pechos podían estar un poco sensibles, pero su estómago bajo el vestido seguía tan plano como siempre. No había ningún signo externo de que hubiera concebido, si se pasaban por alto su estómago revuelto y sus pómulos más pronunciados—. ¿Parezco estar embarazada en lo más mínimo? Creerá que estoy tratando de engañarlo como lo hizo su última amante.

—Seguramente no.

—Richard juró que nunca más tomaría la palabra de una mujer. Lo discutimos una noche después de... —agitó una mano—. Es ridículo dar la vuelta y sugerir que lo haga conmigo sin evidencia. No permitiré que dude de mí o, peor aún, se ría ante la mera sugerencia —no podía confesárselo a Richard hasta que estuviera absolutamente segura. No podía soportar levantar sus esperanzas solo para destrozarlas cuando esto, fuera lo que fuese, podría resultar ser un error.

—Estás equivocada —Hammond negó con la cabeza obstinadamente—. Ningún caballero se reiría jamás de una dama si ella lo declarara el padre de su hijo.

—No obstante, esperaré hasta estar segura de que tu médico sabe lo que hace —Esme se recostó en la cama mientras otra oleada de náuseas inundaba sus sentidos. Estaba tan agotada y fatigada. Devolver a todas horas del día y de la noche y soñar constantemente con Richard era completamente extenuante. Empujó el hombro de Hammond—. Necesito estar sola de nuevo, pero prométeme que no dirás ni una palabra de esto a nadie.

—Te lo prometo, pero ¿qué vas a hacer? Harriet espera que regreses a la ciudad la semana que viene.

—Solo le escribiré a ella sobre esto —Tuvo una arcada y se abalanzó sobre el cubo que estaba al lado de la cama. Cuando se quedó sin su almuerzo, se acostó con la ayuda de Hammond. Todavía estaba demasiado enferma para viajar. No iría a ninguna parte en nada que la hiciera bambolearse. Si alguien tenía que decepcionarse, sería ella sola, así que se quedaría aquí por el momento.

Hundió la cabeza en las almohadas mientras Hammond la cubría suavemente con el edredón y llamaba a su doncella.

—No volveré a la ciudad. Me quedaré aquí hasta que sea absolutamente necesario irme.

Cuando estuviera segura, lista para creerlo ella misma, si realmente hubiera necesidad, buscaría a Richard. No esperaba con ansias esa conversación, especialmente cuando podría requerir que le suplicara que se casara con ella solo para darle al niño la protección de su apellido. No era una buena manera de empezar un matrimonio, pero dada la alternativa futura que le esperaba, es posible que no tuviera otra opción en el asunto.

CAPÍTULO DIECIOCHO

PRINCIPIOS DE DICIEMBRE…

Preparado para la batalla, Richard bajó del carruaje y subió los escalones de la casa a la que Esme se había mudado. Habían pasado cinco meses desde que ella se había escabullido de su finca sin despedirse. El problema para él era que se había sentido como un idiota desde entonces y la había echado terriblemente de menos. Había sido un tonto al ceder a su exigencia de que considerara a otras personas.

En su mente, estaba casado con Esme. Incluso su miembro parecía pensarlo así, pues no se había levantado ni siquiera un poco excepto al recordarla.

Y estaba harto de fingir que no le importaba su extraño comportamiento. ¿Qué demonios estaba haciendo recluida en el campo? Ella pertenecía al corazón de la alta sociedad, no escondiéndose de ella.

Las noticias sobre la ausencia de Esme en la sociedad no le habían llegado hasta meses después de su separación. La sociedad había estado llena de especulaciones sobre su paradero, pero a nadie se le había ocurrido mencionar que realmente había desaparecido y que había cortado toda relación con todos en su vida.

Frustrado y preocupado, había vuelto a Londres con la esperanza de encontrarla, pero sin éxito. Nadie sabía dónde estaba; nadie había hablado con ella desde su fiesta en la casa. Desesperado, se había abierto paso a la fuerza en su casa de Londres y había obligado a su evasivo mayordomo a aceptar una fortuna a cambio de información sobre su ubicación, pero solo después de haber rogado, suplicado y jurado que solo tenía en mente los mejores intereses de Esme.

Descubrir que ella se había instalado en una de las casas del señor Hammond en el campo lo había aliviado. Al menos si estaba con Hammond, estaría bien cuidada.

Pero había algo en la forma en que el mayordomo había dado la noticia que le preocupaba. Le había preguntado si Esme volvería pronto a Londres y la respuesta había tardado en llegar. Era que no.

Golpeó la aldaba con fuerza y se estremeció en el aire frío, mientras ensayaba lo que más quería decir de forma clara y concisa. Estaba allí para pedir la maldita mano de Esme en matrimonio de nuevo, y más le valía aceptar su oferta o habría consecuencias.

El hombre en la puerta era instantáneamente reconocible. Pip, el lacayo que había estado a su servicio hasta hace poco, se esmeró en leer la tarjeta que Richard le entregó como si fueran desconocidos, en lugar de antiguo amo y sirviente. Su expresión revelaba poco, pero dado que la hermana del hombre era la doncella de Esme, significaba que estaba exactamente en el lugar correcto para encontrar a la mujer que buscaba.

—Así que aquí es donde encontraste nuevo empleo —murmuró, esperando ablandar al hombre y entrar lo antes posible.

—En efecto —respondió Pip en un tono digno de las enseñanzas de Oswin.

Pip no dijo nada más que pedirle que esperara en el vestíbulo mientras informaba a su señora de la llegada de Richard.

Mientras se enfriaba los talones durante la larga espera, Richard husmeó en las habitaciones cercanas. Baratijas abarrotaban cada espacio, y gimió: el hogar actual de Esme era una pesadilla para un sonámbulo, y él había estado haciendo mucho de eso últimamente.

—Lady Heathcote lo recibirá ahora.

Siguió al sirviente a través de una puerta que había estado previamente cerrada y encontró a Esme reclinada en una chaise longue. Vestida de terciopelo azul oscuro, estaba envuelta en una gruesa manta y tenía tantos cojines esparcidos alrededor de su cuerpo que solo su cabeza, hombros y brazos eran visibles. Se veía deliciosamente cálida y lo suficientemente apetecible como para lanzarse sobre ella. En su lugar, hizo una reverencia.

—Esme.

—Lord Windermere.

Ella no se levantó y cuando él se acercó con la intención de besarle la mejilla, notó la palidez de su piel y las oscuras ojeras bajo sus ojos. Hammond no la estaba cuidando después de todo, y de repente se enfureció. Menos mal que había venido preparado para luchar largo y duro para recuperarla.

Se sentó frente a ella.

—Te ves hermosa posando así.

—Gracias —sus ojos se suavizaron. Hablaron del clima, de su viaje hasta que ella pareció quedarse sin palabras—. ¿Por qué estás aquí?

—¿No es obvio? —frunció el ceño—. Llegué al final de tu lista y he venido a extenderte una invitación para que regreses a Windermere. Me siento mal por cómo terminaron las cosas entre nosotros.

Ella arqueó una ceja.

—El propósito de mi partida era quitarme de en medio.

—No estabas en mi camino. Quería que te quedaras, ¿recuerdas?, y me rechazaste. Me enviaste a seducir a otras mujeres, lo cual, debo decir, no fue tan agradable de hacer cuando se me ordenó como debes haber imaginado que un hombre podría encontrarlo —se había sentido perdido, inseguro, mientras habían estado separados. Por mucho que lo había intentado a su manera, no había nadie en su lista que pudiera reemplazar a Esme en sus afectos. El tiempo perdido con otras solo había revelado cuán completamente equivocada había estado sobre quién le convenía como esposa—. Me sorprendió descubrir que habías abandonado Londres por este lugar.

—Me iba mañana.

El pulso de Richard se aceleró ante la idea de que podría haberla perdido si se hubiera retrasado un día más.

—¿A dónde ibas después? ¿De vuelta a Londres, o a reunirte con Lady Ames, dondequiera que esté?

—Ya no estoy segura —murmuró, en un tono muy diferente a su habitual franqueza.

Ella lo miró con cautela. A los ojos de Richard, parecía inusualmente nerviosa por verlo de nuevo. Él sonrió cálidamente. Mal cuidada o no, era muy bueno estar con ella una vez más. Tenía tanto que contarle sobre los últimos meses en los que había estado fuera de la sociedad.

—Jillian se separó de Lord Hogan después de la fiesta y me dice que no tiene intención de mantener la relación.

—No lamento oírlo —dijo ella con una mueca, bajando la mirada hacia sus manos—. Espero que ella no haya sufrido ningún daño por esa relación.

—Parece más ella misma, creo. Como era antes de su matrimonio —Richard inclinó la cabeza para mirarla a los ojos—. Me dijiste la verdad sobre Hogan y no actué lo suficientemente rápido para tu gusto. Me enteré de cómo era realmente, de la verdad de su naturaleza, después de la fiesta. Si no fuera por tus palabras de advertencia, mi hermana podría ser miserable hoy.

—Es una suerte que conociera el pasado de Lord Hogan. No habría querido que Jillian sufriera por nada del mundo —comenzó a levantarse, pero volvió a hundirse en el asiento. Su expresión se volvió tensa.

—Debería recordar que tienes razón en la mayoría de las cosas en el futuro y ahorrarme la molestia de cuestionarte.

Ella tragó saliva.

—Dale mis mejores deseos a tu hermana y gracias por venir desde tan lejos a verme.

¿Lo estaba despidiendo? No, por Dios que no. Se movió a través de la habitación y se apretujó en la chaise longue junto a sus piernas.

—Aún hay cosas que necesito decirte.

Su mirada se volvió cautelosa.

—¿Como qué?

A pesar del tono de sus palabras, las frases ensayadas volvieron a su mente, pero tomó un profundo respiro antes de repetirlas.

—Esme, lo que pasó entre nosotros en la fiesta de la casa me persigue. No he dejado de pensar en ti. Disfruté mucho nuestro tiempo juntos. Vine específicamente para pedirte que me des otra oportunidad.

De repente, ella hizo una mueca de dolor y su mano voló hacia su vientre, con los dedos extendidos sobre su barriga.

Le tomó un momento a su cerebro registrar que no era una almohada lo que apretaba contra su estómago.

Sus ojos se abrieron de par en par. Había un bulto debajo de esa colcha. Uno que no podía descartar como producto de su imaginación. ¿Qué demonios estaba escondiendo allí debajo?

Alcanzó la colcha que cubría su cuerpo y la retiró lentamente, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse cubierta. Le costó respirar. No había nada debajo de la colcha más que Esme, y su vientre era grande, redondeado con la evidencia de un desarrollo significativo. Uno que ella había jurado que no era posible.

Esme estaba encinta.

Ella se deslizó de la chaise longue y puso distancia entre ellos.

—Un caballero generalmente pide permiso a una dama antes de exponerla a la incomodidad de una habitación fría.

—Normalmente lo haría.

Ella se lamió los labios.

—Estaba a punto de decírtelo.

Él se puso de pie, pero solo pudo mirar fijamente su vientre. Acostada como había estado, ahogada por una colcha y escondida bajo muchas almohadas, había ocultado su condición a su llegada. Pero había notado los cambios en su rostro. Sin embargo, de pie con la luz del sol bañándola en un suave resplandor, revelaba un considerable bulto donde descansaba su bebé.

Estaba gloriosamente embarazada. Bastante avanzada como para...

Tragó saliva para aliviar la repentina sequedad de su boca.

Estaba lo suficientemente avanzada como para que él pudiera ser fácilmente el padre del niño. Se hundió en la chaise longue mientras el shock le quitaba la fuerza de las piernas.

¿Por qué Esme no le había escrito? Debía haber sabido que él estaría encantado.

Miró su rostro, descubriéndola ahora calmada y compuesta a pesar de su conmoción. Haría lo correcto. Seguramente ella conocía su carácter, y su corazón, lo suficientemente bien como para entender que se casaría con ella inmediatamente si se le diera la mínima oportunidad. Después de todo, era por ella por quien había venido.

Su mente daba vueltas horrorizada al pensar que podría no haberlo sabido nunca si hubiera seguido adelante con las opciones de ella. Si se hubiera casado con cualquiera de la lista de ella, su hijo habría nacido bastardo. No se podía permitir que eso sucediera.

Ella exhaló ruidosamente y luego se movió hacia un aparador, vertió una gran cantidad de licor en un vaso y se lo ofreció.

—Lleva tiempo acostumbrarse.

Richard vació el whisky de un trago.

—¿Cómo?

Esme se rio, un sonido de pánico que alejó el shock que lo llenaba.

—Lo siento —murmuró rápidamente—. Por supuesto que sé cómo. Quise decir cuánto falta para el nacimiento.

—Algunos meses aún. El doctor cree que alrededor de Pascua.

Él volvió a mirar su vientre e hizo un cálculo rápido. Sonrió. El niño debía ser suyo. Se puso de pie inmediatamente. Una vez, había sido completamente engañado por una mujer que afirmaba estar esperando un hijo suyo. Esme había expuesto la mentira, pero él se había quedado sintiéndose un tonto.

Esta vez, tenía la intención de saber sin lugar a dudas. Además, estaba desesperado por tocarla y poner fin a la incomodidad entre ellos.

Richard extendió los dedos y tocó el bulto. El vientre de Esme estaba duro bajo sus dedos, en lugar de la suavidad de una almohada que podría haber sido atada alrededor de su cintura si hubiera querido fingir un embarazo. Respiró aliviado ante la resistencia y el calor que encontró.

Esme no era del tipo que fingía nada.

Por fin sería madre y él estaba increíblemente feliz de descubrirlo. Extendió los dedos sobre su grueso vestido de terciopelo, curvándolos alrededor de su vientre, con la plena intención de explorar a fondo este cambio en su cuerpo, perdido en la maravilla de la nueva vida que crecía dentro de ella.

Esme retrocedió unos pasos.

—Es cierto.

—Vuelve aquí. Aún no he terminado contigo. Una mujer muy sabia me dijo una vez que tenía que mirar más allá de la superficie —la siguió en su retirada, consciente de que prácticamente la estaba persiguiendo por la habitación.

—¿No te necesitan de vuelta en Londres?

Mujer terca y necia. Menuda pareja hacían. —¿Para encontrar a esa elusiva mujer perfecta de la que hablaste? Esme, he venido hoy para pedirte nuevamente que te cases conmigo.

Sus ojos se abrieron de par en par y contuvo la respiración.

Él escrutó su rostro, viendo por fin cuán insegura estaba. —Estaba preparado para esperar las amonestaciones, pero como hay un niño de por medio, insisto en que regresemos a Londres de

inmediato para que pueda obtener una licencia especial. Nos casaremos antes de que termine la semana y luego te llevaré a casa, a Windermere, donde perteneces, para que podamos pasar la Navidad juntos allí. Donde te necesitan y te quieren.

Ella se llevó la mano a la sien. Richard aprovechó su ventaja y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí. —Vamos, seguramente puedes ver lo sensato que es un matrimonio entre nosotros. El niño tendrá un padre y mi apellido. Podrás hacerte cargo de la administración de la casa sin ninguna dificultad, reemplazando a Jillian. Siempre has intervenido cuando ha sido necesario en el pasado y Jillian te tiene mucho cariño. Ya te quiere como a una hermana.

Ella se apartó. —¿Es eso suficiente para ti?

Richard miró con irritación su espalda rígida. —¿Qué tal si la razón para casarnos es que sigo completa e irrevocablemente enamorado de ti?

Su cabeza giró ligeramente. —¿Cómo podrías seguir amándome después de que te alejé? Huí de ti.

—Así es, y estoy seguro de que en ese momento creíste que era lo correcto. Yo también hice lo que me pediste. Me reuní con Lady Beauchamp y con toda la maldita lista. Las cortejé, las invité a cenar y descubrí que no me importaban ni un ápice más al final que al principio de nuestros encuentros. ¿Por qué no volviste a mí?

Sus hombros se tensaron y luego se frotó el labio con el dedo. —Temí creer que estaba embarazada durante mucho tiempo, y luego tuve más miedo de perderlo. He estado bastante enferma, ¿sabes? A todas horas. Las mujeres pierden hijos todos los días y no me atreví a viajar. Tenía tanto miedo de que si me iba de aquí, arruinaría esta única oportunidad que tenía.

Su corazón dio un vuelco al escuchar el temblor de miedo detrás de sus palabras. —Nada saldrá mal, y si sucede, compartiré la decepción contigo.

Esme sorbió por la nariz.

La atrajo hacia sus brazos, bastante alarmado por su comportamiento. —No me importa nada más que tú. No me importa lo que dijiste antes o por qué te fuiste. Eres la mujer más irritante, frustrante y emocionante que he conocido. Te amo con todo mi corazón y alma. Cásate conmigo. Por favor, Esme. No quiero perderte de nuevo.

Si había imaginado que Esme lo aceptaría de inmediato, estaba destinado a decepcionarse. Ella no pronunció una palabra.

Él puso suavemente las manos sobre sus hombros. —Acamparé frente a tu puerta, te seguiré a todas partes como un tonto patético y enamorado. No puedo fingir que no me importas tanto como lo haces. Regáñame, repréndeme todo lo que quieras, pero estoy aquí y no me iré sin mi esposa.

Irritado más allá de lo creíble por su continuo silencio, le levantó el rostro hacia el suyo. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras lloraba en silencio.

Maldita sea, esa no era la respuesta que había esperado cuando le confesó cómo ella lo había cambiado. No había querido molestarla. Había venido a conquistarla y hacerla suya de una vez por todas.

Richard la apretó contra sí. —No llores.

Ella estalló en nuevos y sonoros sollozos. —Lloro por todo.

—Oh —susurró él, sin saber si eso auguraba bien o mal para su futuro. Nunca la había visto derramar una sola lágrima, real o fingida, hasta su última noche juntos. Era una de las muchas cosas que le gustaban de ella. No recurría a teatralidades sentimentales para salirse con la suya. Esta nueva Esme, su futura esposa y madre de su hijo, sin duda requeriría algún tiempo para

acostumbrarse.

Mientras la abrazaba, la paz se apoderó de él. Podía ser razonable. ¿Acaso Esme no valía cualquier sacrificio? —Bueno, continúa si quieres. Estoy seguro de que puedo acostumbrarme.

Sus sollozos se renovaron con fuerza y enterró el rostro en su corbatín. Se aferró a su chaleco y, porque era Esme, y porque estaba enamorado de ella, la sostuvo contra sí con fuerza y la dejó desahogarse.

Cuando se calmó, él movió una mano para tocar de nuevo su vientre. El saber que Esme llevaría a su hijo le daba tanta satisfacción que no podía ni empezar a describirla. Lo había esperado, pero nunca se había atrevido a imaginar este día. Una suave risa se le escapó. —Realmente eras tú, la mujer perfecta para mí desde el principio.

Ella sorbió. —Pues claro que soy yo. ¿Quién más podría aguantarte?

Él le besó la cabeza. Podía ver una vida feliz por delante, aunque no siempre tranquila. —¿Quién más, en efecto? Te prometo que tendrás amplia oportunidad de poner a prueba esa teoría. Moldearemos a nuestros hijos para que sean individuos de carácter fuerte que nunca tolerarán a los necios. Nuestra progenie tendrá todas las ventajas en la vida y los amaremos con todo nuestro corazón, como nos amamos el uno al otro, porque les diremos cada día lo milagrosos que son.

Ella volvió a sorber y lo miró. A pesar de mirarlo con ojos brillantes y vidriosos, Esme nunca le había parecido más hermosa. —¿Por qué estás tan seguro?

—¿De que te amo? —Se tocó el pecho—. Lo siento aquí, cada vez que pienso en nuestros días juntos, cada vez que recuerdo cuando me dijeron que ya te habías ido de mi casa sin una palabra de despedida y me dejaste con una lista de posibles esposas para considerar como reemplazo. He anhelado tenerte entre mis brazos, hablar contigo, cada momento desde que me dejaste. Lo siento tanto. Debería haberte seguido. Si lo hubiera hecho, nunca habrías tenido que preocuparte por el bebé tú sola. Te habría asegurado que, sin importar lo que pasara, siempre estaría enamorado de ti.

Richard sonrió con dulzura. —Puede que no siempre tome las decisiones correctas para mí mismo, pero tendrás que acostumbrarte a que te conozca mejor de lo que crees. La lista fue un grave error.

Ella rió un poco. —Yo también lo creo.

Entonces la besó, apasionadamente y con todo el anhelo que había tratado de contener durante los últimos meses sin ella en su vida. No se guardó nada al mostrarle cuánto la había extrañado. Seguía tan loco por ella como en su última noche juntos en el bosque.

La llevó de vuelta a la chaise longue y, con su permiso esta vez, levantó sus faldas para ver su vientre. El cuerpo esbelto y el estómago plano que había admirado meses atrás era aún más hermoso ahora que estaba redondeado. Mientras acariciaba su piel, contuvo el aliento cuando el bebé bajo sus dedos se movió como si fuera atraído por su tacto. —Tendremos hijos inteligentes.

—Por favor, no te adelantes —le reprendió ella—. Un hijo es todo lo que siempre he deseado. No esperes más que esto. Por favor. No podría soportar decepcionarte.

—Oh, habrá más, te lo aseguro. —El árbol de los deseos había obrado milagros. Se inclinó para besar su vientre y luego dejó que sus manos se deslizaran más abajo sobre sus muslos—. En el momento en que te vi hoy, quise hacerte el amor. Desesperadamente. Estamos hechos el uno para el otro. Me he sentido así cada vez que has dejado mis brazos.

Sus dedos se curvaron bajo su barbilla y ella levantó su rostro hacia el suyo, retrasando su deseo de darle todo el placer imaginable con su lengua y su boca. —Y yo siento lo mismo por ti. Es la sensación más desconcertante. Hemos sido enemigos durante tanto tiempo.

Él se puso de pie y frotó su nariz contra la de ella. —Enemigos amistosos, chica lista. Nunca

te he odiado, incluso cuando me estabas dando una buena reprimenda.

Ella rió entonces. —Tendré que aprender a controlar mi lengua, al igual que tú debes aprender a prestar atención a mis sugerencias. Algunas de ellas. La mayoría de ellas.

—Lo intentaré si tú lo haces. Por supuesto, compartirás mi cama la mayoría de las noches de nuestro matrimonio. —Hizo una mueca al darse cuenta de lo pomposo que sonaba—. Estoy seguro de que crees que es otro ejemplo de mi arrogancia, pero va a ser una necesidad absoluta que debes aceptar aquí y ahora.

—¿Por qué es eso? —Frunció el ceño.

Él presionó su frente contra la de ella. —Es probable que vaya a buscarte mientras duermo. No tienes idea de las dificultades que ha enfrentado mi personal para mantenerme contenido estos últimos meses. Ser despertado por un cubo de agua muy fría arrojado a mi cara, en medio de la noche, a mitad de camino de los establos porque mi yo dormido ha descubierto cómo abrir una cerradura común, no es algo que me apetezca repetir con demasiada frecuencia.

—Eso debe haber sido vergonzoso. —Sus ojos se agrandaron—. ¿Te das cuenta de que nunca te moviste ni un ápice mientras dormías cuando compartíamos la cama?

—Bueno, tenía lo que más deseaba a mi alcance entonces. ¿Por qué vagaría cuando te tenía en mis brazos? —Acarició su mejilla con los dedos, amándola aún más de lo que creía posible—. Ahora, pasemos a asuntos importantes. ¿Podemos hacer el amor hoy? No tengo ni idea de cómo deben hacerse las cosas con una mujer en tu condición.

—Más o menos igual, según me han dicho. —De repente se echó a reír—. Entonces, ¿no habrá más discusión sobre nuestro matrimonio? ¿Simplemente esperas que cumpla con tus exigencias?

Richard dejó a Esme y cerró la puerta con llave para tener privacidad. Al regresar, se quitó la chaqueta, el chaleco, la corbata y se sacó la camisa por la cabeza. Oír el gemido de apreciación de Esme ante la vista de su piel lo hizo aún más feliz. Arrojó todo a un lado descuidadamente y cubrió a Esme mientras ella se deslizaba a una posición más cómoda. Mantuvo su peso suspendido para no aplastarla. —No hay exigencias más que te cases conmigo, y lo antes posible, por favor. He aprendido mi lección. Lo único que sé con certeza ahora es que eres a quien quiero. El resto te lo dejo a ti para que lo manejes.

Esme estalló en carcajadas y entrelazó sus brazos alrededor de su cuello, sosteniéndolo firmemente contra un cuerpo que él anhelaba sentir desnudo contra el suyo una vez más. —Nunca tuve la intención de ser con quien te casaras —confesó ella—. Pero no he sentido deseo por ningún otro hombre desde nuestra última noche juntos.

—Es ese maldito árbol —se quejó él—. Convierte a un hombre en un perrito faldero y a las mujeres en títeres complacientes.

—No fue el árbol —susurró ella—. Fue la forma en que me deseabas. Me encantó eso. Te amo.

Él sonrió ante sus palabras.

—Ahora, para la última pieza del rompecabezas —preguntó ella—. ¿Odiaste atarme?

—Absolutamente. Nunca lo haré de nuevo. —Sonrió, recordando aquella noche en el bosque —. Me gusta tener tus manos sobre mí también. Y quiero que sepas que he seguido tus reglas. Me he considerado un hombre casado desde tu seducción al pie del árbol de los deseos. He sido completamente fiel, tanto en pensamiento como en acción, desde nuestro primer beso.

—Menos mal. —Sus labios se curvaron en las comisuras—. No te compartiré con nadie.

—Nunca tendrás que hacerlo. —Inclinó la cabeza y lamió la hinchazón carnosa de su labio inferior antes de entregarse a un beso pausado que los dejó a ambos muy inquietos en la chaise

—. Eres la única mujer que quiero en mi vida y en mi cama. Será mejor que te acostumbres a ser adorada.

La sonrisa de Esme se ensanchó, sus ojos llenándose de nuevas lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas de alegría. Y de felicidad, esperaba él. —Oh, creo que puedo aceptar eso como mi derecho. Pero tendrás que ser muy minucioso, de verdad, para tranquilizarme en mi delicada condición.

Él enmarcó su rostro con ambas manos. Su alegría apenas podía contenerse. La emoción atenazó su garganta y cuando habló de nuevo, su voz fue un susurro ronco. —Confía en mí, no tengo nada más en mente, despierto o dormido, que no seas tú. Mi único y verdadero amor, por siempre jamás.

EPÍLOGO

—¡RICHARD! —bramó Esme Hill, condesa de Windermere, a pleno pulmón—. ¿Dónde te has llevado a nuestro hijo?

Richard se puso de pie de un salto y miró a su esposa con asombro cuando apareció en la puerta de la biblioteca.

—Por Dios, mujer, acabas de dar a luz. ¿Qué haces fuera de la cama?

—Me encuentro bien y el parto fue ayer —echó un vistazo a la habitación—. Entonces, ¿dónde está?

Después del difícil comienzo con su primer hijo, la maternidad le había resultado fácil a Esme. Era un alivio y un poco alarmante *lo* bien que lo hacía, en realidad. Él había esperado un heredero, solo un hijo para continuar el legado de los Hill y evitar que el título pasara a su entrometido primo. Había recibido mucho más de lo que esperaba con Esme como esposa.

—Escondido —volvió a sentarse, sabiendo que había ciertas cosas sobre las que podía discutir con Esme y otras por las que no valía la pena ni siquiera respirar. Su salud después de dar a luz a sus hijos era uno de los temas que ella se negaba a discutir con él. Siempre—. No debo buscarlo hasta que el reloj dé la hora.

Ella se puso las manos en las caderas y lo fulminó con la mirada.

—Espero que lo devuelvas al cuarto de los niños en la próxima media hora. Tiene que bañarse y es mi última palabra.

—Sí, querida —ladeó la cabeza y sonrió a su esposa. Dios, era preciosa cuando estaba molesta con él. Seis años casados y seguía enamorado de la mujer más fascinante que había conocido. Y deseable. Tenía semanas de abstinencia por delante antes de poder volver a hacerle el amor. Odiaba esperar—. Te amo, chica lista.

Ella frunció el ceño.

—Yo también te amo; pero no creas que sonrisas seductoras como esa son suficientes para aplacarme hoy. Tu hijo tiene un olor a bosque por haber jugado fuera esta mañana.

Él sonrió.

—Tiene que aprender de todo si va a dirigir este lugar algún día. Limpiar los establos no le hizo daño. Es lo que mi padre me hacía hacer también. Yo salí bien, ¿no?

Ella resopló.

—Sí, eventualmente.

Cuando ella se fue, él echó un vistazo bajo la mesa que tenía al lado y se encontró con dos pares de ojos azul claro.

—Eso estuvo cerca, pequeñas. Mamá no sabía que os había secuestrado a vosotras también, o estaría en dobles problemas.

Su hija Katie de dos años y Marie de cuatro salieron gateando de su escondite y luego treparon a su regazo.

—Bebé —arrulló la más pequeña felizmente.

Le alisó el pelo y se estremeció cuando encontró un trozo de paja en los mechones rubios. Sin duda del juego que ella y Marie habían jugado entre el heno fresco. Katie también podría necesitar un baño antes de que su madre la viera de nuevo, y ¿era eso una mancha de tierra en la rodilla de Marie? Iba a pagar por eso más tarde.

—Sí, pronto tendréis un hermanito para jugar. El pequeño Alistair solo necesita crecer un poco, así que debemos esperar hasta que sea más grande.

Marie se recostó en su pecho, pero luego se estiró para sacar el pulgar de la boca de su hermana.

—Quiero volver a cogerlo.

No era una petición sino una exigencia. Marie se parecía tanto a Esme en algunos aspectos que él sonrió.

—Veré qué puedo hacer.

—Y yo también —Robert, de seis años, asomó la cabeza desde el armario donde se había escondido, uniéndose a la idea—. Ya que mamá no está descansando, ¿podemos ir a ver a nuestro nuevo hermano?

—¿Podéis estar tan callados como ratoncitos?

Todos asintieron.

—¿Podéis no contárselo a mamá después?

Negaron con la cabeza y parecieron tristes por el hecho de que, sin importar lo que prometieran, una mirada severa de su madre les hacía confesar cualquier cosa.

Él se rio.

—Probablemente sea lo mejor.

Un movimiento en la puerta llamó su atención y cuando miró en esa dirección, descubrió a Esme de pie, observándolo a él y a sus hijos conspirar contra ella. Ella negó con la cabeza, sus ojos azul claro brillando de risa.

—Siempre un paso por delante de mí —se quejó él.

—Alguien tiene que estarlo —respondió ella de inmediato, luciendo extremadamente divertida.

Él se puso de pie, tomando a Katie en sus brazos y extendiendo su mano a Marie, y se dirigió a los niños.

—Nunca vale la pena ocultarle nada a mamá porque siempre descubrirá lo que estamos tramando. Venid, es hora de vuestros baños y luego haremos que mamá nos lleve a ver a Alistair para que no nos metamos todos en problemas si despertamos al bebé.

Los condujo hacia Esme, con los brazos y el corazón llenos de amor. Besó a su esposa porque nunca podría cansarse de mostrarle cuánto la adoraba. Tenía una familia que apreciaba, sin duda, pero solo porque una mujer había completado su vida y había encontrado una razón lo suficientemente convincente para casarse con él al final: el amor.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

